

DANIEL SERRANO

DURANTE LA PLAGA



SUMA
de historias

Daniel Serrano

Durante la plaga



*A quienes cayeron durante la plaga.
A Mateo, recién llegado a esta aventura.*

Están todos muertos».

Hace un sol de primavera plena y una urraca quedó parada en el silencio de la acera, bajo el árbol florecido y flaco, coloreando (pájaro y escuálido vegetal) el circundante paisaje de las afueras, extrarradio gris, escombreras y talleres, el automático ladrido de los perros, fachadas con la firma de diversas poluciones, la última frontera de la ciudad y, ahí enfrente, la autopista se ha vaciado de vehículos y todo permanece en ese clima de sueño pesado que es la vida cuando se detiene.

Porque el mundo se ha detenido.

Como nunca.

Es marzo de 2020, el tiempo de la plaga, y a punto de atravesar el umbral de un refugio para ancianos y ancianas sin otro lugar donde asilarse, Ulises Lombardi fuma un cigarrillo desaconsejado por su neumólogo y, más aún, en las actuales circunstancias. Titula el cartel de la entrada: *Residencia para Mayores*. Ulises Lombardi es, desde luego, mayor. Lo suficiente, quizás, como para ir preparando su traslado a un lugar así. Sesenta y siete años. Eso es ser viejo. ¿O no? Medita levemente Ulises Lombardi al respecto, y después hace un dibujo borroso de humo en la claridad de la mañana y pregunta:

—¿Qué hace usted aquí, abuelo?

El anciano está en mitad de la acera sobre una silla de plástico rotulada con el nombre de un fresco, inestable asiento en su deterioro de años batallando contra la climatología. El tipo mira tras sus gafas de cristal muy grueso, ahumadas y sucias, viste gabardina por encima de un pijama de felpa color marrón y los tobillos, delgadísimos y lívidos, se hallan al aire, por encima de unos gastados mocasines y sin la cortesía (siquiera) de un mal calcetín. Escruta desde abajo, observando fumar a Ulises Lombardi.

—Espero a que alguien venga a recogerme. Llamé a mi nieto hace tres días.

Ulises Lombardi apura su cigarrillo y la urraca escapa volando. Un coche del Ejército pasa a toda prisa por la carretera. Parece oírse, a lo lejos, una radio con música.

—Pero le advierto, si va a entrar, que están todos muertos. También las monjitas.

Ulises Lombardi sube las escaleras, irrumpe en el edificio, quiebra con sus pasos la ausencia de todo sonido, percibe el hedor, abre una puerta y ve a las monjitas, ambas en la misma cama, muertas en un abrazo extraño, iniciando un proceso de súbita momificación con algo de litúrgico

o santo. Después, en las diferentes estancias, cadáveres de ancianos y ancianas sobre colchones manchados de orín, cadáveres en el suelo o en un sofá, mirando el televisor encendido, como atendiendo todavía desde la muerte a una presentadora que ríe en la pantalla cuando Ulises Lombardi se tapa la nariz para eludir la pestilencia. Todo lo llena un intenso olor a principio de putrefacción y heces. Ulises Lombardi acude a la secretaría, rebusca en los cajones, mira el registro y no halla lo que persigue.

Hace la cuenta de una docena de cadáveres, toma el teléfono, marca el número de urgencias e informa del desastre. No se identifica por su nombre. Sale a la calle.

—Se lo dije. Están todos muertos.

El anciano tiene un crucigrama arrugado entre las manos, se aferra a la página de periódico como si en ella hubiera inscrita alguna clave cifrada que pudiera salvarlo.

—La verdad es que no recuerdo si llamé a mi nieto. Ni siquiera me acuerdo bien de si tengo nieto. ¿Qué edad me echa usted? Seguro que no acierta.

—Soy torpe para calcular edades, abuelo.

—Noventa y nueve años. Casi nada, ¿eh?

Ulises Lombardi enciende otro cigarrillo, logra no vomitar y eso le parece lo correcto, está buscando a alguien porque su oficio lo requiere y su oficio es (de momento) la investigación detectivesca, igual que en las películas, aunque él no parece un detective de película. Ni feo ni guapo, ni gordo ni flaco, ni alto ni bajo. Hombros anchos perfectamente adecuados (hace mucho) para la tercera línea sobre el terreno de rugby. Ojos azules y sorprendente cabello rizado, casi siempre demasiado tiempo sin ser sometido a la implacable tijera del Salón Otero de la calle Mira el Sol, adonde suele acudir en busca de un silencioso trabajo de control capilar. Soltero (eso sí encaja con el cliché policial) y del barrio de Recoleta, en Buenos Aires, una de las zonas más *conchetas* de la ciudad, aunque ahora, aquí, desde hace mucho afincado en España, sólo es un argentino sin dinero, como tantos otros que vinieron cuando la dictadura de Videla y antes. Se hizo detective porque el Legionario, amigo de los bares del madrileño barrio de La Latina, le contrató como secretario cuando Ulises Lombardi se quedó sin su trabajo de oficinista una vez cumplió los sesenta años, y con una mano delante y otra detrás. Es decir, sin un mango. O sea, sin ahorros ni modo de ganarse la vida. No es la primera vez que Ulises Lombardi ve un escenario así, con cadáveres a cada paso. En Argentina, en su época de guerrillero, anduvo en infiernos similares. O peores. Prefiere no recordar. Las noches que duraban días en la Escuela de Mecánica de la Armada. Las torturas, la sangre en la saliva, esa luz de sótano de sus más turbias pesadillas. Pero logró escapar. Huyó. Vino a España. A Madrid. Ejerció durante años una labor burocrática y estúpida en una oficina. La crisis le rompió el culo hacia 2013, le lanzó al desempleo. Fue acogido por el Legionario en su agencia de investigación y, después, casi de inmediato, el Legionario se murió y Ulises Lombardi heredó el negocio. Cuya actividad no ha

sido precisamente boyante. Simplemente se ha mantenido a flote. De cuando en cuando, le contrata algún gitano del Rastro para ver si alguien está moviendo material que le han robado. O alguna señora mayor que tiene interés en saber si su hijo sigue drogándose. Y, sí, sigue drogándose. Siempre. Tendría que haberse retirado, buscar la jubilación, pero continúa con el despacho abierto. «Aquí, esperando el cáncer», saludaba en sus años finales un autor español de comedias desde su mesa del Café Gijón. El detective también aguarda un desenlace, el que sea, y mientras decora con humo las esquinas de su despacho. Ahora, sin embargo, Ulises Lombardi piensa en lo raro que resulta este momento de su vida. Con todo inmóvil a su alrededor. También es consciente de que la policía, cuando llegue, le va a preguntar sobre su presencia aquí. Y por qué se ha saltado el confinamiento que impone el estado de alarma. Nada de eso le conviene.

—¿Le suena a usted que aquí hubiera algún viejo que se llamara Teodulfo?

—No. Seguro que no. Tengo la cabeza mal, pero los nombres de los viejos de aquí me los sé todos. Bueno, me parece.

Por ahora le va a valer la palabra de este tipo.

—Hasta luego, amigo. Buena suerte.

—No se preocupe. Mi nieto seguro que está a punto de llegar.

Tiene la mirada dura, barba de profeta bíblico, no pronuncia palabra y resulta difícil saber si entiende cuando le hablan. Se pasa las horas contemplando el patio interior donde cuelgan sábanas blanquísimas que dan a la tarde (a veces) una luz de sosiego, con los rayos de sol trenzando líneas de fuga. Nadie diría que este gigante con el cabello abundante de nieve es centenario. Se halla muy entero y, cuando está en pie, conserva una fiereza extraña. Su quietud de estatua le confiere un aspecto antiquísimo, la mística violenta de un superviviente a sucesivas glaciaciones. José Laguardia le vigila y tiene marcada en el calendario la fecha en que tendrá que matarlo si nadie viene a por él. Todo es raro, el barrio guarda silencio, José Laguardia alimenta y cuida al tipo y, si llega el momento, no dudará en colocarle una almohada en el rostro y hacer que concluya su existencia. El viejo se despierta cada mañana muy temprano, como un resorte, y se incorpora de entre las sábanas, guardando el silencio que siempre le acompaña, y mira a la pared hasta que llega su desayuno. José Laguardia lo observa desde su cama, enfrente, ambos comparten dormitorio. Antes era Donald quien lo acompañaba en ese cuarto. Donald, a quien José Laguardia asesoró durante un tiempo en un pretendido ascenso hacia lo alto del pugilato que acabó mal, abruptamente, con Donald en prisión por haber dejado parálítico a un compatriota en una estúpida reyerta entre expatriados bolivianos. Donald pegaba bien. Hubiera podido llegar a alguna parte. José Laguardia se engaña, sabe que en el boxeo sólo uno entre un millón logra algo. España no es Estados Unidos, aquí la mejor salida es poner un gimnasio y entrenar a esa farándula que quiere presumir de guantes y hacerse fotografías para eso que llaman redes sociales y que José Laguardia no frecuenta. Él se quedó en el Cuaternario, es un exboxeador de cincuenta y dos años que ha pasado por la cárcel y la droga, aunque luego se ha ganado la vida casi honradamente ordenando toallas y fregando el suelo de aquellos lugares donde se entrena, se suda y donde unos pocos chavales sueñan con una gloria que, seguramente, se les escapará. A José Laguardia la cocaína siempre le ha gustado mucho, y beber, y algunos hombres. Jamás se ha declarado gay, pero ha tenido amistades que se confundían con amoríos o como quiera llamarse eso. Se acuerda de Andrés, a quien apuñaló una tarde, intoxicado de celos y farlopa, y por cuya culpa fue a la cárcel. Todo eso sucedió hace algún tiempo, era pasado hasta que ese pasado regresó llamando a la puerta. «Te pido un favor», dijo Longares. Y no pudo negarse. Sobre todo por el dinero que le pagarán. «Sólo es cuidar a este viejo y matarlo si llega el caso». José Laguardia lo hará. Porque le advirtieron, además, que si pasada la fecha convenida aquel hombre

de frondoso cabello cano estaba vivo, quien iría a la tumba sería él. José Laguardia, por eso, cumplirá. Y, mientras tanto, permanece confinado en este piso minúsculo de un suburbio madrileño, compartiendo silencios con un ser humano que ha logrado el portento de sobrepasar los cien años para asistir impasible (quizás) al fin de la humanidad a causa de un maldito virus.

Búscame al final de la cuarentena».

Ella había besado la boca de Sara y brillaba el azul de la ginebra en aquel bar nocturno prácticamente vacío, espantada la clientela por un microorganismo que comenzaba a matar lentamente, a marcar el compás del miedo de una civilización que, de pronto, parecía a punto de colapsar.

Se miraron a los ojos. El color rubio de su cabello tenía esa indefinible onda lumínica de las tardes de verano. Poetizó Sara mirando profundamente a aquella recién conocida que acababa de mojar sus labios con un ligero sabor verde a peppermint. Un segundo beso ahondó la calma submarina alrededor mientras el tictac de las botellas alumbraba los últimos minutos antes de la inevitable despedida.

Ella había besado la boca de Sara y era rubia y carecía de nombre, y persistió en una sonrisa con aire de fechoría mientras preguntaba:

—¿Sobreviviremos, pelirroja?

Y Sara se estremeció ante aquel interrogante, formulado en la frontera de un nuevo tiempo propicio para el terror. Pero ambas eran jóvenes y, por tanto, indestructibles. O eso quería creer Sara. Se habían conocido allí mismo y habían conversado guarecidas por la penumbra y, sin necesidad de explicación alguna, surgió ese beso que quizás anunciaba el primer día del resto de sus vidas. O tal vez quedase convertido en un impreciso recuerdo con geometrías de noche y peppermint, en el filo de lo soñado.

Todo o nada. Sara sintió la precisa mecánica del amor poniéndose en marcha. Y fue golpeada por un súbito vértigo al escuchar:

—Me voy. Nos vemos aquí cuando vuelvan a abrir los bares. La primera noche de libertad.

Sara tuvo miedo, la estaba perdiendo nada más conocerla, pero el juego estaba planteado y ya ella, rubia y sin nombre, encaminaba sus pasos hacia la puerta, se marchaba deprisa.

—No me falles —dijo antes de salir definitivamente hacia la soledad de las calles—. Búscame al final de la cuarentena.

Ahora, en la soledad de su cuarto, con el mundo detenido, en la angustia del confinamiento, Sara vuelve una y otra vez al mismo recuerdo repetido, al cabello rubio y al nombre que no existe (que desconoce) y a un beso con sabor a peppermint que regresa como un eco constante.

«Búscame al final de la cuarentena».

Siete días antes de que el mundo comenzase a detenerse alguien había acudido al despacho de Ulises Lombardi en la calle San Millán, esquina con la plaza de Cascorro, al comienzo del Rastro, muy cerca de donde estuvo La Bobia, no la de ahora sino la de antes, cuando los primeros punkis de Madrid madrugaban para beber cerveza. Madrid son sus bares. Esto lo supo Ulises Lombardi nada más pisar la ciudad. Siete días antes de que el detective contemplase a dos monjas ancianas iniciando su proceso de momificación (y quién sabe si de santificación), le visitaba un joven demasiado bien vestido para un despacho como el suyo. Sospechó problemas (y ocultaciones) al ver aquel traje de excelente corte, muy diferente al que exhibía él mismo en aquel instante. La americana gris del detective tenía acumuladas demasiadas manchas de tinta y, además, el sudor de las axilas había esbozado decoloraciones poco decorosas. Ulises Lombardi habitualmente no llevaba corbata, aunque esa mañana, mientras el virus extendía su dominio sobre el planeta, sí lucía una, acentuando su aspecto de oficinista a punto de jubilarse. Se trataba de una vieja corbata comprada en un local de la recova de Once de un Buenos Aires ya extinto. Una corbata absolutamente pasada de moda. O tan pasada de moda que había adquirido un aire moderno, *vintage*, de vanguardia hípster. Aunque poco (o nada) había de hípster en Ulises Lombardi. La mirada azul y el cigarrillo humeante subrayaban el gesto porteño, italianizante, la pose inadvertida de alguien cuyos ancestros cultivaron tierras en torno al lago Como, mucho antes de que allí estableciese su segunda residencia el actor George Clooney y mucho después de que su tatarabuelo se embarcase hacia Buenos Aires.

—¿Cómo ha sabido de mí?

—Me dijeron por ahí. Me pidieron que moviera esto cuanto antes y en el barrio me dieron su nombre. En realidad, me dieron el nombre del Legionario, pero se ha muerto, así que usted tendrá que valer. Y más con la que está cayendo, que tampoco hay tiempo para ponerse a buscar detective. Mi representado quiere encontrar a Teodulfo Iglesias, un señor muy mayor con el que su familia tuvo negocios y que ahora hay que liquidar.

—¿Muy mayor?

—Cien años exactos. Pero está vivo o eso parece. Quizá en alguna residencia de la periferia de Madrid. Eso creemos. Con ese nombre, en todo caso, será fácil localizarlo. No creo que haya muchos Teodulfos centenarios jugando al parchís en los geriátricos madrileños. Supongo.

—No. No lo creo.

—¿De qué se murió el Legionario?

—Asesinado.

—¿Cómo?

—Jamás le pregunté, me pareció descortés.

Ulises Lombardi hacía ese chiste absurdo siempre que le preguntaban acerca del Legionario, y nunca halló quien entendiera del todo la broma. Siempre tuvo cuidado, eso sí, de no bromear con Sara al respecto. El joven bien vestido (demasiado bien vestido) no fue una excepción y ejecutó un gesto de fastidio ante el ejercicio de humor absurdo ejecutado por el detective. A continuación sacó un sobre del maletín que portaba y entregó un mínimo dossier con fotografías y papeles, al anticuado estilo de las películas de detectives que gustaban a Ulises Lombardi.

—Lo adecuado en estos tiempos hubiera sido enviarle esto por correo electrónico, pero quien me ha encargado que contactara con usted me advirtió que es una persona un poco de otro siglo. Conque aquí tiene estos papelotes para que se arregle. A la antigua usanza.

—¿Y cuando encuentre a ese tal don Teodulfo?

—Nada. Nos dice dónde está, y ya nos arreglaremos.

—¿Podría saber qué negocio es el que tienen ustedes pendiente con ese caballero?

—No. No es algo que a usted le concierna.

—¿Y el nombre de la persona a la que usted representa?

—Tampoco es necesario que lo sepa. Yo constaré como pagador, facturaremos convenientemente, usted no se preocupe.

—Cada vez que me han dicho eso, las cosas han salido mal.

—¿Cada vez que le han dicho qué?

—Que no me preocupase.

—Ya. ¿Usted es argentino?

—Más o menos.

—En fin, no tengo tiempo que perder, así que sólo querría saber si acepta nuestro encargo.

—Lo haré. Me gusta su traje.

—Es de González Tornas, a medida. Muy elegante, ¿verdad?

—¿González Tornas?

—En la calle Serrano.

—Un poco obvio, ¿no?

—¿Obvio?

—Hacerse un traje a medida en la calle Serrano, como la gente adinerada de otros tiempos. Muy *old school*.

—Voy a ser rico, así que me esmero en parecerlo ya. Y me gusta la vieja escuela. Y si

encuentra a ese vejestorio, por cierto, seguramente lo de hacerme rico irá más rápido. Conque, por favor, aplíquese en este servicio que nos va a prestar, señor Lombardi.

—Lo haré.

—Y sepa que se trata de negocios, que nadie quiere hacer daño al señor Teodulfo, no se haga fantasías de serie de televisión...

—No veo series. Sólo clásicos del Hollywood dorado.

—Perfecto. Le pagaremos más que adecuadamente y, si me da su número de cuenta, le puedo ingresar ya mismo una cantidad razonable como provisión de fondos.

Aquel joven bien vestido (demasiado bien vestido) salió por la puerta y Ulises Lombardi se quedó solo en su despacho, encendió otro cigarrillo, observó el tránsito escaso a través de la ventana, con las calles vaciándose mediante un palpito de miedo que, momento a momento, iba acelerando. Había llegado el virus. Pero la vida continuaba. Siempre continúa. Ulises Lombardi telefoneó a Sara, la sobrina del Legionario, y quedaron citados para comer.

La invitaría a cocido en La Posada de la Villa.

Quizá pronto clausurarían los restaurantes y aquel manjar quedaría convertido en pura nostalgia de los mediodías felices, al lado del fuego. En esa primavera de sol triste se agradecía el fuego y un guiso de esos que aplazan toda urgencia.

Un cocido madrileño (sopa, garbanzos, berza, carne, jamón, chorizo, morcilla, zanahoria, tocino) son palabras mayores. Con siesta obligatoria. Ulises Lombardi era un madrileño de estómago. Claro que los asados de su lejana juventud pertenecían a otra categoría. La de los sueños que se habían convertido en humo con el transcurso del tiempo. Igual que su estrellato en el equipo de rugby. Sus años estudiando Medicina. Otra existencia. Distante. Sideralmente distante. Situada en una galaxia remota.

El Legionario le había descubierto La Posada de la Villa, en la Cava Baja, igual que le reveló el conocimiento de otros magníficos restaurantes castizos, siempre establecimientos de altísima calidad culinaria, producto excelente y bodega procelosa. El vino de la casa disponible en La Posada de la Villa resultaba siempre una delicia, nada que ver con el concepto de vino de la casa habitual en España (peleón, barato, para salir del paso, mezclado con gaseosa en menús indigestos); no, se trataba de un excelente vino de Navajcarnero, con una espesura hermosa a la luz del vidrio, aunque también podía servirse (¿por qué no?) un clarete reservado para clientes especiales como Ulises Lombardi. O como el Legionario cuando este vivía y sentaba sus ciento veinte kilos de peso sobre la silla correspondiente y devoraba sin prisa plato tras plato, fuera cocido madrileño, cordero asado o besugo al horno. Un litro de clarete podía suponer la medida ideal para aquel comilón legendario que un día amaneció con el corazón parado sin haber sufrido (según aseguraba) ni un resfriado a lo largo de su existencia. Siempre se van los mejores. Eso repitieron en un eco de toses los asistentes a su velorio, una extraña mezcla de caricaturescos personajes como de zarzuela, policías con semblante turbio y anticuarios del Rastro rindiendo sus respetos a su perista predilecto.

El Legionario había sido caballero legionario durante un periodo indeterminado (o eso aseguraba él) y después combinó el negocio de la compra-venta de objetos robados del Rastro con delaciones excelentemente retribuidas a cargo de la policía secreta franquista. Al llegar la democracia, se hizo detective y le fue bien. La policía le hacía encargos, trabajos que no se podían abordar desde la legalidad democrática vigente y que él resolvía con fuerza bruta e inteligencia a partes iguales. Porque aquel gordo de brazos tatuados era inteligente. Se hizo amigo de Ulises Lombardi tomando vermouth en lo de Tomás, descubrieron que ambos eran fanáticos de Edgar Allan Poe. Lo del Legionario con Poe resultaba algo serio. Dio, incluso, una conferencia en el Ateneo de Madrid. Tenía un conocimiento enciclopédico del autor nacido en Boston y enterrado en Baltimore bajo una botella de láudano. Así fue como el Legionario comenzó a invitar a restaurantes a Ulises Lombardi, venciendo la resistencia de aquel porteño reservado y de pocas palabras, altivo, nostálgico, con la ironía de los tristes. Conversaban sobre Edgar Allan Poe. Y sobre Eva Perón. Otro asunto que fascinaba al Legionario y por el que preguntaba insistentemente a Ulises Lombardi.

—Porque tú eres peronista. Por supuesto, ¿no?

—Todos los argentinos somos peronistas. No puede ser de otro modo, gordo.

—¿Te sabes la historia del cadáver de Eva Perón?

Y el Legionario volvía a hacerle el relato de aquella peripecia demencial que arrancara en 1955 con los restos de Evita exhibidos a las masas en la sede de los sindicatos, robados por los militares, ocultos en diversos emplazamientos secretos, volando a la residencia española de Perón en el exilio, venerados en un chalé de Puerta de Hierro, con María Estela (la nueva esposa de Perón) durmiendo junto a aquella podredumbre para capturar la magia de la líder de los descamisados. Evita, artista de cabaret a la que el general convirtió en figura patriótica elevada por encima de él mismo. Para más información, leer *Santa Evita*, de Tomás Eloy Martínez. A Ulises Lombardi siempre le enterneció el Legionario, aunque en su pasado (lo sabía) pesaban circunstancias tenebrosas, connivencia con la represión franquista y posfranquista, y el veneno moral de haber sido cómplice de crímenes policiales. O no. El Legionario sostenía con toda firmeza, cuando el tercer anís de la sobremesa le soltaba la lengua, que jamás hizo daño a nadie que no se lo mereciera.

—A algún asesino sí he ayudado a eliminar, eso te lo reconozco, pero a los rojos procuraba dejarlos en paz. A mí no me habían hecho nada. Mi abuelo fue republicano, lo fusilaron en Mérida. Si hasta voté a los comunistas en las primeras elecciones.

El Legionario poseía una calva de extraordinaria perfección, patillas de forajido, una obesidad inmensa y se sentaba siempre cerca del fuego en La Posada de la Villa, con esa decoración de maderas viejas, ventanas con cristales opacos, vigas y muchas mesas en el salón, la plantilla del Atlético de Madrid alguna vez, a punto de celebrar la derrota correspondiente, porque ganar no siempre es lo importante. Al menos en el fútbol. Al menos para ese equipo raro que tuvo durante tanto tiempo su cancha junto al río Manzanares, enfermizo regato de Madrid.

—Hazme un favor, Ulises, si me pasa algo cuida de Sara, mi sobrina. Es muy joven y, en consecuencia, muy estúpida.

Pero, en realidad, era Sara la que cuidaba de Ulises Lombardi, «absoluto analfabeto del universo virtual y la computación» (como él mismo se divertía en definirse echando mano de vetusta terminología). El detective todavía se manchaba los dedos de tinta leyendo periódicos impresos en papel. Su planeta era otro. Así que invitó a Sara a comer cocido y aquella joven (veintiséis años) replicó que prefería unas verduras a la plancha ya que estaba iniciando el tránsito hacia el veganismo. Ulises Lombardi miró a aquella chica y no pudo reconocer absolutamente ninguno de los rasgos del Legionario en ella. Aseguraba el camarada fallecido que era su sobrina, pero jamás habló de hermana o familia alguna más allá de esa joven que había surgido de la nada. Otro de los misterios del Legionario. Sara era una pelirroja vocacional, partidaria del tinte más rabioso aunque sus pecas eran absolutamente auténticas y otorgaban a su rostro un carisma especial. Si Ulises Lombardi hubiera sido joven, seguramente se habría

enamorado de Sara. Pero no era joven. Y, además, a un detective el asunto del amor nunca le sale bien.

—Buscaré listados de residencias en la Comunidad de Madrid, va a ser un trabajazo, ya he mirado y las hay de todo tipo: privadas, públicas, municipales, regionales, religiosas... O sea, que no existe un registro central al que puedas acudir, colarte y mirar si ese tal Teodulfo está aquí o allá.

Ulises Lombardi asintió, dejaría que ella ejecutase su labor investigadora y después haría lo que hacen los detectives chapados a la antigua como él, ir en busca de ese viejo, comprobar su ubicación exacta y comunicársela a aquel idiota demasiado bien vestido.

—Nunca me has contado cómo escapaste.

—¿Cómo escapé? ¿De dónde escapé?

—He estado mirando por ahí, Ulises, y tu rastro resulta fácil de seguir. Pusiste bombas en Argentina. Ejército Revolucionario del Pueblo. Desde 1970 hasta 1977 o 1978. Atentados. Secuestros. Algunas de vuestras acciones fueron realmente la hostia. Tú fuiste la estrella del rock de aquel grupo terrorista. Sales mencionado en muchas partes y hasta se puede ver tu foto. De los más jóvenes entre aquella tropa.

—No éramos terroristas. Era otra cosa.

—Bueno, llámalo como quieras. Matasteis a bastante gente.

—Nos lo cobraron. Con creces.

—Estuviste preso en la Escuela de Mecánica de la Armada, el peor sitio, el lugar más siniestro, donde torturaban y mataban día y noche. De los cinco mil detenidos que pasaron por allí apenas sobrevivieron doscientos. Dicen que sólo dos personas lograron escapar de aquel sitio. ¿Fuiste tú una de ellas?

—No me gusta esta conversación, Sara. Ya lo hemos hablado muchas veces. Pará.

—¿Cómo escapaste?

—Escapé. Basta con eso.

—De la ESMA no se escapaba.

—Igual morías que te dejaban libre. No entendés porque sos joven y bastante engréida y creés que todo es como en las series que ves en la tele, pero no. A veces no hay explicación. No hay heroicidades ni planes de fuga. Un día te sueltan y estás fuera, con los zapatos de otro, sucio, derrotado hasta lo más hondo de tu alma. Allá bajo los árboles de tu cuadra, como recién despertado de un mal sueño. No sabés bien cómo has llegado a casa. Tus viejos te reciben. Tu viejo no se olvida de abofetearte antes de retirarse a su estancia, seguramente a llorar. Lo ha emocionado verte vivo, pero, a la vez, te hubiera querido muerto por hacer sufrir así a tu madre. Escapé. Aunque no es esa la palabra. Me dejaron ir. Sólo eso. Y te aseguro que jamás tuve la menor curiosidad por saber quién me quiso libre y por qué.

—No, Ulises. Mientes mal. Escapaste. Algo ocultas, pero ya me enteraré. Yo me entero de todo.

Ulises Lombardi contempló a Sara, sus pecas le recordaron a las de Lorena, y a su memoria regresaron las noches de farra y playa, el tiempo que se había ido. Se puso triste. Bueno, era su estado natural desde hacía años, la corriente subterránea que le había mantenido en un larguísimo letargo de días de oficina, barras de bar y rutina melancólica. La vida terminó cuando le sacaron de aquel sótano. Eso es lo que temía confesar a Sara. Todo quedó atrás y hubo que seguir viviendo por pura costumbre. El pasado. Los detalles dolían.

Sara recordó su primera conversación con Ulises Lombardi y cómo le sorprendió que el Legionario tuviese un amigo como él. Alguien tan diferente, cargado de una tristeza cósmica y una inteligencia e ironía profundas. Enseguida surgió una propuesta de colaboración. Ella había abandonado su carrera de ingeniería, alternaba trabajos de oficina con temporadas de vacío y molicie, gastaba ahorros (procedentes, en su mayor parte, de la herencia del Legionario) y de repente se vio investigando esas miserias minúsculas que llegan al despacho de un detective con oficina en la zona del Rastro madrileño. Siempre trató de indagar en el pasado de este impenitente fumador que hacía gala de ademanes y usos pasados de moda, igual que el olor de su enigmática colonia para hombres, tan de otro tiempo. Pero Ulises Lombardi tendía a un hermetismo fiero y las respuestas nunca eran concluyentes. Existía una conexión fortísima entre ambos y, sin embargo, Sara no alcanzaba a entender del todo qué sucedió en la vida anterior de Ulises Lombardi. Lo intuía. O eso quería creer. Igual que intuía que Ulises Lombardi había adquirido algún conocimiento hondo sobre ella que el detective prefería no desvelar. En ese raro equilibrio (o desequilibrio) se movía su relación.

El cocido madrileño iba a tener una complicada digestión para Ulises Lombardi después de la deriva de su conversación con Sara. Pidió un *gin tonic*. El alcohol siempre atenúa cualquier daño. Mientras se lo servían salió a la calle. Fumó. Le acompañó Sara, que liaba su cigarrillo y le observaba de reojo.

—¿Por qué crees que esa gente te ha contratado para buscar a ese viejo?

—No tengo la menor idea, no me incumbe.

—Por algo que sucedió. El pasado siempre ajusta cuentas. Resulta imposible que, tarde o temprano, no regrese.

—Interesante reflexión hecha por alguien que no tiene pasado.

—Sí lo tengo, Ulises, parece que no, soy joven, pero tengo pasado. Y quizás un día ese pasado venga a buscarme. O yo tendré que ir en su busca.

Poseía Sara una mirada feroz y exhibía en aquel instante (fumando en la acera de la calle Cava Baja junto a un tipo con demasiados rizos en la cabeza para su proveya edad) una camiseta con la inscripción *Fuck Off!*, que acentuaba su aire adolescente, y movía rítmicamente las caderas

como si escuchase una canción silenciosa. Su cuerpo flaco y de curvas leves escondía un tatuaje de significado secreto.

Sara, pensaba Ulises Lombardi, era poderosa y, a la vez, frágil porque desconocía (aún) que la inmortalidad que cada joven se atribuye no es sino uno de los nombres de la osadía. Y, a veces, la vida sale mal. Pero ya tendría tiempo de descubrir toda aquella basura, meditó el detective.

La calle estaba extrañamente vacía. Los turistas habían comenzado a marcharse del país. Ulises Lombardi iniciaba una búsqueda incierta en medio de un huracán que arreciaría muy pronto.

Buenos Aires, 1977

Matalo».

Olía a loción para después del afeitado, a limpio, y al mentol del tabaco que fumaba incansablemente. Otras veces también traía en su aroma penetrante un fondo de hedor a whisky, y esos días había que temerlos. Todos lo sabían en El Sótano. Le llamaban Bauer. Señor Bauer. Era un señorito atildado, de ojos profundamente azules, muy delgado, pelo negro peinado con brillantina hacia atrás, y bigote de galán cinematográfico de otra época. Siempre vestido como para acudir a un cóctel, traje y corbata, absurdamente acicalado para la sordidez de aquel escenario. Era guapo. Sólo los dientes desdecían esa belleza. Torcidos y desestructurados en una sonrisa abrumadora, terrible. Bauer descendía al Sótano y recorría sus pasillos, escogiendo a quién martirizaría durante el tiempo que fuese necesario. ¿Necesario para qué? Para lograr información, se suponía. Pero también para saciar su anhelo de terror ajeno. El horror parecía ser un material que fascinaba a aquel joven de buena familia que allí, en El Sótano, se codeaba con milicos violentos y ese lumpen delincucional que la policía había captado para la causa de la caza de subversivos. Bauer se mantenía al margen de esos últimos elementos. Le repugnaban aquellos matones con pantalón de pata ancha, cabello largo y chaquetas de falso cuero. Había tenido algún encontronazo con ellos. Un día, tres de esos tipos estaban en una celda violando a una detenida. Bauer lo vio y les exigió que se detuviesen. Uno de ellos se afanaba con especial brutalidad en su tarea. Tenía a aquella chica contra la pared y la destrozaba salvajemente. «Es desagradable», dijo Bauer. Rieron ruidosamente, pero borraron toda sonrisa cuando Bauer sacó el revólver y perforó el cráneo de aquella detenida con una bala de su Browning HP 35. «Y ahora seguí, basura». Eso, cuentan, fue lo que ordenó a quien tenía el cadáver de aquella mujer joven en los brazos. «Seguí, seguí, hijo de puta», repetía Bauer apretando su arma contra el cuello de aquel violador súbitamente convertido en necrófilo, y aquel matón (siempre según la versión que circulaba por El Sótano) comenzó a musitar un llanto absurdo de pánico y desconcierto, tenía astillas de hueso clavadas en el rostro, esquirlas de masa ósea de quien hasta hace un minuto era su víctima: una niña de colegio de monjas metida a guerrillera y vejada en un sótano y ahora, ya, desaparecida para siempre. Bauer tuvo que dar explicaciones por aquel incidente y pasó semanas sin volver por El Sótano. Pero volvió. ¿Qué extraordinario servicio prestaba para que se le

permitiera incomodar a los peones suburbanos de la represión? Nadie lo sabía. Bauer era un completo misterio. Contaban que su familia era de Bariloche y se había hecho rica con fábricas de chocolate, y que ayudaron a muchos nazis huidos de Europa a esconderse en Argentina y eso aumentó su fortuna muchísimo más. Rumores. Bauer iba y venía, escogía a sus piezas para acometer interrogatorios siniestros, aviesos en su complejo sadismo.

—Matalo. Es lo mejor que podés hacer. Si no, te pesará en la conciencia toda tu vida.

Ulises Lombardi miraba a aquel tipo, de su edad, muy similar a él en lo que a formación y clase social se refería, con un azul en la mirada también similar al suyo, ambos encerrados en la oscuridad subterránea de aquel círculo infernal en el que penaban quienes habían sido capturados. Lo peor eran los gritos. Noche y día se escuchaban en aquella penumbra inacabable.

—En serio. Matalo. Vos vas a salir de aquí. Y espero que antes nos des algo de información. Si no, tampoco importa. No podemos tocarlo. De momento. Nada de violencia contra vos. Tu papá es amigo personal de varios ministros. De acuerdo. Pero nadie ha dicho que no podamos plantearte un dilema moral. Y esto es un verdadero dilema moral.

Bauer le ofrecía su revólver y señalaba a una figura amordazada que dos de sus secuaces sostenían en pie. No lo conocía. Los signos de la tortura eran evidentes en aquella víctima propiciatoria. Hematomas, sangre, luxaciones. Uno de sus ojos había desaparecido para siempre como si hubiese sido triturado.

—Matalo, Ulises. O bien (también es una opción) dispara contra mí. Valdría de poco, pero sería un acto heroico. Aunque también estúpido. Sin embargo, acabar con la vida de este desgraciado sí te hará bien. Le hará bien a él. Porque estoy dispuesto a hacerle sufrir muchísimo, a torturarlo lo indecible. Y todo porque a vos no puedo tocarlo un solo cabello. Porque perteneces a la élite social de nuestra patria. El hijo pródigo. Lo sé bien. Tal vez vos y yo coincidimos en el hipódromo alguna vez. No sé. Fuiste *rugbier*, ¿verdad? Las minas adoran a los *rugbiers*. Qué suertudo. En fin, Ulises, matalo y acabemos de una vez.

Sonrió mostrando su desordenada dentadura, aunque enseguida, muy rápido, varió su gesto hacia una ira también desordenada. Golpeó a Ulises en la cara con el revólver, se irguió y se marchó, llevándose con él a aquel otro preso de esa guerra infame que conducía hacia ninguna parte.

Pasaron las horas.

Ulises Lombardi miró la oscuridad durante un tiempo que no pudo precisar.

Pasaron cientos de años.

Volvió a encenderse la luz. Arrojaron un cuerpo a su celda.

—Te lo advertí, Ulises, habría sido mejor que le disparases.

Era una masa informe lo que agonizaba allá en el suelo, una deformidad indefinible a la que habían extirpado parte de sus atributos humanos. Ulises tomó de la mano a aquel pobre tipo y

comprobó que la amputación de cada uno de sus dedos había formado parte de un tormento desahogado y largo. Ni capacidad para las lágrimas le quedaba a ese torturado que murió tras unas horas de respiración lenta, sangre y un último e ininteligible intento desesperado de modular alguna palabra de despedida.

El truco se repitió una y otra vez.

Ulises perdió la cuenta de los cadáveres que tuvo a sus pies. O tal vez no fueron tantos como recordaría en sus pesadillas posteriores. Mujeres y hombres martirizados violentamente que se le ofrecían para que los asesinara o, de lo contrario, continuaría su horrible sufrimiento. ¿Hubiera sido lo correcto matarlos? Había algo que impedía a Ulises hacerlo. Dudó un día en que Bauer le trajo un chico muy joven, casi un niño. Esa vez sí que Ulises Lombardi tomó el arma en su mano y apuntó a Bauer primero, y después se colocó el cañón en su propia sien dispuesto a acabar con todo. ¿Por qué no se lo había propuesto antes? En la militancia siempre se hablaba de la conveniencia del suicidio ante la posibilidad de caer prisionero. Quiso apretar el gatillo. No lo hizo. Bauer miraba con una sonrisa que descubría su laberíntica dentadura.

—No, Ulises, eso no, menuda pendejada.

Le arrancó el revólver de la mano y se llevó al chico, que lloraba asustado y gemía como el niño que era, en el prólogo a su martirio. Curiosamente aquel detenido no volvió a la celda de Ulises Lombardi. Jamás supo de él.

Pasaron los días y le dejaron en paz. Sólo la regularidad de las comidas infectas que le proporcionaban servía de reloj para sus jornadas, así como la bombilla que se apagaba y encendía.

Una mañana (o pudo ser una noche) Bauer entró en su celda.

—¿Y por qué, Ulises? ¿Por qué no haberles ahorrado el dolor? Tú mataste ya. Y me parece que abundantemente. Varios testimonios de camaradas tuyos te señalan. Ah, pero papá y su círculo de amistades poderosas guardan tu integridad física. No somos tan diferentes, Ulises. A mí también me protegen los privilegios de clase y por eso puedo encararme con esos negros de mierda que el Gobierno ha captado para cazar comunistas y que no son más que matones sin gusto, siempre violando como animales. Pero me intriga tu actitud. Vamos a dejarte libre. Seguramente lo esperabas. Y, sin embargo, tu condena empieza ahora, cuando salgas a la calle. Lo vas a saber muy pronto.

Ulises Lombardi no pudo contenerse y, por primera vez en su reclusión, se dirigió a Bauer:

—¿Por qué lo hacés?

Bauer se volvió, cuando estaba ya saliendo de la celda. La puerta estaba abierta y sólo se veía oscuridad ahí fuera. Llegaban los gritos repetidos y las súplicas de hombres y mujeres gimiendo en las jaulas, un infierno subterráneo donde se moría y también había nacimientos. A veces se oía el llanto de un bebé que sonaba con la urgencia de una fiebre a destiempo. Había parido una

detenida. Aquel recién nacido, niño o niña, iría a parar a una buena familia, que pagaría sus buenos pesos. Todo ese universo desolado aguardaba a Bauer al otro lado de la puerta. Ese infierno era su oficina.

—¿Por qué lo hago? Porque es mi obligación como miembro de una clase social a la que el marxismo pretende condenar a la desaparición. Eso bastaría. Aunque hay más. Te voy a confesar, Ulises. Me gusta hacer lo que hago. Dejar atrás todo límite moral. Jugar con el dolor, explorarlo hasta el infinito. Una vez que cruzás la línea ya nunca serás el mismo. No seré el mismo jamás a partir de ahora. Me he convertido en el monstruo que quería ser. Simplemente.

Bauer se marchó. Ulises Lombardi fue liberado a las pocas horas, su padre le recibió en la casa familiar con una sonora bofetada y su madre, aquejada de Parkinson, no pudo apenas abrazarlo, derrotada por los temblores, mirándolo como lo miraba cuando era niño, aunque, enseguida, extraviada, sin saber qué estaba pasando, y por qué su Uli (tan bueno) había ido a parar a una prisión.

Ulises Lombardi pasó días sin salir de su habitación, mirando los árboles de la plaza por la ventana, reflexionando sobre cómo explicar a sus camaradas las razones por las que había sido puesto en libertad, pensando en su futuro, deseando volver a la lucha y prometiéndose que alguna vez mataría a Bauer.

Tuvo un encuentro con Julio Moyano, compañero de lucha y clandestinidad. Un buen amigo que de inmediato le aconsejó que se marchara, que saliera de Argentina.

—Desaparecé del país, Ulises, la cosa se está poniendo muy fea. Hay camaradas que dudan de vos e incluso algún estúpido habló de darte un balazo como lección. Por las dudas sobre tu lealtad. Boludeces. Pero lo mejor es que te vayas.

Ulises Lombardi se marchó a España.

Un nuevo tiempo comenzaba para él.

Pasaron los días. Muchos o pocos.

Recibió una carta en su pensión madrileña.

Remitente: Bauer (desde El Sótano).

Eso leyó.

Era un enero frío de 1978.

Un remite escrito a mano con pluma estilográfica.

Y dentro del sobre, una fotografía.

Una Polaroid.

Lorena desnuda. Con el cuerpo marcado por los golpes, el cabello cortado brutalmente, sin rastro de su hermosa melena, la mirada conteniendo el dolor y la rabia. Una mano anónima apretaba su cuello y subrayaba su indefensión. Como un animal golpeado.

Aquella imagen supuso la peor conmoción que Ulises Lombardi sufriría nunca.

Bauer se lo había advertido.

Le dijo que no saldría impune.

Ulises Lombardi sintió que el mundo acababa en ese instante.

Lorena se convirtió en un nombre más dentro de la inmensa lista de desaparecidos de la dictadura argentina.

Julio Moyano escribiría después a Ulises Lombardi y le explicaría que Lorena había sido capturada en un operativo fallido que se organizó en Santa Fe.

Nunca más supieron de ella.

El día que Ulises Lombardi vio la fotografía de Lorena había nevado en Madrid.

Desde entonces odió la nieve con toda su alma.

Mirá, siguen laburando. Da igual lo que pase, la gente pobre siempre sigue laburando, aunque el mundo se venga abajo. Ahí están, dándole al pedal de la bicicleta.

La glorieta era silencio en ausencia de vehículos motorizados, pero los ciclistas atravesaban la calzada a toda velocidad para llevar sus envíos.

—Los Cuatro Caminos. Me gusta el nombre de esta plaza.

Sara miró a Ulises Lombardi, que sonreía levemente detrás del humo de su cigarrillo. Los dos esperaban a que llegase Yuri y les contase.

Mientras tanto continuaba el trasiego de hombres y mujeres recorriendo la ciudad, arriesgando su salud para llevar alimentos o caprichos (quién sabe) a domicilios confinados. La ciudad clausurada salvo para ellas y ellos, *riders*, jinetes en la tormenta, no hay plaga peor que el hambre y hay que llevar plata a casa, conque «aquí está su pedido, caballero», *riders on the storm*, como la canción de The Doors.

—Allí viene Yuri.

Hizo su aparición, cabalgando a lomos de su bicicleta, una mulata de orígenes cubanos con el cabello cortado casi al cero y teñido de rubio platino, sonrisa de amazona y actitud desafiante.

—Llevamos rato esperando.

—No tengan prisa; la prisa mata.

Yuri descabalgó y pretendió dar un beso en los labios a Sara, pero ella retiró el rostro. La amazona en bicicleta rio en clave. Traía el informe listo. Yuri era amiga de policías, se infiltraba en los lugares adecuados y obtenía buena información. También vendía una marihuana excelente, ella hacía el *business* del lado que viniese. ¿No llamaban, y llaman, emprendedores a estos (a estas) *riders*? Yuri era toda una emprendedora.

—Puro caos, *sister*, nada está bajo control. En las residencias se están muriendo los abuelos a centenares, llega el Ejército y se encuentra allí a los viejitos muertos. Este virus es jodido. No lo cuentan en la tele, ya hay bastante miedo. Mi papá llamó desde Cuba preguntando: «¿Qué pasa, Yuri?». Allí también hay esta peste, pero no tanto, no por ahora. La Habana continúa cayéndose a pedazos tan hermosa como siempre.

—¿Fuiste a La Habana alguna vez, Yuri? —preguntó Ulises Lombardi.

—No, jamás, la vi en fotos de mi mamá. Ella se vino conmigo en la tripa y así nací yo,

madrileña, aunque jamás he renunciado a mi cubanismo, abuelo, «pioneros por el comunismo, seremos como el Che».

—Si te oyera tu vieja, seguro que no le gustaba la broma.

—Mi mamá ya escucha poco, se volvió loca hace dos años y se lanzó por la ventana. No se mató de milagro, los tendederos del patio interior la salvaron. Ahora vive en casa, sentada todo el rato, y pago a una vecina para que la cuide, le cambie los pañales, esas cosas. Pero no estamos aquí para contar mis penas. Y alegra esa cara, *sister*, que el mundo no se ha acabado aún.

Yuri utilizaba un español con inflexiones latinas que resultaba una caricatura creada por ella misma, un signo de carisma propio, el modo de exhibir una identidad mestiza en una ciudad que ya era mestiza en tiempos de los visigodos y aun antes. Yuri sonreía siempre. Incluso en medio de este apocalipsis con hamburguesas a domicilio. Con Sara tuvo sus asuntos y concluyeron, pero Yuri no desistía, se dirigía a ella con el apelativo de «*sister*», y Sara marcaba distancia, ahora en su cabeza habitaba otro rostro, persistente a cada minuto, «búscame al final de la cuarentena».

—En fin, a lo que vamos, *brother & sister*, el bicho está cargándose a un montón de ancianitos y las residencias están siendo un *fucking* infierno. A veces se abandona a su suerte a los viejos, sus cuidadores se dan a la fuga y allá se busquen la vida quienes quedan. Pero a ver cómo se busca la vida un abuelo de noventa años con la cabeza del revés. Y luego está la orden en muchas de esas residencias de no contestar el teléfono para evitar problemas con las familias. Tampoco es que sean muchas las familias que se han lanzado a recuperar a su abuelita perdida en una jodida residencia. Tremendo quilombo, como diríais vos, abuelo. Vamos al grano. Todo esto me lo ha contado mi amiga poli y también que el nombre de Teodulfo Iglesias aparece como acogido por una institución de caridad hace unos tres años. Monjitas. Hoy por hoy no sale en ningún registro, pero si está en algún sitio, puede que esté en alguna de las residencias de las Hermanas del Sagrado Perdón.

Interrumpe Sara:

—No me jodas. Eso ya lo había descubierto yo, basta con teclear para llegar a esa información, no hace falta follarse a una poli para obtener ese dato de mierda.

—Hey, *sister*, no te pases. Ese dato de mierda te lo regalo, pero por lo que me vais a pagar es por otro detalle más interesante: Teodulfo Iglesias fue investigado hace un par de años, pero se ordenó frenar en seco el proceso, dejarle en paz. Y estamos hablando de acusaciones graves. Mi amiga poli, esa a la que me follo, estuvo en el lío. Con cien años ese tipo salió mencionado en varios testimonios de inmigrantes a las que habían violado. Él no las violaba, sino que vendía esa diversión a un puñado de hijos de la gran chingada. De cualquier modo, los testimonios eran endeble, las inmigrantes fueron deportadas y Teodulfo Iglesias resultó protegido por la llamada «policía patriótica». Por Dios y por España. ¿Les explico lo que es la «policía patriótica»? Un

grupo de polis malos, corruptos y más bien fascistas que tenían barra libre cuando gobernaba la derecha, y ahora que gobierna la izquierda siguen ahí. Nada cambia, nunca cambia nada, ese es el secreto, la verdad que hay que saber para no decepcionarse. Pero noooo, no hay que llorar, que la vida es un carnaval y las penas se van cantando...

Yuri rindió así extemporáneo homenaje con su voz mulata a la gran Celia Cruz. «Que las penas se van cantando», repitió y después calló. Sonrió mientras aguardaba lo que le tenían que decir.

—Suenar raro, Yuri, rarísimo —dijo Ulises Lombardi, siempre tras el humo de su tabaco.

—Al parecer, la empresa del tal Teodulfo traía trabajadoras de fuera para el campo español, para la fresa y cosas así, y luego había cabrones que pagaban para violarlas, sabiendo que esas mujeres no estaban en condiciones de denunciar. Eso me han contado y por esa información, os guste o no os guste, reclamo mi dinero. Algo más: tengo un nombre. El de un hijoputa que trabajaba para el tal Teodulfo: Walter Pereira. Un ecuatoriano cabrón. Eso sí, os va a costar hablar con él, le han metido en un Centro de Internamiento de Extranjeros para largarlo de aquí en cuanto abran los aeropuertos —replicó Yuri.

Ulises Lombardi tomó nota del nombre del tipo y decidió que habría que probar suerte y acudir al CIE donde estaba preso para tratar de hablar con él; también tocaba visitar las residencias gestionadas en Madrid e intermediaciones por las monjas del Sagrado Perdón. Todo sonaba disparatado, pero ¿y qué no en estos días?

El detective preguntó:

—Yuri, tengo una curiosidad. Tu nombre es ruso y bastante común en Cuba por la influencia soviética, pero es un nombre masculino. ¿Por qué lo elegiste?

La sonrisa de Yuri volvió a refulgir, incluso Sara pareció rendirse a aquella franca felicidad que irradiaba esa esforzada ciclista de un Madrid devastado por el miedo y la plaga.

—Abuelo, estás anticuado. Ya nada es masculino o femenino. Si te gusta, tómalo. Y me gustaba el nombre. De todos modos, hay una cantante mexicana que se llama así, la que cantaba *Ese amor no se toca*. Tremenda canción. Me gusta Yuri. Sólo eso. Y tú, *sister*, sonríe un poco más, lo necesitas.

Sara no pudo evitar que una levísima sonrisa se dibujase en su rostro. Yuri volvió a montar en su bicicleta y se marchó, para seguir cabalgando por las calles de Madrid.

Sin mirar atrás.

Su figura rauda sobre dos ruedas se perdió pronto en dirección al Paseo de la Castellana, repentinamente limpio de humo, el azul del cielo refulgía en el asfalto, días extraños en una ciudad del hemisferio norte.

—Busca en las residencias, yo conseguiré ver al tal Walter.

Sara ordenó y Ulises Lombardi decidió que lo mejor era respetar su mandato.

Dicen que las mujeres rosarinas son las más lindas», resultaba un tópico repetido, pero Orlando hizo el chiste una y otra vez, antes de entrar en la casa. Estaba nervioso, y Ulises lo miraba sabiendo que el pendejo iba a cometer un error, lo intuyó enseguida, aunque ya era demasiado tarde. La noche había caído e iban a asaltar la casa de Humberto Rossi, empresario y enemigo del pueblo. «Las mujeres rosarinas son las más lindas», repitió Orlando con el rostro ya cubierto, y los dos se lanzaron a la carrera hacia la casa donde entraron con el sigilo imposible de quien va a ejecutar un secuestro y hallará resistencia. El guardaespaldas había sido neutralizado en el exterior de la mansión, dentro no había nadie más que ese capitalista explotador al que tenían que llevarse. Pero no. Antes que el patrono enemigo de clase apareció una nena en pijama bajando las escaleras y Orlando disparó, el muy pelotudo. La nena cayó e irrumpió Humberto Rossi armado con una pistola que descargó sobre los asaltantes. Ulises respondió a ciegas, derribado sobre el suelo, y la adrenalina insufló un instantáneo aire de aventura al momento. Solía gozar de esas situaciones, del peligro y el olor a pólvora, pero no esa vez, no con una nena en medio del fuego cruzado. La niña se levantó, miró sin entender y se tapó los oídos. Ulises percibió un interrogante en su última mirada infantil, la imposibilidad de comprender el ruido y la sangre que se derramaba y dolía en su pecho de niña. Cuando arreciaron los disparos, cayó fulminada. ¿Quién la mató? ¿Quién disparó aquella infame bala? Muchas veces se lo preguntaría Ulises Lombardi a partir de este momento. Y en todas las ocasiones sería incapaz de contestar a esa pregunta. Siempre quiso pensar que no fue él. Pero ¿cómo saberlo? Humberto Rossi corrió inútilmente en ayuda de su hija, apenas nueve años, tan linda —así lo contaron los periódicos—, el suelo ajedrezado del recibidor estaba manchado de sangre, la nena llevaba en la mano un osito tuerto —detalle inexistente y demasiado literario, cosas de la prensa, ya se sabe—, el capitalista repugnante se convirtió en un padre que lloraba y, mientras derramaba sus lágrimas, ajeno ya a todo lo que pudiera sucederle, Orlando se aproximó y lo ejecutó de un solo disparo en la cabeza. Se volvió hacia Ulises, esbozó una sonrisa idiota y regresó a su broma sobre las mujeres rosarinas. Ulises Lombardi se incorporó y fue hacia Orlando y, desde muy cerca, le apuntó con su arma, dispuesto a liquidarlo. Orlando lo miró con ese estupor imbécil de quienes carecen de inteligencia verdadera. Al final Ulises bajó su arma y huyeron rápido. Julio Moyano les esperaba

en el auto y salieron a toda prisa. Se mantuvieron en silencio. Ulises tenía veintidós años y había cometido un crimen atroz. Ya nunca se sentiría inocente. No había justificación alguna. Quiso dejarlo. No lo hizo. Continuó con la lucha. Muchos años después aquella nena aparecería una y otra vez en sus noches de insomnio.

La vecina ha llamado a la puerta:

—¿Estás bien, Jose, hijo?

José Laguardia no contesta, duda entre abrir o permanecer en silencio, pero ¿y si la señora Petra piensa que le ha pasado algo y llama a la policía? Mejor actuar como de costumbre, recibirla y aceptar sus guisos, seguro que baja con unas lentejas para que se alimente debidamente. La señora Petra es de Badajoz, viuda de albañil, vive sola en este edificio suburbial donde las familias proletarias de la España interior han ido escapando o extinguiéndose para dejar paso a un nuevo proletariado proveniente de otros lugares más lejanos. La señora Petra no se fía de los dominicanos, y menos de los negros de África que suben y bajan las escaleras. Sí se fía de Jose (así lo llama ella, con acento en la primera sílaba), un chico descarriado como lo fue su Julián, que apareció en el portal con una jeringuilla en el brazo allá por 1989. Al hijo de la señora Petra le enterraron en Badajoz igual que a su marido, que se cayó del andamio a dos días de jubilarse. «Vaya vida», suspira Petra muchos mediodías mientras José Laguardia come sus succulentas lentejas. La señora Petra se preocupa por el exboxeador, lo cuida a ratos, cocina para él y le sirve de entretenimiento, igual que ir a misa.

—¿Estás bien, Jose? No me preocupes, hijo.

José Laguardia abre la puerta y allí está la señora Petra con su cazuela.

—He hecho migas, Jose, seguro que no las catas desde hace vete a saber cuándo.

El púgil que ya no pelea mira a su vecina con ternura y la toma del brazo para guiarla hacia el salón. Está un poco sorda; aunque su invitado se moviera en la cama (algo poco probable), no escucharía el ruido en el dormitorio. Así que tratará de ser breve. La señora Petra deja sobre la mesa lo que ha traído y se sienta en el sofá roñoso que adorna la principal estancia de la casa. José Laguardia se va a la cocina en busca de un plato, un tenedor y quizás un trapo con que limpiarse las boceras. Seguirá el ritual acostumbrado, comerá y charlará, tampoco le vendrá mal un poco de conversación.

—Tienes que limpiar un poquito más, hijo, cómo está todo de polvo, por Dios. Si te echaras una buena mujer...

José Laguardia come y asiente, le viene bien el cariño de esta vieja, nadie se acuerda de él salvo amistades turbias de la cárcel y dichas amistades, un día, te traen un viejo para que lo encierres en casa. La vida es extraña.

—Ya ni a misa puedo ir. En la televisión ha dicho el Gobierno que nos tenemos que encerrar, que este virus mata, que no es la gripe como decían al principio. No sé qué va a pasar. Tengo miedo, Jose. Y todos esos negros por la escalera, que suben y bajan, y ni se encierran ni nada. Y conste que yo no soy racista, que voto socialista desde que nos dejaron votar, pero una cosa es una cosa y otra es otra.

Por la escalera, en realidad, no suena más que una melodía de silencio con ecos de cañería; huele a pis en el patio, eso también es verdad, pero vaya usted a saber quién ha meado, si un negro o un blanco. Eso piensa José Laguardia, pero prefiere no contestar a la señora Petra y asentir como agradecimiento general a todos sus miedos y a la vez con una mirada que transmite protección.

—Mira que mi abuelo siempre me hablaba de la gripe del 18, murieron como chinches, él se libró por los pelos, estuvo un mes entero con fiebre. Pobrecico. Cómo te pareces a mi Julián, Jose, siempre te lo digo, pero es que es la verdad.

La señora Petra habla y habla mientras José Laguardia come y, de pronto, la señora Petra deja de hablar. El púgil que abandonó el pugilato levanta la vista de su plato con pan, chorizo y tocino, comida de pastores de Extremadura y otros territorios peninsulares, pedazos de pan duro mojados en leche y lo que se quiera echar en medio para saciar las hambres violentas de otros tiempos, hambres de la dehesa, de viento y frío y calores tremebundos. Detiene su almuerzo. ¿Y qué es lo que ve su mirada dura de boxeador apaleado por una existencia de tribulaciones y violentas penas? Recién salido del dormitorio y con los ojos ajenos a todo temor, el cabello más blanco que nunca, está en pie, en medio del salón, su extraño compañero de cuarto, coloso incólume que enuncia una frase rotunda:

—Este señor me retiene contra mi voluntad. Tiene usted que llamar a la policía y denunciarlo.

Petra modula el asombro en un gesto que traduce al instante en dramático interrogante:

—Pero ¿qué dice este hombre, Jose?

José Laguardia se levanta, empuja de mala manera hacia el dormitorio a su forzado inquilino, cierra la puerta, observa a la señora Petra, escruta su sorpresa y piensa qué hacer. Jamás ha sido un hombre cerebral, su estilo sobre la lona siempre careció de la inteligencia necesaria para ser realmente un buen boxeador. Nunca supo dosificar sus fuerzas, planificar y mirar el combate desde la lejanía. Daba puñetazos para matar desde el primer minuto, y eso a veces funcionaba y las más de las ocasiones no conducía a un resultado óptimo.

—Hay que llamar a la policía si eso es verdad, Jose —dice la señora Petra sumida en una aterrorizada confusión.

José Laguardia coloca sus manos alrededor del cuello frágil de la señora Petra, aprieta, y ella apenas se resiste. La mujer abre mucho los ojos con mudo asombro, trata de musitar una última frase y todo acaba pronto. La señora Petra es ya un fardo en el suelo, nada más. Después pensará

qué hacer con el cadáver. Se plantea, en un raptó de furia, dar un escarmiento al viejo. Abre la puerta del dormitorio, él está de pie, mirando por la ventana, retornado a su silencio. José Laguardia aprieta el puño, lo exhibe amenazante, el anciano lo mira y todo queda en suspenso. El tiempo se detiene. Una mueca de amenaza se insinúa en el rostro del prisionero, que dirige una frase a su asombrado captor:

—Has tenido que matar. Siempre pasa cuando estoy yo. Libérame, hijo mío. Libérame o lo lamentarás.

Y después de esas palabras el desconocido muta su rictus amenazante en distancia, regresa a su tiniebla habitual, a su extravío de mirada hueca.

José Laguardia tiene miedo.

Algo va mal.

Ese hombre al que retiene anticipa desgracias, hay algo malvado en él.

José Laguardia sale del dormitorio, cierra la puerta, se arrodilla y reza.

La señora Petra tiene una cucaracha en la mano, como si transportase a alguna parte a ese insecto del demonio que habita bajo los muebles, en la casa de José Laguardia.

Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, ahora y en la hora de nuestra muerte.

Amén.

Buenos Aires, 1978

La mujer tenía el cabello gastado, como roto de cansancio, vetas de color blanco habían nacido durante estas últimas semanas, desde la desaparición de Lorena. Su niña. La mujer tenía el rostro más triste que jamás había visto un taxista, ese taxista gordo y sudoroso que la había traído hasta un edificio en la avenida Rivadavia, tercera planta, departamento minúsculo y ventanal con vistas a un árbol de hojas sucias que respira el humo de los automóviles. El taxista tendría ocasión de ver otros rostros tristes, con toda la tristeza de un mar que se alimentaba de cadáveres, sin que nadie lo supiese o nadie quisiera saberlo. Un mar que era un río, pero qué importancia tiene. La mujer subió dos maletas no muy pesadas, entró en el departamento, se sentó en el sofá rojo y negro, a cuadros, las paredes vacías de todo adorno. La mujer esperará allí a su hija. Allí era donde ella vivía. Allí será donde regrese. Tarde o temprano. La mujer ha hecho una promesa. Jamás perder la esperanza. Resistir siempre en este hogar al que su niña huyó demasiado joven, buscando la emancipación y la libertad, toda esa terminología que Lorena utilizaba profusamente en las conversaciones agitadas de la comida de los domingos, cuando su padre concluía (iracundo) golpeando la mesa, derramando el vino, «ya está bien, el orden establecido no supone una afrenta, eres una niña consentida», a los gritos, y luego la calma de una sobremesa con música de Bach. «Tu padre, Lorena, siempre adoró la música de Bach». Ahora, en estas horas oscuras, seguirá escuchando las *Variaciones Goldberg* y guardando silencio. «Quizá te consuele saber, Lorena, que tu padre ya no cree en el orden establecido. Lo detesta. Ha dejado su negocio en manos de los empleados, ha anunciado un retiro que no se sabe cuánto durará, tenemos plata, puede retirarse para siempre, escucha a Bach y mira la oscuridad del jardín como si allí estuvieras escondida, igual que cuando eras muy chica, y te buscábamos y te negabas a salir». La mujer pensó todas esas cosas mientras observaba las hojas del árbol que iba a ser su compañero en la larga espera que tendrá por delante. La mujer estaba convencida de que Lorena volvería. «Y su madre estará aquí, esperándola, para abrazarla y guardarla definitivamente de todo daño».

No llevan mascarilla?

—Eh..., no..., ¿es obligatorio?

—Yo se lo recomendaría, esta gente agarra todos los virus y las enfermedades que puedan imaginarse.

—Nadie nos dijo nada y el Gobierno sólo las aconseja para el personal sanitario por ahora...

—Vale, vale, ustedes mismos.

La conversación se produce en la entrada del Centro de Internamiento para Extranjeros del madrileño barrio de Aluche, prisión adornada de azul cobalto en las ventanas y cuyos muros de color amarillo resultan una seña de identidad sin significado alguno. Se usa para denominar a este sitio un acrónimo (CIE) que pretende desmentir su carácter carcelario. Sin embargo, según observa Sara, esto se parece mucho a lo que cualquiera consideraría un presidio. Sara camina por el largo pasillo y escucha toses, gritos, golpes, esa reverberación de la brutalidad que se adivina en los lugares donde se enjaula a seres humanos. A su lado, guiándola hacia las tripas de este laberinto extrañamente rectilíneo, está Sebastián Lanza —a quien Sara llama simplemente Sebas—, abogado capaz de casi todo por algo de dinero con que sustentar su afición principal: la cocaína. Sebas viste impecablemente, huele a colonia cara, sabe hacerse el nudo de la corbata como si fuera el mismísimo duque de Windsor y es un adicto indetectable que presta servicios a Sara cuando su condición de miembro del Ilustre Colegio de Abogados de Madrid resulta útil.

Otro agente añade una advertencia a la pareja visitante:

—No se extrañen si ven el ambiente más caldeado que de costumbre. Hay mucho enfermo y el resto se asusta.

Sara continúa avanzando por un corredor interminable, percibe el olor a lejía, desinfectante y mierda, propio de los espacios donde se hacían las personas privadas de libertad, resulta inconfundible, le recuerda un poco al de los urinarios de su colegio, adonde ella iba a fumar con los chicos. Sebas ronda los cuarenta y tantos años y se ha fundido en juergas las propiedades inmobiliarias de sus padres, ya extintos. Mamá siempre le advirtió que ahorrarse, pero Sebas prefirió la noche a madrugar para ir a los juzgados, conque, a estas alturas de su vida, la carrera de Derecho (aprobada con excelentes notas) le vale básicamente para trucos como este. Dinero a cambio de convencer a un tal Walter Pereira para que dé su consentimiento a una cita en el CIE donde se halla interno, algo poco complicado teniendo en cuenta que ese pobre tipo está a punto

de ser devuelto al agujero de donde vino. Sobre todo, si el encuentro se incentiva con la promesa de una posible remuneración económica para el inminente expulsado.

Walter les espera en una especie de sala para visitas, no está esposado ni vigilado, aguarda sentado en una silla; apoyando los codos en una mesa se limpia las uñas con un papel doblado. Es un tipo maduro, tripón, con un rictus bondadoso y mirada tierna. Sara esperaba otra cosa. Un monstruo. Pero no. Será eso que escribió Hannah Arendt sobre el nazi Eichmann: la banalidad del mal. Walter se hurga las uñas con la grosería banal de quien tiene la conciencia tranquila. Sara concluye que intelectualizar demasiado puede resultar ridículo, y se promete eludir toda intensidad y alusión alguna al nazismo que pueda derivar en la famosa ley de Godwin. Habla Sebastián Lanza, impostando su voz de abogado:

—Qué tal, Walter, ella es Sara Marcos, mi ayudante.

—Encantado, buenos días. Pues ya dirán qué se les ofrece. Ojalá me puedan prestar ayuda, pero me parece que mi expulsión no se para.

—No, Walter, su expulsión no se para, pero de vuelta a su país puede encontrarse con algo de dinero si nos contesta correctamente a algunas preguntas. Sara va a ser quien se las haga ya que yo estoy aquí, en realidad, en condición de observador y guía por este infierno de Dante que, la verdad, no conocía y pretendo no pisar nunca más. Camarada Sara, proceda.

No hay variación alguna en el gesto de Walter Pereira, pese al tono de ironía o burla al que ha recurrido Sebas, imposibilitado para evadirse del cinismo que forma parte de su personalidad más profunda. La obvia cita literaria, dantesca, sólo resulta aceptable con el tono irónico con el que Sebastián Lanza, Sebas, es capaz de enunciarla. Habla Sara:

—¿Qué nos puede contar de Teodulfo Iglesias?

Ahora sí hay una ligerísima variación en el rictus de Walter Pereira, pero resulta impenetrable, imposible de descifrar.

—¿Qué quiere saber, señorita?

—Dónde encontrarle ahora mismo, alguna persona que siga teniendo relación con él, qué papel tenía en el asunto de las emigrantes abusadas.

—No, no hubo abuso, ellas querían, eran putas.

Sara contiene su repugnancia, Sebas cultiva la indiferencia desde una prudencial distancia, Walter Pereira mantiene la mirada alta, como si nada le importase.

—Eran putas, de verdad, casi todas en mi país son putas. Bueno, en todos los países. Por dinero una mujer está dispuesta a lo que sea si es pobre. Y muchas veces también si es rica.

—Interesante teoría, pero esas mujeres aseguran que fueron violadas.

—¿Y qué iban a decir, señorita? O tal vez sí fueran abusadas, pero tampoco era mi problema. Yo las conducía a sus dueños, empresarios del campo que las reclutaban para la cosecha y que

también querían un poco de cama. No hay para tanto escándalo. Ha ocurrido siempre. Nadie se muere por algo así.

—¿Qué papel tenía Teodulfo Iglesias en esa trama?

Walter Pereira medita apenas un instante, hay un ruido repentino que sobresalta a Sara, algo sucede fuera del cubículo en el que están manteniendo este encuentro.

—Deme un papel y le apunto un número de cuenta para el dinero, y anote también la cantidad, y cuando vea el dinero ingresado les doy una dirección y un nombre. Y encontrarán al señor Teodulfo. Sólo una cosa, que Dios les ampare si lo encuentran.

Sebas arranca una hoja de su agenda, con tapas de cuero, de un lujo antiguo, apunta una cifra, pasa ese papel a su interlocutor. Walter Pereira mueve la cabeza, duda, se encoge de hombros y acepta, toma el bolígrafo que le ofrece el abogado, apunta un número. Retoma Sebas su participación en este cónclave:

—Ahí va mi tarjeta con el teléfono al que enviar su información, amigo Walter, y no dude de que si dicha información es un engaño le buscaremos hasta debajo de las piedras para que devuelva la cantidad abonada. Tenemos gente en Ecuador que puede hacerse cargo de asuntos así.

—No se preocupe, cumpliré.

Y dicho esto un sonido de trueno y cristales se desata. Como si estallara una tormenta. Todo cambia. Algo sucede fuera de la sala. Sara y Sebas se sobresaltan. Walter Pereira, no. Avanza un ruido creciente de vidrios rotos, gritos, golpes. Se abre una puerta y un vigilante es arrojado dentro y tras él una masa iracunda le patea en el suelo, y el vigilante escupe sangre y tiene el rostro tumefacto. Los amotinados gritan:

—¡Dejadnos salir ya! ¡No queremos morir aquí dentro!

Sebas, levantándose ya, pregunta:

—¿De qué coño va esto?

Walter Pereira, sin inmutarse, responde:

—Hay gente muerta en las celdas, la enfermedad está matándonos y no nos dejan salir, conque vamos a intentar irnos como sea. No se preocupen, si el dinero está, yo les informo, desde Ecuador o desde España. Encantado, señorita.

Walter se levanta sin prisa y emprende su camino hacia una posible fuga, aunque no sin antes pisotear con saña el rostro ensangrentado del vigilante linchado, a quien deja tendido en el suelo entre convulsiones. Walter se marcha y le siguen el resto de internos que irrumpieron violentamente en la sala, el ecuatoriano ejerce un liderazgo inesperado y el estruendo de motín se extiende por los pasillos. Entran dos funcionarios en auxilio del compañero agredido y ordenan a Sara y Sebas:

—¡Váyanse! ¡Salgan de aquí! ¡Ya mismo!

Y salen y hallan la canónica escena cinematográfica de una revuelta carcelaria, con un colchón en llamas, carreras apresuradas, violencia, ecos metálicos de puertas abriéndose o cerrándose, un clamor de lucha, una súplica repetida: «¡No queremos morir!». La peste está causando estragos entre los últimos de los últimos, aquí reclusos, y Sara y Sebas buscan la vía de escape más rápida, ellos también, pero les cierra el paso un ser humano enorme, con lágrimas en los ojos, que les ruega:

—¡Díganlo ahí fuera! ¡Nos están matando!

Tose y se dobla y cae, jadeante y sin respiración, sudoroso, febril, con su tez oscura perlada de humedad y miedo.

Como una carga de caballería surgen de la nada refuerzos policiales, con corazas y armamento para la batalla cuerpo a cuerpo, y apalean sin piedad a los insurrectos, quienes responden con idéntica brutalidad, hacen violencia de su desesperación, huelen a humo, a sudor, a infección, a día del juicio final.

Sebas y Sara alcanzan el acceso por el que entraron, y allí está, sereno dentro de su garita, el funcionario que les franqueó el paso al entrar. Dice, refiriéndose a aquellos que alberga esta jaula inmensa:

—Son como bestias.

Mañana este hombre sufrirá fiebre, pasará la noche en vela, toserá, tendrá después dificultades respiratorias, será ingresado, permanecerá en una cama de hospital boca abajo, con tubos en la garganta, y al final fallecerá a la temprana edad de cuarenta y nueve años. Será un número más en el listado de víctimas. Dará igual si fue bueno o malo o el modo en que se comportó con el prójimo.

A lo largo de todos sus años de exilio madrileño Ulises Lombardi intentó olvidar su anterior existencia. Incluso, cuando falleció su madre, renunció a una herencia que, finalmente, acabó en manos de una prima lejana. Tampoco perdió tanto, la empresa familiar había ido descomponiéndose crisis a crisis y el talento paterno para la economía se demostró ineficaz, apenas sostenible para mantener su casa burguesa del barrio de Recoleta y ciertas amistades y apariencias. Los amigos ministros de papá.

Desaparecidos sus progenitores, Ulises Lombardi ya no conservó más lazo con su país de origen que el incesante recuerdo. Porque, sí, intentó olvidar, pero el olvido no se alcanza ni siquiera con la distancia gardeliana de veinte años o más.

La vida del detective durante decenios fue muy poco detectivesca, tendiendo a esa monotonía doliente de los días que simplemente se suceden.

Con algunas mujeres a las que amó (pero jamás como a Lorena).

Con tardes de conversación en tabernas del barrio de La Latina.

Tabaco, largos silencios, fernet (ocasionalmente), la sonrisa inclinada hacia el lado de la tristeza.

Y algún concierto de Serrat o Sabina (o de ambos), debilidad adquirida con los años, aun siendo Ulises Lombardi rockero de primera hora y adorador de los Stones (y de Moris, Litto Nebbia, Tanguito, Spinetta).

Ulises Lombardi se aficionó en España a escuchar a Serrat y Sabina, y acudía a sus recitales como quien va a una misa de un culto privado, siempre en solitario, igual que si penetrara en un territorio imaginado, en otra vida feliz que se desarrollara en una Argentina donde nunca hubiera existido violencia ni milicos traidores y donde Lorena seguiría a su lado. Aquellos conciertos eran, en el fondo, una puerta hacia una dimensión paralela, un lugar distinto donde las decisiones no hubieran sido tan equivocadas.

A lo largo de todos sus años de exilio madrileño Ulises Lombardi jamás soñó con acabar convertido en detective.

Pero la vida nunca se dibuja en línea recta.

A lo largo de todos sus años de exilio madrileño siempre recordó a Lorena, las madrugadas de amor y humo. El pasado del que quería huir le atrapaba una y otra vez, cuando bebía whisky y

cuando abandonó el whisky como hábito, pero no el resto de bebidas alcohólicas, por supuesto, ni la nicotina.

Ulises Lombardi no tenía previsto vivir eternamente.

De hecho, ya estaba viviendo más de la cuenta.

Una vez se encontró con Bauer. O con su espectro. Caminaba Ulises Lombardi por una calle del muy distinguido barrio de Salamanca madrileño y escuchó una voz que le resultó dolorosamente conocida. En algún lugar de su cerebro se encendió una alarma y miró dentro de un restaurante, con la ventana abierta en los propicios días del final de la primavera, y allí creyó ver a Bauer, exhibiendo su sonrisa torcida, hablando entre hombres de negocios, suficientemente adinerados como para invitar en aquel establecimiento selecto. Ulises Lombardi observó y, por un instante, la mirada azul de Bauer se cruzó con la suya. Le pareció que lo reconocía, desde el otro lado de la mesa, allá junto a la ventana. Bauer guardó silencio durante un momento antes de disculparse con sus compañeros de mesa y dejar su asiento. Y luego ¿qué?

Luego nada.

Ulises Lombardi quiso entrar, pero no lo hizo.

Bauer no salió a su encuentro.

Quizá ni siquiera era Bauer aquel tipo con los dientes torcidos.

Había mucha gente con los dientes torcidos en el mundo.

Pero esa voz.

Ulises Lombardi apretó el paso, y siguió adelante. Aquel fantasmagórico encuentro también le perseguiría, porque hubiera podido matar a aquel monstruo, estrangularle con sus propias manos, hacer la justicia debida.

Sin embargo, las cosas no eran tan fáciles.

La existencia nunca nos ofrece soluciones inmediatas.

Y hasta el héroe es asaltado por la duda.

Ulises dudó.

Deshizo sus pasos.

Regresó al restaurante.

Entró y ya no había nadie.

La reunión se había disuelto.

Con el advenimiento de la democracia hubo en Argentina juicios e investigaciones y se llevó ante los tribunales a numerosos criminales de la dictadura. Bauer se desvaneció. Como si nunca hubiese existido. Hubo periodistas que aseguraron haber dado con su pista en Sudáfrica. Ulises Lombardi siempre tuvo la certeza de que no estaba tan lejos. Seguramente esquiaba en Bariloche. Sin más. A veces, algunas noches, escrutando la oscuridad a través de la ventana de su salón, Ulises Lombardi reflexionaba sobre cómo un episodio que duró apenas siete días, el tiempo que

estuvo a merced de Bauer en aquel oscuro sótano, se había convertido en el centro oculto de su existencia: el minuto en que todo se torció, el final de cualquier felicidad duradera.

También se acordaba de sus años de lucha, de Buenos Aires, del zoo de Palermo y sus pagodas, detrás de las cuales acudía a citas clandestinas, para organizar la revolución. Julito Moyano, Lorena y él. Triángulo militante y de amistad. Embriagados de fe en la revuelta y arrogancia juvenil. Sumidos en una permanente risa inconsecuente con su compromiso marxista-leninista. Julito Moyano. Hace mucho que Ulises Lombardi decidió también olvidarle, aunque dicho olvido no fuese sino una simulación vana.

Había pasado mucho tiempo ya. ¿Tantos días, meses, años puede un ser humano permanecer triste, infeliz, derrotado? No exactamente. Ulises Lombardi había vivido y en su existencia podían contarse relativas alegrías. Y mujeres a quienes no había amado del todo, pero sí habían sido una excelente compañía. Mujeres de inteligencia rotunda que habían huido a tiempo, antes de verse arrastradas hacia la honda amargura que muchas madrugadas empujaba a Ulises Lombardi a caminar sin tregua, calle tras calle. Incluso eso lo había dejado. Las interminables caminatas nocturnas.

Ulises Lombardi fuma su último cigarrillo (Marlboro, siempre Marlboro) y recuerda antes de irse a acostar, y contempla, tras el cristal de la ventana, un neón lejano que anuncia neumáticos y es la señal de que el planeta sigue girando, incluso en medio de este apocalipsis inexplicable, con gente en el suelo de las salas de espera, tosiendo y asfixiándose en los pasillos de los hospitales, desbordada toda previsión racional, en una fiebre que se extiende sin tregua. Suena una risa juvenil en el silencio oscuro de la calle, Ulises Lombardi apaga su cigarrillo y se va a la cama, sin capacidad para sentir el miedo que percibe latente tras las persianas bajadas y en ese brillo de los televisores que es como un parpadeo constante durante la noche de la ciudad.

Córdoba (Argentina), 1983

Mi nombre, señores, es Bauer. Así vale nomás. Tal vez haya quien me haya caracterizado como un demonio, pero hice, en su momento, simplemente lo que tenía que hacer. Y, además, se exagera mucho sobre mi presunto sadismo. No fue tal. Ejecutamos órdenes en defensa de la patria. Fuimos soldados de su causa, caballeros, la causa de una élite que ustedes representan, como hombres de negocios y grandes productores agrícolas, como dueños de fábricas y personas que han hecho fortuna gracias a su esfuerzo. No se les exige a ustedes, desde luego, que se manchen las manos. Para eso estamos quienes decidimos ejercer el papel de guerreros, aunque no vistamos uniforme en muchos casos. De hecho, quienes salvamos a esta nación de ser podrida por el marxismo jamás vestimos uniforme de ningún tipo. Peleamos con las manos desnudas. Y ahora se viene la democracia, o como se quiera denominar a este régimen que llega, y quizá haya quien quiera ajustarnos cuentas. A nosotros. A quienes lo único que hicimos fue pelear por la patria. Es una vergüenza. Pero admitamos que los tiempos cambian y resulta lógico adaptarse a sus designios. Incluso tendría cierta perversa lógica el que algunos de ustedes quisieran rendirse a ese alivio que supone sumarse a la masa. En nombre de la libertad. Podría ser que alguien les pidiera señalar a quienes estuvimos en primera línea haciendo las labores menos gratas. Una locura. Eso sería una locura. Señalarnos. Tarde o temprano volverán a necesitar de nuestra experiencia. Súmese a ello que poseemos demasiados datos sobre complicidades a numerosos niveles. ¿Qué persona decente no ha sido cómplice de nuestra noble lucha contra el comunismo? ¿Y por qué avergonzarse de ello? No miraremos a quien se esconda, por supuesto, pero resulta innegociable que se nos conceda el beneficio de no ser señalados. Esta Sociedad de Armas que hoy nos agasaja con tan espléndido banquete tiene que convertirse en instrumento para extender un mensaje inequívoco: es hora de guardar silencio. Mi nombre, señores, es Bauer. ¿Qué les han contado sobre mí? ¿Que maté con mis propias manos a comunistas? ¿Que les saqué los ojos con alicates? ¿Que castraba a niños guerrilleros? Exageraciones. O no tanto. Tal vez lo hice. Había que hacerlo. Ustedes lo saben. Conocían cada detalle y, si no lo conocían, sospechaban. Esa vecinita universitaria que nunca volvió a casa. Ese agitador marxista que alguien sacó de la fábrica un día bajo su complacida mirada. Es desagradable, lo sé, nuestro trabajo fue muy desagradable, pero también es desagradable observar cómo labura un cirujano, hurgando en el

interior de un cuerpo. El futuro no se construye mediante cobardías. El futuro seguimos siendo nosotros porque la patria siempre va a necesitar de los que somos bravos y no tememos el derramamiento de sangre. Ya pasó ese momento, no teman, aunque también conviene que recuerden quiénes somos y nuestra principal cualidad, esa crueldad que nos atribuyen. Que se sepa. No, no está mal que se sepa. Por si alguien enreda de más o acude con el cuento a quien no debiera. Señores, arranca un nuevo tiempo y simplemente queremos que se nos permita vivir en paz después de haber cumplido con nuestra obligación. Para lo cual apenas necesitamos un par de cosas: su discreción y una contribución económica adecuada para enfrentar este periodo que nos alcanza y en el cual, seguramente, seremos proscritos. Aunque fuimos héroes. Pero ¿a quién le importa la heroicidad en un siglo tan poco honorable? Gracias por su atención, caballeros».

De pronto todo ahí fuera se ha convertido en oscuridad y miedo, ruido obsceno a través de las pantallas, conspiradores y malvados exigiendo la contabilidad exacta de los cadáveres, reclamando la inmediata exhibición de féretros y moribundos, ataúdes sobre una pista de patinaje, en el Palacio de Hielo de Madrid, convertido en improvisado tanatorio. Se habla de cremaciones sumarias durante las veinticuatro horas del día, de salas de urgencias saturadas. La desdicha y el dolor en una fotografía borrosa que los medios de comunicación apenas logran positivar. ¿Qué está sucediendo? Es ahora, en este momento, ya de noche, cuando Sara mira su *smartphone*, rastrea en redes sociales y el destilado de odio y pánico que encuentra la conmociona, como una violencia soterrada que en cualquier momento puede estallar en esas calles actualmente sin rastro humano. Sara no ha querido estar sola y su buhardilla acoge a esta incierta hora, bajo un humo levemente mentolado, a un Sebas que sigue oliendo a colonia cara, incluso después de una muy sólida sesión de sexo. No suele ser Sara proclive a intimar en la cama con especímenes masculinos, pero Sebas es diferente y, de cuando en cuando, reclama su compañía. Le gusta su aire de adolescente detenido en el tiempo, el chico de la última fila, dibujando aún con lápiz en su pupitre, el flequillo caído sobre el rostro, como si todavía fuera 1993 y no hubiera muerto Kurt Cobain. *Smells Like Teen Spirit*. Ninguna preocupación parece perturbar a Sebas y su optimismo se halla resumido en el blanquísimo polvo cuya inminente inhalación le exaltará, pero sin llegar a perturbarlo demasiado. Sebas es el único cocainómano al que Sara jamás ha visto perder el control o caer en la paranoia. Sebas es mayor que Sara, pero cuando ambos están juntos no existe sensación de abismo generacional. Quizá porque todo es leve en su levísima relación. Ella le ha llamado y él ha acudido a su llamada y cuando ella se lo pida, él se marchará, mantendrán una conversación cordial de vez en cuando, volverán a verse o no se verán hasta dentro de mucho tiempo. Quién sabe. La cabeza de Sara está puesta en el final de esta cuarentena, que se alarga y que va acentuando su negrura.

—¿Quieres que salgamos a tomar algo? —pregunta Sebas.

—Pero si está todo cerrado, el Gobierno ha clausurado los bares, los restaurantes, las discotecas.

—Hay lugares abiertos, te lo aseguro. Nada, ni la mismísima muerte, puede contra esa pulsión inequívocamente madrileña de salir a tomar una copa pase lo que pase, aunque un meteorito esté a punto de extinguir todo vestigio de civilización.

—No me apetece lanzarme a las calles ahora.

—Como quieras.

—¿Crees que ese cabrón nos dará alguna información? Ha pasado una semana ya.

—¿Walter Pereira? Seguro que sí.

Sara mira a Sebas, desnudo en la cama, despreocupado, sonriente, atractivo en su delgadez madura y algo devastada, crápula en el guiño de su ojo izquierdo, fumando mentolado, aunque, según parece, dentro de poco prohibirán ese tabaco que se vende en cajetilla verde. Sara está convencida de que Sebas conseguirá un proveedor que se lo siga garantizando, porque el abogado hace de la perseverancia en sus hábitos tóxicos una labor artística fabulosa. Nunca le falta la droga ni el mejor ron ni los cigarrillos mentolados.

—¿Jamás te preocupa nada, Sebas?

Sebas mira guiñando (otra vez) el ojo izquierdo, sonríe, exhala el humo, mira al techo inclinado de la buhardilla, y al póster de Angela Davis en la pared.

—Realmente no. ¿Has visto esa peli de Spielberg, *El puente de los espías*?

—No.

—En esa película hay un espía ruso siempre imperturbable y Tom Hanks, que interpreta a su abogado, un intachable ciudadano americano, le pregunta cuando le procesan y está a punto de ser condenado a la cámara de gas: «¿Por qué no parece usted preocupado?». Y el espía contesta: «¿Serviría de algo?». Esa es mi filosofía. No tengo preocupaciones porque, en este preciso instante, mis exigencias vitales están colmadas. Estoy bebiendo un buen ron, acabo de estimularme con una excelente coca y, como si fuera un milagro, una joven inteligente y bella me ha llamado para venir hasta aquí y pasarlo bien. ¿Por qué habría de inquietarme?

—¿Y el futuro?

—El futuro está demasiado lejos. Y resulta absolutamente incierto. Nadie nos puede asegurar que mañana vayamos a estar vivos. Y menos en esta situación. ¿Y si enfermamos? No debemos preocuparnos, Sara, jamás. No merece la pena. Mis padres estuvieron preocupados por mí muchos años y luego, una Nochevieja, volviendo de una cena con amigos, murieron al estrellarse frontalmente contra el vehículo de un borracho que se salió de su carril. Podían haberse ahorrado muchas preocupaciones, ¿no crees? Haber disfrutado. Olvidarse de su hijo díscolo y dipsómano. Ser felices. No se lo permitieron. Yo sí me lo voy a permitir. Disfrutaré mientras pueda. Así que, si no quieres tomar una copa por ahí, ¿qué otra cosa podemos hacer para complacer a nuestros desolados cuerpos? ¿Cómo afrontar la pandemia del mejor modo?

La noche queda parada en un silencio de humo mentolado y luz cálida de bombilla.

Sara besa a Sebas y caen en el estremecimiento y la búsqueda, caricias y sexo de nuevo, pero en el cerebro de Sara una frase flota como una niebla persistente: «Búscame al final de la cuarentena».

Ha pedido papel y bolígrafo a su captor. José Laguardia tiene miedo de este viejo que huele a sudor agrio y orines y que, pese a todo, mantiene una apostura de profeta poderoso. El boxeador que ya no boxea ha rebuscado en los cajones y ha encontrado un lapicero de punta roma y una libreta de papel cuadriculado, con cuentas anotadas, vaya a saber de cuándo, y para qué, pues él jamás apunta nada, ¿qué podría anotar si apenas acierta a trazar el garabato de su propio nombre?

El viejo escribe:

«Luisa Goitia: su hija consta como Marta María White.

Anita Hoffman: ídem Roberta Baldini.

Alberta Cisneros: ídem Néstor Vázquez.

...».

Y así hasta dieciocho nombres.

Y en la última línea:

«Lorena Madariaga: nueva identidad como Elsa Bauer / H. Braulio Aurelio Moyano (ingreso)».

El viejo arranca el papel cuadriculado de la libreta y se lo entrega a José Laguardia. Y le dice:

—Guárdalo.

Permanecer detenido bajo esta farola de un parque madrileño donde se guardan vestigios del Muro de Berlín es un acto ilegal en las actuales circunstancias. Ulises Lombardi, no obstante, parece tranquilo con su habitual gesto de fumador. Hace una noche magnífica, se oye el rumor de una fuente, el ladrido de un perro que protesta desde un balcón, y hay una oscuridad distinta que acecha en la hierba húmeda, los caminos de tierra, los arbustos. Esta mancha verde en el gris habitual de la ciudad se halla absolutamente vacía porque los ataúdes están siendo demasiados y se ha ordenado el encierro total de la población. Pero las obligaciones de un detective son las que son, llegó el mensaje de Walter Pereira («El lunes que viene Parque de Berlín, 1:30 madrugada, al lado quiosco La Barbacoa, alguien les dará información, manden dinero antes o no acudirá») y aquí se encuentra Ulises Lombardi aguardando lo que pueda depararle el destino en esta noche de catástrofe, una más en la desdicha de una epidemia que no cesa.

—Buenas noches. ¿Por qué busca usted al viejo?

—Cómo va, mi nombre es Ulises Lombardi, encantado de conocerlo aunque sea en tan atípicas circunstancias. En realidad, soy yo quien está aquí para hacer preguntas y la principal es: ¿dónde puedo localizar al señor Teodulfo Iglesias?

—Yo no lo sé, pero sí sé que seguro hay quien quiere que deje de buscarlo, y he venido a hacer la advertencia pertinente.

Calcula Ulises Lombardi a su interlocutor no identificado unos cuarenta y tantos años de existencia a medio camino entre los sudores del gimnasio y la embriaguez recurrente de la droga. Se advierte bajo la vestimenta músculo de luchador que contrasta con un rostro cortado a navaja por el consumo habitual de estupefacientes, como de navegante al que las tempestades marinas hubiesen esculpido las facciones, sólo que este visitante nocturno de los parques no ha navegado en su vida. Huele a talego también. A patio de cárcel. Son cosas que Ulises Lombardi aprendió del Legionario, observando, acompañándolo. Y luego en solitario añadió sus propias pistas para descifrar claves mediante la observación de vestimenta, rostro, un tatuaje revelador, detalles. No hace falta ser Sherlock Holmes para darse cuenta de que este hombre sin ganas de identificarse por su nombre resulta un tipo peligroso.

—Se agradece la honestidad con que ha expresado su advertencia, pero no tengo más remedio, misterioso desconocido, que insistir en mi pregunta: ¿dónde está Teodulfo Iglesias?

—No toque los cojones, puto argentino, no tiene edad para meterse en estos embolados.

—¿Cuál es su problema? Sólo dígame qué sabe del paradero de Teodulfo. Quizás, incluso, pueda ganar algún dinero si la información es valiosa.

—No tiene ni puta idea, argentino, lo del viejo ese es algo muy gordo, a mí me pidieron el favor y luego el cabronazo de Walter me ha metido en esta encerrona, y sólo he venido para decirle que lo deje, que puede salir mal parado.

—¿Lo vio hace poco? ¿Sabe, al menos, si sigue con vida?

—Está vivo, pero me parece que no lo estará por mucho tiempo. Mira, a mí me liaron unos del talego con los que coincidí tomando copas, yo qué sé, quedamos en Plaza Elíptica, paró un coche, me dieron al viejo (que yo no sabía ni cómo se llamaba hasta que me lo has dicho), me monté en el metro y lo llevé a donde me dijeron. Punto. Ya te he contado mi historia. Y ahora déjame en paz. Me largo.

—Pero no... Si apenas estamos empezando a conocernos...

Ulises Lombardi toma del brazo al desconocido recién conocido, quien se revuelve en un acceso de furia inusitado, rabioso, mira alrededor exhibiendo una dentadura canina, como de lobo (aunque con una pieza de menos), saca una navaja del bolsillo de su cazadora y trata de alcanzar al detective. Hay una ira desesperada en su violencia. Ulises Lombardi logra esquivar el estilete una primera vez y enseguida un bate de béisbol empuñado por una enérgica mano femenina viene al rescate. Es Sara que (claro) vigilaba por si surgía algún problema, ¿qué detective no lleva a quien pueda guardarle las espaldas salvo los detectives de Chandler, empeñados en que les rompan el tabique nasal relato tras relato, pobre Marlowe, tan golpeado en cada novela?

Los tiempos de las damiselas en apuros y los investigadores sin cuidado por su integridad física pasaron.

El impacto en la cabeza con el instrumento deportivo del que Sara ha hecho uso suena en la noche como un chasquido rotundo, madera y hueso y un cerebro alcanzado en pleno centro. De rodillas, el golpeado huele ese hedor fresco a hierba y mierda de perro que se expande en los parques madrileños cuando anochece, una melancolía de la sierra de Guadarrama, de la verdadera naturaleza, simulación con escombros de aceras en este horizonte urbano.

El dudoso informante se levanta, no sangra, sólo está aturdido, continúa blandiendo su navaja, amaga con lanzarse sobre Sara, pero lo piensa mejor y trata de salir corriendo. Ulises Lombardi lo agarra:

—Esperá, no te pongas loco... Hablemos...

El hombre sin nombre hace esgrima con el cuchillo, sin apenas peligro, y Ulises Lombardi se resiste a soltarlo.

—Vamos, conversemos un momento.

Trata el tipo de desasirse, pero la conmoción le ha convertido en un muñeco de movimientos

lentos y gesto de pánico.

—Creo que me cansé.

Ulises Lombardi enuncia la frase y a continuación golpea enérgicamente con el puño en el rostro del desconocido haciéndolo caer al suelo. El detective saca un revólver del bolsillo del abrigo y encañona a su perplejo y aterrorizado interlocutor:

—Habla de una vez y no nos hagas perder el tiempo.

Sara contempla la escena con una mezcla de sorpresa y temor, un poco de violencia con un bate de béisbol resulta aceptable dentro de sus códigos... pero ¿una pistola? ¿Una jodida pistola? Ulises Lombardi tiene la mirada enajenada, como si hubiera mutado en animal peligroso, y su presa detecta pronto el peligro.

—Me cago en tu puta vida, argentino, ¡habla con Longares, coño, te doy su dirección, allí déjé al viejo! Longares y yo nos repartimos la pasta y él le llevó a un sitio seguro, yo no sé cuál, él es quien está en contacto con quienes nos pagaron. Estás loco, tío. Te van a matar.

—Tal vez, algún día.

Y poco después, en el silencio adornado por el viento entre los árboles de la ciudad, quieta la piedra pintada de colores que alguien trajo de un Berlín remoto en el tiempo, Sara y Ulises Lombardi caminan de vuelta a casa con una dirección a la que acudir.

*Algún lugar en el interior de Argentina,
septiembre de 1974*

Cómo seremos en el futuro?

Lorena lanzó la pregunta mientras miraba el fuego, estaban los dos en un refugio familiar del interior, sin nadie durante los meses de frío; el lugar ideal para el amor y la guerrilla, ironizó Ulises. Volvió a besarla y a servirse whisky, expropiaban los amantes la burguesa bodega familiar, con amontillados como el barril de Poe y armañac y alguna otra exquisitez alcohólica. A Ulises el whisky le bastaba. Británico y excelente, con un par de rocas apenas. No más. En vaso de grueso cristal labrado.

—¿Cuándo? ¿En qué futuro? ¿De qué año hablamos concretamente?

Lorena no paraba de reír y su risa era para Ulises el calor preferido, un lugar donde quedarse. Sonaba la radio como un susurro eléctrico, «bésame, bésame mucho, como si fuera esta noche la última vez». Lorena era Gilda, emancipada del machista personaje de Glenn Ford, igual de guapa, aunque no tenía nada que ver su belleza con la de Margarita Cansino, que se cambió el nombre español para triunfar en Hollywood y triunfó con una historia que se desarrollaba en Buenos Aires, aunque Buenos Aires no apareciera por ninguna parte. *Gilda*. Dirigida por Charles Vidor en 1946.

—Bien, concretaré. ¿Cómo seremos en el año 2020?

—Dejame que calcule. Y bueno... Dos viejos insoportables, eso seguro. Habremos alcanzado las más altas cimas del paraíso socialista mediante la dictadura del proletariado, pero, aun así, seremos dos reliquias imposibles de tratar, como todos los vejestorios. Contando antiguas batallas, de qué manera construimos el socialismo y esas cosas.

—Yo seré una anciana guapa y elegante, y beberé vodka.

—Por supuesto, pero en honor a Lenin y Trotski, no al pelotudo de Stalin.

—Revisionista.

Lorena y Ulises se besaron, la noche era páramo y oscuridad fuera de este mundo burbuja con llamas crepitantes, luz tenue, alfombras mullidas y polvorientas, escenas de caza en las paredes, silencio y bruma.

—2020. Será un buen año. Seguro. Yo tendré... ¡Sesenta y siete! Espero que se me otorgue un

buen puesto decorativo en el politburó y tengamos una dacha en condiciones.

—A la que invitar a nuestros nietos.

—El futuro va a ser maravilloso, Lorena.

Les embriagaba el amor y también el whisky, había mucho humo en la estancia. Lorena, fumadora de mayúsculas dimensiones, encendió otro Chesterfield. Su voz ronca tenía la impronta de los cigarrillos, del humo perpetuo, de las asambleas hasta la madrugada, de las reuniones secretas en departamentos de Buenos Aires, de las calles tan solitarias y del miedo y la aventura de ser libres, de arrogarse el derecho a cambiar las cosas, con sangre y balas si resultaba preciso.

—A veces tengo miedo, Ulises. Del futuro inmediato y del futuro lejano. A veces pienso que estamos jugando y que perderemos en este juego. Y que 2020 está muy lejos, carajo.

—No perderemos, Lorena, no seas derrotista o te las vas a ver con una sesión de autocrítica o, lo que es peor, una sesión de psicoanálisis.

Lorena volvió a reír y regresó a Ulises la sensación de paz, esa hermosa conclusión inexacta de que, en este preciso instante, todo iría bien.

—En 2020 supongo que habrá autos voladores, colonias en Marte, habremos establecido relaciones con potencias extraterrestres y, seguramente, Palito Ortega será gobernador de alguna provincia.

—¿Estás loco? ¿Palito Ortega? ¿El cantante? Es un decadente. Vos sos un decadente total, Ulises Lombardi.

—Todo será posible en el mañana victorioso que nos aguarda.

Lorena era para Ulises el resumen exacto de la felicidad. Sabía que cada momento con ella podía ser el último. Habían optado por la clandestinidad, la insurrección armada y un amor desesperado que les asemejaba a Bonnie & Clyde. Como si fueran Warren Beatty y Faye Dunaway. Vieron juntos la película en un cine de reestreno, cuando las noches de Buenos Aires tenían el ligero peso de la auténtica despreocupación juvenil, cerveza y pizza barata, las librerías abiertas durante toda la noche en la calle Corrientes, y el olor del café en los bares. Tan jóvenes y tan enamorados, sentados en las escaleras de la facultad. Y, siempre antes, ese inacabable humo de tabaco que anunciaba la llegada de Lorena, con sus ponchos, su cabello y la belleza de su larguísima melena.

La conversación cedió paso al silencio.

Lorena encendió otro cigarrillo. Ulises la miró y sintió un temblor indefinible, el vértigo de quien conocía la posibilidad (casi la certeza) de que todo derivase en desastre.

—Si algo me llegara a pasar, olvidame y rehacé tu vida con un camarada. Julito Moyano no sería mala elección.

—¿Qué decís, boludo? Julio es un amigo, nunca le vi de otro modo, pero qué cuento es ese.

—Julio sería una excelente elección. Es guapo, no lo negarás. Más lindo que yo.

Como toda respuesta, Lorena lanzó una voluta de humo de tabaco al rostro de Ulises Lombardi y le revolvió el cabello rizado. Y volvió a besarle. Ulises Lombardi confesó:

—¿Sabés? Jamás prendí un cigarrillo. Nunca. Pero viéndote, dan ganas de envenenarse como vos lo hacés. Estás tan hermosa exhalando ese humo. Si alguna vez fumo, será por recordarte, Lorena.

Y la noche se cerró en una penumbra de felicidad, amor y fuego. Será invierno y nevará en Madrid cuando Ulises Lombardi exhale el hollín envenenado de su primer cigarrillo. En recuerdo de una Lorena que, para entonces, ya se habrá convertido en humo y vacío.

Para llegar a casa de Longares hay que atravesar un descampado, uno de los últimos que quedan en esta urbe absolutamente europeizada, de rabiosa modernidad, y donde hubo un alcalde bueno que convirtió toda escombrera en jardín, árboles y columpios, lo cual bastaba para transformar el pretérito vertedero en lugar de juego para la infancia y área recreativa de toxicómanos que acudían a agonizar con agujas ensangrentadas en los brazos, aquellos maravillosos 80. Las niñas y los niños se columpiaban viendo morir a los yonquis, así era la vida de barrio en esa distancia del siglo xx tan lejana hoy. Ya no quedan descampados en Madrid, pero permanece uno aquí, con flores amarillas que huelen a suburbio, residuo arqueológico que subraya el aire de pobreza de esta barriada, y qué decir de quienes guardan turno para recibir alimentos. La prensa vuelve a hablar de las «colas del hambre», agudizadas por la epidemia, «pero ya existían, lo que pasa es no mirábamos», eso le va diciendo Sara a Ulises Lombardi.

—Hay pobreza y no queremos verla. La disimulamos. Este sistema es lo peor.

—Apurate o nos va a parar la cana y nos va a preguntar adónde vamos.

—Me dan ganas, a veces, de hacer como tú, organizar un grupo armado y lanzarme a la revolución. Aunque sólo sea para que la gente reaccione.

—No te lo recomiendo. El sistema siempre gana. Y los malvados disparan mejor.

—Joder, Ulises, eres deprimente.

—Apurate y dejá de joder, no me llega el fuelle para tanta conversación.

Lllaman al telefonillo y, por supuesto, les abren porque simulan sus intenciones anunciando que vienen a hacer una entrega. Nadie (ni siquiera en este barrio proletario) ha renunciado a hacer pedidos a domicilio, y que otros más pobres pedaleen y, si es necesario, se infecten, así es la jodida existencia. Sara expone la anterior tesis en el ascensor mientras suben a la séptima planta de esta colmena con escaleras pintarrajeadas y olor a honrada lejía para espantar el fantasma y la tentación de los orines. Abre la puerta Longares, o eso suponen. A quien, sospechan, su anabolizado camarada (obligado a informar mediante el siempre rechazable —pero efectivo— mecanismo de la violencia) no ha prevenido de su visita. Lo cual les congratula y les facilita, en una mínima parte, su trabajo investigador. O no tanto.

—Pero ¿quién coño sois vosotros?

—Buscamos a Teodulfo Iglesias y nos han dicho que, tal vez, usted pueda darnos noticia de su paradero.

—Anda ya.

Longares trata de cerrar la puerta pero Ulises y Sara lo impiden como manda el canon detectivesco o de cualquier honrado cobrador a domicilio de los de antes.

—Podría ganarse un buen dinero, hablemos, seremos discretos.

Longares los mira y encoge los hombros como si dijera «vosotros sabréis», hace una indicación para que pasen y hasta les ofrece café. Exhibe rotunda barriga bajo un jersey gastado de cuello alto, bigote policial, aire lumpen y diminuta estatura. Hay una máquina de escribir encima de una mesa camilla cuyo brasero ya no está, pero queda el olor a calcetín quemado, y montones de libros por todas partes.

—Soy escritor, ¿sabéis? Pero nunca he logrado vender mucho, así que me he tenido que buscar la vida y así, a lo tonto, acabé entre rejas. Y unas cosas llevan a otras.

—Vayamos al grano, señor Longares.

—No os voy a ser de gran ayuda. El viejo está muerto. Lo llevé a casa de una tía mía, mayor, que vivía sola en un piso de Aluche, iba ya tosiendo el hombre; le dije a mi tía que me lo cuidase, que en un par de días lo recogía, y, de pronto, me llaman que está mi tía ingresada grave y que el señor que había en su casa estaba también malo. Los dos han muerto.

—Suen a mierda esta historia, Longares, parece mentira que usted sea escritor.

—Quizá por eso no vendo una escoba. Porque no tengo inventiva. Pero esto es verdad. Pueden ir al Palacio de Hielo, allí están los cuerpos. Creo que mañana o pasado los incineran. No dan abasto, y ahí se quedan los fiambres durante un montón de días.

—¿Al Palacio de Hielo?

—Eso me notificaron. Como yo era el único familiar de mi tía...

—¿Y su tía no se extrañó cuando apareció con un vejestorio sin nombre para que lo refugiara?

—Si hubierais conocido a mi tía, no haríais esa pregunta. La primera vez que estuvo en la cárcel de Yaserías, que ya no existe, fue por darle matarile a su señor esposo, que tenía la fea costumbre de propinar a mi tía unas palizas de campeonato. Se lo ventiló con matarratas, sin darle más vueltas, receta tradicional. Eso fue como en el 67 o por ahí. Y en la cárcel aprendió que se podía ganar mucho con trapicheos y así ha vivido la mujer, sin recaer en el talego, pero al límite, haciendo favores a unos y a otros, bien remunerados siempre. Conque bastaron un par de billetes y mi tía me hizo el favor sin hacer preguntas. No era la primera vez que le pedía que me guardara algo en su casa.

—Sigue sonando a mierda esa historia.

—Oliendo a mierda sería más apropiado.

—Gracias por la crítica literaria. Pero el viejo ¿está identificado?

—Un numerito. En eso ha quedado el viejo. Son malos tiempos para morirse, la verdad. Yo no quiero palmarla, pero soy propenso a los resfriados, así que no me extrañaría que el puto bicho

me dejase tieso. Espero que no. Estoy escribiendo ahora una novela que, creo, por fin puede darme el éxito que tanto he buscado. Es sobre la burguesía del barrio de Salamanca...

—¿Quién le trajo al viejo, Longares? ¿De qué va esta historia?

—No tengo la menor idea. Ese tipo ha ido de mano en mano hasta llegar a mí. Pero, como yo soy una persona tirando a miedosa y no quiero que me deis dos hostias o un tiro en la pierna o esas burradas que se hacen en estos ambientes, os daré una pista y espero que me dejéis en paz. La pista es un nombre, cosa que habitualmente facilita las cosas: Lorenzo Luna.

—Conozco a ese hijo de puta.

—¿El diputado ultra? —pregunta Sara.

—Y policía retirado. Me lo presentó tu tío hace mucho tiempo, Sara.

—Pues mira qué bien. Señorita, caballero, ya pueden ustedes marcharse.

—Nos has engañado con lo del viejo, Longares, él no está muerto. No sabés mentir.

—Id al Palacio de Hielo y descubridlo. En cualquier caso, tenéis un nombre y es mucho más de lo que teníais antes de venir aquí. Y con vuestro permiso, voy a retomar la escritura de la novela que me hará rico y famoso y me permitirá apartarme de estas malas compañías que, ya lo decía mi santa madre, me llevan por la calle de la amargura. Yo creo que con esta voy a ganar el Premio de la Crítica.

La contemplación de Longares, regordete, cínico y seguramente aquejado de alguna adicción severa, no deja lugar a dudas. Resulta inofensivo y no va a irse muy lejos de este cubículo que le ampara, así que Ulises Lombardi y Sara deciden marcharse y, si es necesario, volverán. Lo encontrarán en el mismo sitio. Escuchan, bajando por las escaleras, el sonido como venido de otro tiempo que producen las teclas de la antediluviana máquina de escribir y se preguntan si todos los escritores son así, y quizá lo sean. Ni Ulises ni Sara conocen a nadie que escriba. Hay que poseer una peculiar rareza para eso. O presentar un programa de televisión.

Tigre, provincia de Buenos Aires, 1985

Se hallaban ambos en un paisaje de aguas marrones con casas de recreo, viejo esplendor, peces devoradores, selvática quietud y el vestigio de Sarmiento, padre de la patria que, según comentaba Bauer a su invitado, vivió un poco más allá.

El Gallego asentía indiferente, era un tipo alto, con barba blanca, nacido en algún lugar de España, expatriado y viajero constante por toda América Latina. Frecuentaba Argentina para hacer negocios y había contactado con Bauer, lo conocía de los tiempos del Sótano. Teodulfo era su raro nombre. Bauer y el Gallego vigilaban el agua podrida, como si esperasen hallar algo en sus profundidades, allá abajo, desde la baranda, en Tigre (horizonte semisalvaje con la ciudad de Buenos Aires a apenas treinta kilómetros). Allí había casino, teatro y luego un sinfín de caminos de agua, un mapa fluvial que se adentraba en lo que se asemejaba a una jungla con chacras y estancias, destino vacacional con hedor a cloaca en algunos enclaves. Teodulfo, el Gallego, escupió desde la baranda, era un septuagenario duro y en condiciones para la batalla, un cabronazo que no se retiraba.

—¿Por qué me has traído a esta mierda de sitio, Bauer?

—A mí me gusta. Pasé mi infancia aquí, en parte es mi hogar.

—¿No fuiste siempre rico?

—¿Adinerado? Sí, mi familia siempre tuvo plata. Pero aquí empezó el abuelito Franz y por cariño veníamos a pasar largas temporadas.

—Apesta.

—No me molesta el olor.

La estancia era una casa de estilo colonial, con maderas, chimenea, polvorientos anaqueles, desorden de un abandono antiguo y césped descuidado que llegaba hasta la orilla. Todo era río alrededor, fango y el sonido lento de las lanchas. El Gallego había venido a hacer negocios y Bauer le había traído aquí, a este trozo de su memoria infantil, donde jugaba con el abuelito y vio ahogarse a una criada que les cuidaba y a quien siempre aborreció. Asistió a su ahogamiento con contemplativa curiosidad, con el mismo instinto observador que empleaba en arrancar patas a los insectos o en dejar ciegos a los polluelos que caían de los nidos. Higinia no sabía nadar y se ahogó, fin de la historia.

—¿Tu abuelo era nazi? —preguntó el Gallego.

—No, para nada. Todo se resuelve así cuando quiere construirse una leyenda. Tenés apellido alemán y plata, así que se deduce que tu abuelo era nazi, un sicario de Hitler huido a la Patagonia. Qué estupidez. Mi abuelo era un empresario que, de hecho, odiaba a los nazis. Bien es cierto que también odió a los judíos. Una cosa por la otra. Levantó empresas y nos hizo una familia con grandes posibilidades económicas. Y quería mucho a su nieto y le dio todos los caprichos.

—Y luego su nieto se metió en política y la jodió.

—No, yo jamás me metí en política. Lo que hice fue por patriotismo. Pero sí me jodieron. Tampoco tanto...

—Dicen que van a emitir una orden de búsqueda contra ti y que quieren juzgarte por los crímenes de la dictadura.

—¿Qué crímenes? ¿Qué juicio?

Bauer sonrió despreocupadamente, escamoteó en un gesto su dentadura crispada. La tarde cayó en un sopor espeso, la humedad avanzaba en espiral.

—Bauer, necesito que volvamos a hacer negocio, me dijeron que has continuado activo.

—Me gano la vida. Ya sabés que soy una especie de clandestino y, como tal, no resulta fácil buscar plata en el territorio de la estricta legalidad.

—Un socio de aquí necesita chicas, dóciles y muy jóvenes. Va a abrir varios locales en la provincia.

—Sin problema. Hay tanta puta entre los pobres. Resulta increíble, son salvajes, coger es en lo único que piensan. Reclutaremos en el norte las que tu amigo necesite. Ya hablaremos de números.

Bauer y el Gallego pasearon por la finca, ajeno el español a los pájaros, garzas y gaviotas de río, extraño en esta ciénaga, pero siempre entregado al peligro. Toda una vida de contrabando y violencia, ayudando a matar comunistas allí donde le llamaran, en la España de la década de los 70 y en Paraguay, adonde tuvo que huir por haber matado a un rojo de un disparo durante una trifulca, en su Barcelona natal, y luego Guatemala, El Salvador, Miami y Argentina, con Bauer y otros, en El Sótano. A estas alturas, viejo y casi retirado de la sangre, Teodulfo Iglesias dudaba a veces de si la misión de su vida había sido la adecuada. Bonito momento para arrepentirse, tan mayor, quizás al borde del infarto fulminante. Aunque con su salud de hierro podían quedarle años, muchos años de vida. Así meditaba Teodulfo Iglesias, que aquí era el Gallego, igual que en El Sótano, donde vio cómo robaban criaturas nacidas en las mazmorras. Lo de matar comunistas siempre lo justificó en clave de venganza familiar. A su abuelo Ramón unos milicianos borrachos lo habían lanzado desde lo alto del campanario de su pueblo, en Teruel. El Gallego

caminaba junto a Bauer, los dos entraron en el caserón que olía a humo viejo, un sonido los alcanzó, un llanto desesperado, la voz de un hombre joven que suplicaba.

—Pero ¿qué cojones tienes ahí, Bauer?

Y Bauer, mostrando su sonrisa laberíntica, abrió una puerta y exhibió a su presa, un joven atado a una silla y con los ojos vendados, apestando a miedo, orines y muerte, luciendo una remera de *rugbier* y unos pantalones de buena factura, un niño fresa, dirían en México, un desgraciado de buena familia presto al sacrificio en manos de Bauer.

—Ya te dije. Hay que ganarse la plata. Su papá está a punto de ingresar una cantidad más que razonable en una cuenta bancaria de Montevideo y el asunto quedará resuelto. Tranquilo, nene, todo esto acaba pronto.

Teodulfo Iglesias miró a ese bulto maniatado que penaba en una habitación oscura, húmeda, polvorienta, con juguetes rotos en el suelo. El secuestrado era apenas un adolescente. Casi un niño. A Bauer le era imposible reprimir una sonrisa que delataba un goce íntimo difícilmente explicable.

—En fin, Bauer, allá tú con tus vicios.

—Es por la plata, Gallego, ¿qué creés?

—No me engañas, Bauer, siempre te gustó esto, jugar con tus muñequitos. ¿Eres maricón, Bauer?

—Gallego, tené cuidado.

—Da igual, pervertido o no, yo lo que quiero son putas para mi colega. Y tú eres bueno consiguiendo ese tipo de mercancía. ¿Volvemos a la civilización, por favor?

Tal vez Bauer se planteó, aquella tarde, volarle la tapa de los sesos al Gallego. Hubiera sido fácil. Tenía el revólver y tenía el río, y el río era una cloaca donde un cadáver más no hubiera molestado. Sin embargo, no sucedió así. Tomaron la lancha, regresaron a Buenos Aires y se despidieron con un apretón de manos, detestándose como viejos amigos que fueron durante tantísimos años.

Más de mil cadáveres reposarán a lo largo de la primera ola de la pandemia en este recinto refrigerado. El Palacio de Hielo es una instalación deportiva y centro comercial con ocho plantas, ahora improvisada morgue en medio de un país en el que se ha decretado el confinamiento y donde el Ejército patrulla las calles y sólo abren los comercios que venden material de primera necesidad. El Palacio de Hielo de Madrid guarda en su pista una geometría de féretros insólita y nadie puede entrar aquí, se esconde con celo el secreto de una imagen perturbadora, cadáveres sobre la pista de patinaje, cientos de cadáveres que se envían a este frío lugar. Se dice que en los tanatorios de la ciudad hay hornos crematorios que están funcionando las veinticuatro horas y aun así es imposible quemar o enterrar a todos los muertos, y por eso muchos de los fallecidos por la plaga aguardan aquí, en este Palacio de Hielo, su destino final. No era una simple gripe, eso queda claro al mirar la acumulación de ataúdes que este cubículo helado almacena.

No se puede acceder a este lugar, pero Sara y Ulises Lombardi han entrado. Todo tiene una forma de hacerse. Casi siempre el dinero abre puertas que deberían estar clausuradas.

—No tarden. Y les aconsejo que se vayan rápido. Todavía no se sabe si los cadáveres también transmiten la enfermedad.

El vigilante, que lleva la mascarilla sucia por una abusiva reutilización, sale de la pista y se quedan Sara y Ulises Lombardi ante una penumbra con luz de salidas de emergencia, y la noche absolutamente blindada de la cuarentena, como un vacío alrededor.

—Es increíble —dice Sara.

Ulises Lombardi prefiere acometer su indagación sin más comentario y busca el ataúd con el número que Longares les ha pasado. Al detective le parece una estupidez haber venido, Longares miente y Ulises Lombardi sabe que miente y, sin embargo, resulta preciso hacer esta comprobación. No obstante, resulta extraño que encaje el número que Longares le ha proporcionado con la pauta de numeración que hay en las etiquetas de cada féretro.

Se suceden los minutos, Sara ilumina su búsqueda con un *smartphone* accionado en modo linterna y Ulises Lombardi lleva una auténtica linterna como salida de una ferretería arqueológica, robusta y metálica, que alumbra con potencia de faro marino.

Leen los números inscritos, no hay nombres, la muerte es, en esta sala, una cifra vacía.

—Aquí está.

—¿Y ahora?

—Hay que abrir y comprobar si es el viejo.

Conocen a Teodulfo Iglesias por las fotografías que incluía el dossier, la barba muy blanca, el gesto arrogante y estatura casi de coloso. Han traído una de las instantáneas. Ulises Lombardi saca de su bolsillo el retrato del hombre al que buscan, lo ilumina, y un detalle lo deja perplejo, noqueado, hay algo en la foto, un rastro borroso en el fondo, alguien a quien conoce. Le parece que sí, que puede ser él. Ulises no lo había percibido hasta ahora, su vista no es la que era, desde luego, pero ahora ha logrado ver lo que no vio en un principio, ahora, en esta oscuridad, con el fulgor de bombilla de esta vieja linterna.

—¿Qué pasa, Ulises?

Sara se sobresalta ante el súbito detenimiento del detective, que ha sufrido un shock, el disparo de una bala que ha atravesado años y océanos, y ahora vuelve, en esta noche y en este lugar de pesadilla, de entre los muertos. Es ella la que toma la iniciativa:

—Déjame, tenemos que darnos prisa.

Sara toma la fotografía de las manos de Ulises para hacer el reconocimiento y se dispone a abrir el ataúd con el número que Longares les ha facilitado, lo hace, y dentro hay una mujer con un aire familiar en el rostro, se asemeja a Longares, seguramente su tía. Un truco fácil, la obvia trampa de un novelista, tapar la mentira con una verdad, la tía muerta para ocultar que Teodulfo Iglesias, seguramente, sigue vivo. A Sara no le impresiona especialmente ver el rostro del cadáver, pero sí el modo en que Ulises Lombardi ha sido golpeado por algo que ella desconoce. La momia huele a farmacia, Sara vuelve a cerrar el féretro.

—Vámonos, Ulises, esta es la tía del imbécil de Longares.

Ulises Lombardi saca su paquete de tabaco del bolsillo, prende un cigarro, se apoya en un féretro, respira hondo, como si se hallase en otro lugar, como si necesitase tiempo para comprender.

—¿Qué te pasa, Uli? Hay que irse. Como nos encuentren aquí vamos a tener problemas.

Ulises Lombardi exhala el humo de su veneno predilecto y presiente que todo, de un momento a otro, se va a torcer aún más.

La ciudad no puede resignarse a vivir sin noche (al menos esta ciudad) y comienzan a elaborarse mapas clandestinos que conducen a un territorio subterráneo donde la embriaguez, el humo, la música y las risas refutan el horror que se vive fuera, en la superficie. Sebastián ha encontrado la ruta hacia ese subsuelo iluminado de neón, ha llegado a un lugar secreto y allí, en la puerta, le han exigido una clave y, una vez enunciada correctamente, le han franqueado el paso. Bajando las escaleras, paredes de ladrillo, jóvenes que bailan, una porción de humanidad que se niega a asumir la dimensión de la tragedia circundante, se busca aquí el calor de ejemplares de nuestra misma especie, como en la cueva primordial donde fuimos simios aterrados ante la oscuridad de la noche, compartiendo el sudor de otros cuerpos, luchando por sobrevivir hasta el amanecer. Esto, más o menos, es lo mismo pero en un sótano de Lavapiés.

Sebas se acoda en la barra, pide un trago y enciende un cigarrillo mentolado (se puede fumar, por supuesto, ¿puede prohibirse algo en una celebración prohibida?). Su cerebro se acopla al ruidoso entorno, hay un clic placentero en algún lugar de su cabeza y ya se siente en casa, con toda esta gente desconocida, saboreando de modo gozoso ese regusto a medicina en el fondo de la garganta, y el whisky con hielo refrescándole la boca, una deliciosa mezcla en su paladar de mentol, nicotina y gusto a caramelo de un antiquísimo jarabe que encontró sumergido en el polvo de alguna alacena y que ha estado tomando porque lleva tosiendo desde ayer, tampoco mucho, a ratos, con una cadencia que va en ascenso, pero prefiere no ponerse en lo peor. Y contempla este mundo burbuja que nada tiene que ver con la quietud de los dormitorios donde, a estas horas, se padece un miedo distinto a todo lo anteriormente temido.

El planeta se ha detenido, en este minuto, al borde del precipicio, pero mientras tanto todavía hay quien necesita relatar su historia.

—Hoy lo he dejado. Soy una desertora. No puedo más. Me siento como quien ha cometido una traición y, sin embargo, aunque sea tan pronto, ya me ha vencido esta plaga, hice lo que pude y lo que pude no sirvió para nada. Soy doctora. De una especialidad totalmente ajena a este maldito virus. Me llamaron a filas en esta guerra perdida y he estado en primera línea de fuego, viendo morir cada noche, sin poder evitar la masacre diaria que nos está aniquilando. Recuerdo la primera vez, mi voz condescendiente, esa voz médica que siempre incluye algo de irritación hacia los temores infantiles de todo paciente: «No se preocupe, va a salir todo bien, no tenga miedo, respira usted perfectamente, esa fatiga es normal, y también es normal la fiebre». «Qué

pesado el tipo», comenté. Al día siguiente encontramos a aquel hombre tendido en el suelo, al pie de su cama. Había muerto asfixiado en un pasillo de hospital, sin que nadie pudiese auxiliarlo, sin consuelo alguno, durante el abandono de una guardia que había resultado un infierno de constantes ingresos. Recuerdo el rostro de aquel hombre, la súplica que escondían sus palabras, el modo en que confió en mí, la manera en que asintió con la cabeza y simuló una sonrisa. Me observó mientras me alejaba y él se quedaba solo, completamente solo. «Todo va a salir bien», le dije. Era mentira. Yo no lo sabía, pero era mentira.

La mujer habla a Sebas y a nadie, quieta y sola en la barra, observando el fondo de un vaso con líquido ambarino, como un fantasma que exhibe un hermoso cansancio, algunos cabellos blancos, elegancia desesperada y un discursivo monólogo de sonido ritual.

—Abandono. Me rindo. Mueren a decenas cada día en el hospital, abrimos sus cuerpos y encontramos los pulmones destrozados y, a veces, otros órganos también están muy dañados. Pero el virus nos esconde esa información. Ingresan con fiebre, cansancio, cierta dificultad respiratoria, tampoco parece tan grave, y a las pocas horas están intubados, boca abajo, peleando por la supervivencia. O mueren en casa, te lo cuentan los médicos de los centros de salud; de repente, ya no contestan el teléfono y cuando envían un equipo de urgencias lo que encuentran son cadáveres. Todas estas historias no las dan en la tele, ¿verdad? Qué importa. Para qué sumar más horror al horror. Yo sólo sé que no puedo más. Hoy hemos batido nuestro propio récord: veinte muertos. Ha sido un día de locos. Gritos, instrucciones desordenadas, maniobras urgentes para reanimar o para intubar o, directamente, camillas abandonadas donde un agonizante implora ayuda sin que nadie pueda dársela. Desisto. ¿Qué sentido tiene esta lucha? Además, sales del hospital, vienes aquí y te das cuenta de que tampoco importa tanto esta extinción a cámara lenta. La gente quiere divertirse, no pensar en la enfermedad y la muerte. Y a mí me pasa igual. No quiero pensar más en muerte y enfermedad. Quiero vivir como si ambas cosas no existieran. Que la vida sea igual que era antes.

Sebas escucha en silencio y mira a la desconocida, que se aleja hacia la oscuridad de este laberinto, se desvanece sumida en la penumbra, deja un olor a perfume floral, se convierte en niebla el relato pavoroso que acaba de producirse, recrudece su sonido el fragor de las carcajadas y los aquí danzantes, juventud disoluta convencida de su inmortalidad, saltan como alrededor de una hoguera.

Apura Sebas su vaso y, repentinamente, tose con violencia, de modo continuado y teatral, en un abrupto ataque que no se detiene y que concita miradas acusatorias. Se le acerca uno de los custodios de este búnker para el delirio que es (también) como el búnker del hundimiento hitleriano, y ese guardián de la cripta ruega encarecidamente a Sebas que se vaya cuanto antes. Al salir, tosiendo aún, hay quien lo observa como a un condenado que estuviese siendo conducido hacia el cadalso.

Este nene es malo.

Su tía Frida siempre repetía lo mismo y Bauer, todavía tan niño, la odiaba con furia.

—Por favor, Frida, ¿qué decís? —protestaba la madre de Bauer, y le acariciaba su cabello entonces rubio.

—Es malo. Se ve.

Siempre insistió Frida en esa idea, tomando medialunas para la merienda, bajo el arbolado del jardín, en un Buenos Aires plácido donde las masas peronistas habían incendiado el Jockey Club (no sin antes saquear sus bodegas repletas de carísimas botellas de vino francés), luego se reinauguró en 1966 y fue como si no hubiera sucedido nada porque para quienes tienen la plata casi nunca ocurre nada.

La familia de Bauer se había hecho rica, y Bauer (el pequeño Federico) disfrutó de una infancia feliz, aunque en sus noches de insomnio siempre sospechó que la tía Frida tenía razón. A finales de la adolescencia finalizaron los desvelos y sus sueños se volvieron completamente plácidos ya que asumió, Federiquito, que iba a ser malo de por vida o, mejor dicho, que iba a ser su conducta habitual lo que la gente común califica como maldad. Igual que había mutilado insectos y pequeños anfibios en su infancia, se aplicó durante su etapa universitaria en la crueldad consentida por la sociedad burguesa: agresiones a vagabundos o a prostitutas contratadas sobre putrefactas aceras y a peatones sin nombre a quienes tomó por costumbre atropellar en sus noches de *razzia* callejera. Nunca fue castigado por ninguna de sus acciones. Sólo en cierta ocasión acudió la policía, al escuchar los gritos desesperados de una mujer en un hotelucho del centro. Bauer fue estricto con las reglas de la sociedad biempensante, pagó unos billetes a los uniformados, otros tantos a la mujer, a quien había roto los dedos, y regresó a casa a dormir, no sin antes tomar un aperitivo nocturno en la cocina, algo de pasta sobrante del almuerzo. Bauer se instruyó en la violencia más mezquina. Un aprendizaje solitario, ya que si algo despreció siempre fue aquella violencia ejercida al amparo de la turba. No obstante, invirtiendo los términos de la famosa frase del filósofo Walter Benjamin («No hay documento de cultura que no lo sea, al tiempo, de barbarie»), diremos que Bauer no sólo abundó en la barbarie, sino que leyó a los clásicos con aprovechamiento e, incluso, se aficionó al cómic, que consideró siempre el más moderno género narrativo con auténtica raíz artística. Influencia, tal vez, de Umberto Eco, tan de moda en aquellos años. A cambio, Bauer siempre detestó la televisión. El

cine le era completamente indiferente. Frecuentó en su época estudiantil conciliábulos de inspiración totalitaria con disfraces de camisas pardas, culto a Osiris y soflamas antisemitas. Así llegó su momento. Bauer, casi recién egresado de su licenciatura en leyes, se involucró en los mecanismos represivos de una dictadura que prefirió denominarse Proceso de Reorganización Nacional y que incluyó una guerra contra la mismísima Gran Bretaña. «Malvinas argentinas», gritaban por las calles las masas, quizá las mismas masas que incendiaron el Jockey Club, resurgidas para otra causa diferente, o no tanto. Se introdujo Bauer en uno de los llamados Grupos de Tareas, encargados de cazar subversivos, y logró un liderazgo inmediato. Su capacidad para el sadismo resultó de una monstruosa eficacia, torturaba a adultos y también a niños si era preciso, se habló mucho de un bebito a quien quebró el cuello como si fuera una gallina.

Pero quién sabe, la leyenda de Bauer mezcla realidad y seguramente buenas dosis de pesadillas fruto de la pura fantasía. Se desconoce lo que es cierto y lo que no con respecto a su trayectoria criminal. Aseguran que se negó a interrogar a Rodolfo Walsh debido a la aversión que le provocaba la prosa de aquel escritor y, en sentido contrario, relatan que conversó feliz y largamente en El Sótano con Héctor Germán Oesterheld, autor de *El Eternauta*, obra maestra del cómic argentino. Detallan incluso que Bauer agasajó con un buen whisky a aquel creador fabuloso y subversivo al que admiraba, y aseguran que Bauer estalló de furia cuando, sin su consentimiento, liquidaron a aquel preso que él consideraba excepcional. Pura invención todo ya que Héctor Germán Oesterheld jamás pasó por la Escuela de Mecánica de la Armada, sino que fue detenido en La Plata y derivado a otros centros de detención (El Vesubio y El Sheraton) antes de desaparecer para siempre. No obstante, parece cierto que Bauer sí intentó contactar con ese montonero a quien consideraba genial en su faceta de creador y que persiguió un autógrafo suyo para adornar las viñetas de *El Eternauta* que poseía. Quizá (quién sabe) le hubiera salvado la vida.

Hasta el mal tiene sus excepciones y Bauer nunca ejerció la maldad de modo simple.

¿Remordimientos? No los expresó jamás.

Sin embargo, sí poseyó a lo largo de su existencia una indescifrable colección de obsesiones y Ulises Lombardi fue quizá la principal, esa astilla bajo la piel que jamás logró extraer, un difuso sabor a derrota. Y Lorena, tan bella, la única mujer que logró perturbar a Bauer hasta el punto de hacerle cometer una equivocación crucial.

¿Por qué se obsesionó Bauer de tal modo con Ulises Lombardi? Imposible saberlo a ciencia cierta. En el fondo, tal vez cada cual persigue hallar su némesis, y Bauer creyó encontrarla en aquel joven de similares ojos azules a los suyos. Sucedió igual que cuando amamos furiosamente durante un breve lapso de tiempo y esa pasión pasajera nos acompaña de por vida, como una promesa que no condujo a nada pero que resulta imposible no rememorar una y otra vez. Bauer

investigó cada detalle de la biografía de Ulises Lombardi y supo adónde había escapado tras salir del Sótano, y pensó en él muchas, muchísimas veces, y le hubiera gustado tenerlo cerca. Era su enfermedad particular, crónica, perversa, absurda.

Acabada la dictadura, siguió la vida para Bauer: se agotó la fortuna familiar y mantuvo el negocio del secuestro, que continuaba dando buenos réditos. Quienes raptaban para los milicos siguieron haciéndolo por cuenta propia. Por eso se asoció con criminales a quienes despreciaba, viajó a Europa, estuvo en España para contactar con un grupo de empresarios, se pasó al sector de la seguridad y también cazó mujeres para los locales de prostitución. Los mecanismos que durante la etapa de gobierno militar se pusieron en marcha nunca se abandonaron del todo. Antes se trataba de desapariciones políticas y ahora eran de otro tipo: adolescentes chupadas en alguna villa miseria o en lejanos páramos del interior, seres de ínfima humanidad, según opinaba Bauer, procedentes de un paisaje al límite de lo que consideraríamos jungla. Bestias ignorantes. De sus días en El Sótano, Bauer echaba de menos tratar con inteligencias que realmente pudieran desafiarle. La pobreza apenas genera inteligencia digna de tal nombre. Al menos, eso opinaba él.

A Bauer le persiguieron, pero no demasiado, ni tan siquiera tuvo que irse fuera del país; eludió a la prensa y a los investigadores, se internó en el confortable anonimato de un *country*, acudía a celebraciones sociales bajo una nueva identidad, construyó un hogar inexpugnable y, a la vez, bebía champán en las veladas sociales más exquisitas, cenaba en Puerto Madero y luego subía a una suite de hotel con alguna prostituta a quien quebraría algún hueso, aunque ahora le saldría más caro. Pensaba, a veces, en Lorena, pero fue haciéndose viejo y un día, mirando el agua verde invernal de la pileta, se dio cuenta de que quizá todo había concluido. Ulises Lombardi tal vez habría muerto, allá en España, podrido en esa ciudad de mierda que es Madrid. Comenzaba el principio del final. Y entonces sucedió lo del Gallego. Arrepentimiento. Una extraña manera de arrepentimiento que tomó la forma de un listado con los nombres de quienes vinieron al mundo en las tinieblas, descendientes sin saberlo de aquellas mártires que fueron enterradas, lanzadas al mar todavía con vida, acribilladas a balazos, ahogadas en su propia sangre. Fue poco después de aquel verano en el que Bauer sospechaba que había entrado en un capítulo final sin retorno. Pero hubo que retornar. Y tantísimos años después.

José Laguardia camina por la calle con su carro de la compra, que es el salvoconducto con el cual ni la policía ni los militares te preguntan dónde vas, pues se supone que uno se dirige al supermercado. Sin embargo, José Laguardia no va a comprar nada, sino a casa de Longares, no muy lejos de la suya. Quiere saber en qué se han metido y quién es el demonio que guarda en su habitación.

Longares le recibe en pijama y oliendo fuerte a coñac. De hecho, tiene una copa de coñac en la mano.

—Soberano, es cosa de hombres —le dice a modo de recibimiento, parafraseando el vetusto eslogan publicitario.

—No me toques las pelotas, Longares, que te mato. Explícame qué es esto del viejo que tengo en casa. Ese tío da miedo, Longares, tiene algo raro, está endemoniado o algo.

—Pero, Jose, ¿de qué estás hablando? —José Laguardia es, para Longares, simplemente Jose, sin acento en la última sílaba—. Se nos encargó guardarlo y a ti, concretamente, se te asignó una tarea mucho más delicada. Algo de lo que yo no sería capaz, pero que, si se lleva a cabo, supondrá un montón de dinero para ti.

—Matarlo.

—Hombre, dicho así suena horrible. Considéralo un acto de piedad. Como la eutanasia.

José Laguardia se exalta y toma a Longares de la pechera del pijama, que es un pijama sucio color burdeos como de Rock Hudson durmiendo con Doris Day en una antiquísima comedia, sólo que ni Longares es Rock Hudson ni Rock Hudson hubiera aceptado la más mínima mancha en su indumentaria de galán nocturno para camas separadas. Sea como sea, José Laguardia agita con violencia a Longares y le grita:

—Conmigo menos cachondeos, escritor de mierda. Voy a soltarlo, no lo quiero en mi casa. Ese trae la mala suerte consigo.

—Es un anciano de más de cien años con la cabeza ida. Nada más, Jose, no te vuelvas loco. Venga, hazme el favor de aguantar, por los tiempos del maco, en Soto del Real. Allí nos cubrimos las espaldas el uno al otro y ahora tiene que ser lo mismo.

—Me cago en tu puta madre, Longares.

—Si lo sueltas y, como sea, se entera Luna, la vamos a liar. Y ese cabrón puede ponernos en

problemas serios. Nos manda a la mafia de maderos que controla y acabamos otra vez en el talego. O peor.

José Laguardia se tranquiliza, toma asiento, le quita el vaso a Longares de la mano y bebe coñac.

—Longares, te voy a dar una cosa que, me parece, nos puede salvar la vida.

Allí, en la celda de la prisión de Soto del Real, Longares y José Laguardia compartieron mucho. Incluso, aunque pueda resultar grotesco viéndolos ahora, noches de ternura. Y, contrariamente a lo que pueda deducirse de los estereotipados relatos carcelarios, fue Longares quien ejerció de protector de aquel boxeador venido a nada que lloraba durante horas, incapaz de asumir el horizonte de días tapiados que se le venía por delante. José Laguardia no estaba hecho para ser enjaulado. Longares siempre podía quemar las horas mediante la lectura. Huir como *El vagabundo de las estrellas*, de Jack London. Pero ¿y José Laguardia? ¿Con qué plan de fuga podía soñar? Así que Longares lo tomó bajo su abrigo y se dedicó a contarle historias como una Sherezade de bigote y chándal feo. Le contó muchas novelas y cada relato suponía para Laguardia una manera de no estar allí: *Moby Dick*, *La isla del tesoro*, *El conde de Montecristo*, también episodios del *Quijote* y aventuras de Tarzán. Longares no leía esos libros, sino que se los resumía a Laguardia, en la celda, tumbados en un jergón, con el frío insoportable de los inviernos y el calor de horno del verano. Así fue como dos personas tan distintas se hicieron inseparables. Algo cercano al afecto se edificó entre los dos hombres. O, quizás para ser exactos, algo que iba más allá del afecto.

—Quédate esta lista con nombres, Longares. No sé lo que significa pero es importante. Es lo que buscan.

Ulises Lombardi está en casa, es de noche y la primavera permanece silenciosa, escondida en la oscuridad, intuida quizás en la temperatura cada vez más cálida de las mañanas, pero llueve y la lluvia viste de invierno todas las ciudades, mucho más con la plaga vaciando las aceras. Ha hecho un día triste y, una vez concluido, Ulises Lombardi examina la fotografía, el cabello blanco de Teodulfo Iglesias refulgiendo en primer término y detrás, apenas una sombra desenfocada pero precisa, el rostro de alguien a quien identifica, como un recuerdo turbio que golpea y duele al regresar.

Bauer.

¿Qué hace Bauer ahí?

¿Dónde fue tomada esta imagen?

Parece un parque o, más bien, un paisaje selvático. Ulises Lombardi cree reconocer los líquenes y musgos del delta del Paraná, Tigre, Buenos Aires, destino de excursiones juveniles y paseos en lancha, una jungla de juguete en la que, incluso, se dio algunos baños en el agua marrón, mirando un cielo con zorzales y gaviotas, cuando él era otro, apenas comenzando este largo trayecto que aún no acaba.

Bauer exhibe su defectuosa sonrisa, como un insecto en ámbar dentro de la vieja instantánea, y Ulises Lombardi, en la penumbra de su salón, recuerda.

Recuerda la última vez que besó a Lorena. Dentro de un automóvil, pocos minutos antes de que lo capturarán, las hojas de los árboles se agitaban detrás del cristal, hacía un viento demencial en Buenos Aires, inusual, violento.

—Tené cuidado.

A unas cuadras de allí lo detuvieron.

Luego vino el resto de la vida.

Escuchó el viento en su cabeza, las ramas de los árboles ejecutando una danza extraña, Buenos Aires en la tarde quieta, bulliciosa en las avenidas y casi sin nadie en la callejuela donde fue capturado.

El maldito viento.

Después El Sótano.

Más tarde la huida hacia Madrid.

Y ahora Ulises Lombardi ha recibido una postal enviada desde ese país extranjero que es el

pasado, un lugar donde habita en sueños aunque quiere creer que nunca existió, que no queda nadie de quienes conoció allí.

Sin embargo.

Bauer.

—¿Es cierto que mataste una nena, Ulises? Casi una bebida, dicen.

Bauer intentaba conversar, a veces, de madrugada, irrumpiendo en la celda, despertándole de su letargo y planteándole preguntas que acababan siendo largos monólogos, porque Ulises Lombardi jamás quiso contestar; guarecido en su silencio, sabía que si cedía de palabra acabaría entregando el alma, haciendo lo que Bauer quisiese.

—Supongo que te arrepentís. De lo de la nena, digo. Pero es estúpido. Qué más da. Ese respeto a las minas y a los pibes no tiene ningún sentido en la lucha que estamos librando. Liquidar a alguien es liquidarlo, y da igual su edad y condición. Tu admirado Stalin lo sabía bien. O no, perdoname, vos no sos estalinista. Sea como sea, también Trotski mató a pibes y minas, las revoluciones se hacen con la sangre de los inocentes. Ah, y las contrarrevoluciones. Yo soy contrarrevolucionario y contrario al sentimentalismo, así que si te doy duro no será por indignación con respecto a esa bebida que baleaste. Es por convicción, Ulises. Debo joderme para desactivar ese loco proyecto de ustedes.

Y, al final, con ira y frustración en sus ojos, antes de irse, Bauer le hizo una promesa que, tal vez, tantos años después, estaba a punto de cumplir:

—Volveremos a vernos, Ulises, tenés que creerme, zurdo de mierda, nadie se escapa de Bauer, te joderé la existencia de un modo u otro y, luego, pase el tiempo que tenga que pasar, volveremos a vernos y lo voy a disfrutar, cara a cara.

Su aliento olía a whisky, como siempre que Bauer derivaba hacia los territorios de la furia.

Y ahora ese pasado vuelve al presente.

Su rostro en la fotografía.

Bauer.

El Sótano.

Ulises Lombardi, como otras muchas veces a lo largo de su existencia, siente que todavía está preso en aquel lugar.

Yuri se desliza rápido entre los rascacielos de AZCA, se alza absurdo ante su vista el ahora empedequecido volumen arquitectónico que fuera antaño el edificio Windsor, ese que vio arder, de niña, junto a su madre. La llevó de la mano, paseando desde su piso en Tetuán, a ver el fuego, a contemplar el espectáculo de una torre en llamas. Cosas de mamá. Tan loca, tan alegre. Fue en 2005. Yuri tenía nueve años. El edificio Windsor se reconstruyó y se reconvirtió en unos grandes almacenes especializados en el lujo y el turismo chino. Pero Yuri, cada vez que pasa por aquí, se acuerda de esa noche rara y divertida. No estaban solas. Las calles de alrededor del rascacielos en llamas se hallaban llenas de gente mirando, igual que si aquello fuese una extraña fiesta. Habían acudido los juerguistas que bebían en los abundantes bares de copas de las inmediaciones y se constituyó de prisa un clima de celebración, como si a toda la gente allí reunida le alegrase que ardiese ese edificio que albergaba despachos de abogados y consultorías financieras. Yuri se recuerda de vuelta a casa, caminando por las calles desiertas de Madrid, dormida en brazos de mamá.

La bicicleta toma rauda todas las curvas, Yuri es veloz, fuerte, poderosa, no piensa en la enfermedad y sigue adelante. Le sorprende, a veces, que la gente continúe pidiendo por teléfono banalidades, sin importarle contagiar o sufrir contagio. O tampoco le sorprende tanto. Yuri no tiene en gran aprecio al mundo. La gente le sirve o no le sirve, ella quiere ser algo en la vida, aunque a sus veintipocos años todavía no lo tenga claro. Lee muchos artículos de economía y escucha las tertulias de la radio y *podcasts*. Le previenen las voces expertas de que ella vivirá peor que sus padres. No conoció Cuba quien hizo ese pronóstico. O tal vez, piensa, en Cuba vivan ahora mejor.

Velocidad, velocidad, velocidad.

Yuri tiene prisa. Su cuerpo, que es puro músculo y de una delgadez ágil, tiene la flexibilidad de un animal urbano perfectamente adaptado a la cabalgadura metálica con que toma las curvas rozando el peligro. La velocidad aumenta, quiere llegar y no sabe realmente adónde, corre como quien ha emprendido una huida, adelante, adelante, adelante.

A mamá siempre le gustó ir al cine y tenía predilección por las películas de amor y también la llevaba a ver las películas de Harry Potter, que a Yuri le daban un poco de miedo, pero mamá apretaba su mano y el miedo se iba. Una vez vieron una película en la que un señor tenía un perro muy bonito y el señor se moría y el perro le esperaba siempre en una estación de tren. A

Yuri le dio mucha pena y lloró mucho rato al salir de la sala y mamá, para quitarle la pena, le hizo hamburguesa con queso y guacamole, su plato favorito.

No hay apenas tráfico, las grandes avenidas tienen algo de amenazador con esta parálisis, el vagabundo sigue en su esquina, ajeno al apocalipsis, igual que continúan yendo a trabajar quienes ponen cada día en marcha las tiendas de alimentos o quienes conducen camiones para aprovisionar a esta población temerosa. Hay otro mundo que teletrabaja, pero no alcanza a la dimensión en la que vive Yuri. Sus vecinas y vecinos no pueden permitirse teletrabajar, así que toman el metro todas las mañanas. El subte, como lo denomina Yuri en su jerga de amplísimo espectro latinoamericano. La gente de su entorno labura, pero también ha dejado de laburar un alto porcentaje de quienes componen su vecindario. Marisa ha dejado de limpiar en casas y no cobra. Edgar no puede ir a la obra, han parado la construcción, así que se queda sin ingresos. Así es la vida. Yuri no aplaude por las tardes. La gente ha empezado a aplaudir como agradecimiento a los médicos por su labor. ¿Y por qué no aplauden a las cajeras del supermercado? ¿O a los que conducen camiones? ¿O a los trabajadores del campo que recogen los tomates que se comen en las ciudades? Porque nadie los ve. Son la parte sobrante. Necesaria pero sobrante. Nadie aplaude a quien limpia la mierda en los mismos hospitales donde los médicos se dejan la piel para salvar las vidas de quienes ingresan con una fiebre irremediable. Una fiebre que deja sin respiración en pocas horas. O en días. Lo advierten: entre el séptimo y el noveno día se puede producir un empeoramiento súbito y la muerte. Yuri lo sabe.

Yuri continúa pedaleando con todas sus fuerzas.

Ha llovido en Madrid y huele a limpio y todavía quedan charcos.

Tuerce a la derecha, se interna en el dédalo de calles donde vive esa población que se dedica a trabajos creativos, cuida su peinado y venera el diseño a la hora de elegir el calzado deportivo. Malasaña. Yuri visita de cuando en cuando algunos bares de por aquí, pero su idea de modernidad poco tiene que ver con la de esta adinerada clase media que se hace mayor y tiene hijos y llena de mierdas de perro los alcorques donde respiran los árboles tristes de esta zona, que bien pudiera ser un pueblo con grafitis, y lo es.

Yuri pedalea y, por fin, llega a su destino.

Un destino escogido casi al azar.

O no.

A veces, llamamos azar a algo que tiene una explicación que preferimos mantener oculta.

Llama al telefonillo y, como suele ser habitual en esta urbe confiada y absurda, abren sin preguntar.

Yuri sube las escaleras.

Cuarto piso. Sin ascensor.

Una puerta con Jesucristo en un redondel dorado, madera antigua de sainete y tufo a repollo

por el patio de luces.

Se abre la puerta.

Es Sara.

Yuri dice:

—Se ha muerto mi mamá. Por la noche tenía fiebre, la llevé al hospital y tuve que dejarla allí, no me dejaron acompañarla. Y al día siguiente me llamaron y me dijeron que se había muerto.

Resbalan dos lágrimas por las mejillas de Yuri, surcando su piel mestiza.

Sara la toma en sus brazos.

Yuri sigue hablando, como en una letanía que se pierde por las ventanas y en el verde deslucido de las paredes.

—Murió sola. No es justo, Sara, no es justo. Nadie a su lado, ¿te imaginas? Morir sola, absolutamente sola, tener miedo y que no haya una mano a la que agarrarse.

Nada puede detener el llanto.

El consuelo, en estos días de la plaga, es un abrazo en el descansillo de la escalera, bajo el ruido de las cocinas que dan al patio y los pasos de un bebé que aprende a andar por el pasillo, en el tercero izquierda. No hay ascensor.

Barcelona, Buenos Aires, Miami, Madrid, 1977-2016

De entre todos los crímenes que Teodulfo Iglesias cometió a lo largo de su vida (y a lo largo y ancho de una amplia geografía) tuvo que elegir el objeto de su arrepentimiento, y un detalle de lo ocurrido en aquel sótano sórdido de Buenos Aires se impuso sobre el resto. Teodulfo Iglesias. Su trayecto fue la huida y el desarraigo cuando la vida, siendo ya un hombre maduro, se le quebró por sorpresa. Hijo de tendero y de ama de casa, Teodulfo Iglesias hizo fortuna con un par de garajes y algunas operaciones de trabajo sucio para empresarios de extrema derecha. Ocultaciones, palizas, prostitutas a quienes se quitaba de en medio cuando pretendían sacar demasiada tajada de clientes tan veleidosos como descuidados, siendo todavía España un país donde el adulterio se penalizaba. Las alegres noches del franquismo en la Barcelona de los 50 y 60, décadas en las que Teodulfo Iglesias era un joven ambicioso que alternaba en las *boîtes* donde acudían los chicos malos de la alta burguesía. Supo pronto percibir el negocio que podían proporcionar esas necesidades no confesables de una burguesía catalana tan burguesa como todas y tan culpable como cualquier burguesía, si atendemos a Marx.

Pero Teodulfo Iglesias no atendía a Marx y sí profesaba un anticomunismo visceral, violento, un odio a la izquierda que le nacía de lo más hondo de las entrañas y nunca tuvo un sostén ideológico muy específico, más allá del asesinato de su abuelo en la guerra civil. Lo mataron los rojos, contaba, repitiendo el relato que su madre le hacía en casa.

Teodulfo Iglesias era una suerte de fascista sentimental, sin lecturas ni motivaciones complejas. Y frecuentaba y promocionaba a bandas peligrosas. Se habituó a moverse entre el lumpen y esos círculos filonazis que se dedicaban a homenajear con succulentas cenas a Otto Skorzeny, con su vistosa cicatriz en el rostro y su pasado de coronel de las Waffen-SS, refugiado feliz en territorio franquista. En realidad, Otto Skorzeny se entregó a los estadounidenses al final de la guerra y lo dejaron libre. ¿A cambio de qué? Nadie lo sabía. Salvó su cuello de la horca y tanto él como Léon Degrelle, otro fanático hitleriano asilado en España, mantenían engrasados los mecanismos de ODESSA, red de escape de nazis hacia Latinoamérica.

Y allí estaba Teodulfo Iglesias, en medio de esa sopa barcelonesa en la que se mezclaban guerrilleros antimarxistas aficionados al peligro, estetas del fascismo, delincuentes, niños bien dispuestos a toda aventura.

Era la década de 1970 y languidecía el franquismo y se quemaban librerías, se atacaban los puestos anarquistas de Las Ramblas, la violencia era ejercida con el beneplácito o la indiferencia de las fuerzas del orden.

Era 1978 y Teodulfo Iglesias tenía cincuenta y ocho años y su biografía era un zigzag errático. Ninguna relación sentimental que le hubiese dejado huella, muchas noches de borrachera y narcóticos, una salud de hierro y un aspecto de gigante indestructible, maduro y con sus sempiternas gafas de sol, esas Ray-Ban de aviador que en la España franquista eran más propias de un policía o elemento similar.

Era 1978 y la primera parte de la vida de Teodulfo Iglesias iba a concluir.

Sucedió a la salida de un local de alterne, al final de la madrugada. Fue increpado en la calle por unos jóvenes revoltosos con evidentes copas de más, cabellos largos y aspecto contestatario, ácratas seguramente, pensó Teodulfo Iglesias en aquel momento. Sacó su revólver, disparó y atravesó el cuello de uno de aquellos juerguistas, que regresaban de una fiesta demasiado alargada y decidieron embromar a ese gigantón con Ray-Ban con quien se cruzaron sin saber que llevaba pistola en el bolsillo. Teodulfo Iglesias volvió a casa y se tumbó en la cama, durmió sin quitarse la ropa durante horas y luego supo que uno de los hippies había muerto, era noticia y buscaban a alguien como él, ya que se relacionaba el crimen con los círculos de la extrema derecha barcelonesa. Había testigos.

Le avisaron sus compinches de la policía de que esa vez no se podía mirar para otro lado. Tocaba darse a la fuga, abandonar el país. No era la primera ocasión en que se planteaba un operativo así y, en aquellos días, el Paraguay del dictador Alfredo Stroessner resultaba destino habitual.

La década de 1980 bullía cuando Teodulfo Iglesias partió hacia su primer exilio. Vivió en Asunción, se movió en los ambientes de la ultraderecha fugada de España, acudió a fiestas palaciegas, conectó con el neofascismo italiano que vacacionaba en toda taifa sudamericana con tirano afín, saltó a Chile y Argentina, recaló en Miami, visitó El Salvador y Honduras, vivió algún tiempo en Guatemala. Ejerció permanentemente como cualificado compañero de viaje en una lucha anticomunista de cuya violencia fue testigo y partícipe. Indiferente ante las víctimas en la mayor parte de los casos. Un hombre que, a la edad en que otros comienzan su retirada, se asomó de nuevo a la línea del frente. Al fuego y los disparos. A la violencia subterránea. A su papel de mediador en negocios y delitos.

Teodulfo Iglesias se convirtió en el Gallego tras su paso por Argentina y se le consideró un organizador confiable y su nombre (su apelativo) fue legendario en tierras latinoamericanas.

Y, sin embargo, un día decidió arrepentirse.

Febrero de 2016.

Miró a su nieta, una joven hermosa que estaba tomando el sol en el jardín de una bonita casa

en Tampa, y se acordó de demasiadas historias.

Y de una en concreto.

Jamás le importó a Teodulfo que en el combate contra el marxismo se derramara sangre ajena y durmió plácidamente, incluso, la noche en que volvió a su domicilio transitorio después de asistir a la ejecución por disparo de bala de unos cuantos curas salvadoreños empeñados en hacer la revolución con versículos del Nuevo Testamento. Lloraban aquellos pendejos antes de reunirse con el Creador a quien tanto se encomendaban. Bien. Así eran las cosas. Ellos o nosotros. El comunismo o la civilización. Matar o morir.

Sin embargo, hubo algo que le perturbó en medio de todo aquel océano malsano de oscuridad que navegó durante años.

El llanto de criaturas recién nacidas, solas en la oscuridad de un sótano de Buenos Aires, improvisado almacén de niñas y niños aún lactantes que eran objeto de robo y venta.

Ese sonido le perseguía.

Lo escuchó en una de sus visitas al Sótano, y Bauer se complació en explicarle el negocio y adornó la narración con su sonrisa de dientes torcidos.

Le pareció abyecto.

Eludió implicarse y, sin embargo, de algún modo se sentía partícipe de aquella monstruosidad.

Y jamás entendió por qué, con todo el mal que había contemplado en su existencia, le seguía doliendo aquello, precisamente aquello. ¿Y las mujeres, casi niñas, a quienes prostituyó? ¿Y las torturas de las que fue cómplice? ¿Y el engaño y el dinero robado con trampas a facciones guerrilleras a las que se enviaba a una muerte segura con armas inoperantes, herrumbrosas, delatados aquellos combatientes revolucionarios al Ejército tras hacerse pasar Teodulfo Iglesias por un honesto vendedor de fusiles? Incluso en España hizo negocios sucios, aunque jamás regresó a su Barcelona natal, llena ahora de separatistas que consideraba infectos. Anduvo por Madrid, llevando putas para allá y también dejando su nombre para que sus amigos patriotas de la policía lo usaran como tapadera de sus *business* e investigaciones fulleras.

Y, sin embargo, aquel día, cumplidos holgadamente los noventa y seis años y con la cabeza mordida ya por una extraña forma de demencia, mirando a su nieta, decidió que su arrepentimiento tomara la forma de lo que Teodulfo Iglesias consideró un rotundo acto de justicia.

La mañana era luminosa, como tantas en Florida. Teodulfo Iglesias había tenido una hija por azar, fruto de una relación episódica con una prostituta a quien retiró durante un tiempo, encariñado con ella y obsesionado por un pasajero afán de posesión que concluyó en embarazo, abandono y hallazgo de quien fuera la madre de su hija en un callejón frecuentado por fumadores de crack en un devastado barrio de Miami.

Teodulfo Iglesias se quedó con aquella niña, Elisa le puso por nombre, y transcurrieron los

años, y Elisa finalmente le acogió en su seno, acá en Tampa, cuando Teodulfo comenzó a sufrir de esa niebla cerebral que le impedía, a veces, dar dos pasos seguidos. Qué larga es la vida, hija. Y qué llena de momentos vacíos. Darse cuenta, al llegar a su avanzadísima edad, de que tanta iniquidad no había merecido la pena. Y pretender una mínima reparación escribiendo un listado de nombres en un papel.

Los nombres de quienes nacieron en las tinieblas.

A un lado, el nombre de la madre, y a continuación, el nombre y apellidos con que se convirtió a aquellas criaturas en hijos de otros.

Desvelaría a esas niñas y niños, hoy mujeres y hombres, quiénes eran realmente. Y aquellos que les robaron la vida quedarían expuestos a la vergüenza y la justicia del mundo.

«Si es que hay justicia en este puerco mundo», pensó Teodulfo Iglesias.

Recuperó un viejo documento con aquellos nombres, conseguido en un intercambio de información que se produjo en alguna lejana operación ya olvidada. El conocimiento es poder y en su ámbito, el de los negocios turbios y las cloacas del sistema, se anhelaba conocimiento, para usar de inmediato o en el futuro. Así había llegado a sus manos esta lista que Teodulfo Iglesias decidió memorizar. Siempre había presumido (exagerando) de poseer memoria fotográfica. No era tal su capacidad, pero Teodulfo Iglesias sí tenía su cerebro disciplinado como para fijar de modo permanente la sucesión de nombres que, en breve, muchos andarían buscando en medio de un ensayo del fin del mundo.

«Luisa Goitia: su hija consta como Marta María White.

Anita Hoffman: ídem Roberta Baldini.

Alberta Cisneros: ídem Néstor Vázquez.

...».

Y así hasta dieciocho nombres.

Y en la última línea:

«Lorena Madariaga: nueva identidad como Elsa Bauer / H. Braulio Aurelio Moyano (ingreso)».

El añadido final señalaba a una superviviente a quien quizás todavía esperaba alguien. Trasladada a otro internamiento tras su primera cárcel en El Sótano: Hospital Neuropsiquiátrico Braulio Aurelio Moyano. Calle Brandsen 2570. Buenos Aires.

Teodulfo Iglesias tenía sus razones para incluir a esa mujer en el documento que quería hacer público. Bauer también lo entendería.

Su idea era pasar el material a un periodista bonaerense, un contacto de otros tiempos; seguiría activo, eso esperaba.

Había que hacerlo ya. No cabía esperar demasiado. Nonagenario y con episodios de ausencia, Teodulfo Iglesias temía no despertar cualquier mañana y su plan quedaría irresuelto.

Pero antes quiso viajar a España, quizá volver a Barcelona, retornar a su ciudad natal. ¿Por qué? Pretendía resolver una cuenta pendiente. Una más. «¿Cómo vas a viajar tú solo, papá? Estás mayor, tienes problemas con la cabeza», le reprochó Elisa. No sirvió de nada. Teodulfo Iglesias seguía siendo un terco peleador en su ancianidad, igual que lo fue en su brutal juventud. Volvió a España. Prepararse para la muerte es casi siempre regresar. «No te preocupes si no tienes noticias de mí, Elisa, incluso aunque pasen los meses», advirtió a su hija. Era su habitual recomendación, el modo en que a lo largo de su vida había protegido a Elisa, ordenándole que no se preocupara por él, aunque pasasen meses o años de ausencia. Sin embargo, esta vez Elisa tuvo la convicción de que nunca volvería a verlo.

Teodulfo Iglesias aterrizó en Madrid y, casi de inmediato, su memoria se borró.

Fue ingresado por algunos conocidos suyos madrileños en una residencia a las afueras de la ciudad.

Su hija Elisa no fue informada, nadie en Madrid tenía su contacto, no era habitual intercambiar datos personales en los ambientes en los que se movía el Gallego. Teodulfo Iglesias, durante cuatro años, fue un espectro inencontrable. Se había desvanecido. Nadie le buscó. Hasta que un día su memoria volvió a activarse. Como si se hubiera pulsado un botón de encendido. Sucedió en marzo de 2020.

Don Lorenzo les recibirá ahora.

El despacho de este relevante diputado, antes policía y un poco después protagonista de asuntos turbios y violentos, se ubica en una muy noble dirección del noble barrio de Salamanca, donde han comenzado a escucharse los primeros ruidos de cacerola protestando contra el Gobierno (por supuesto). Lorenzo Luna no es un cachorro de esta burguesía madrileña que habita desde tiempos casi inmemoriales las calles de Jorge Juan, Zurbano, Velázquez e inmediaciones, pero se crio cerca, en Lope de Rueda, y jugaba en El Retiro con algunos de los chicos de buena familia que se hicieron malos en el espesor del parque, asomándose al lago con peces inmensos, monstruos sobrealimentados por los paseantes de este jardín donde hay una estatua dedicada al demonio. Lorenzo Luna fue policía y después ejerció una suerte de ambigua labor de liderazgo en ese territorio donde lo patriótico y lo pestilente se mezclan, y que hay quien denomina cloacas. También hay quien añade que la patria se defiende en esas cloacas infectas. Ulises Lombardi se sabe bien el discurso. Sea como sea, Lorenzo Luna ha ascendido de las alcantarillas donde abundan las ratas mordedoras al Congreso de los Diputados. Y en su despacho de aspiraciones altoburguesas no hay rastro de miedo al virus, porque incluso una epidemia mortífera puede tener su utilidad en la batalla ideológica y ser examinada con lentes partidistas.

—Qué tal, Ulises.

—Mucha gente tenés aquí laburando, ¿no? Con la plaga y todo eso.

—No creo que haya ninguna epidemia. Todo son embustes, propaganda de los chinos para acojonarnos. Esto es una puta gripe, pero el Gobierno está aprovechando bien la oportunidad. Yo a mi gente le he dicho que tiene que venir a trabajar a diario. Y sin mascarilla, que ya he visto cómo está proliferando ese bozal por ahí. Somos una sociedad amariconada. Tendríamos que salir a la calle y derribar este puto Gobierno de traidores. Pero, en fin, tiempo al tiempo. ¿Para qué querías hablar conmigo, Ulises?

Ulises Lombardi examina al hombre que tiene delante, un tipo que huele a loción de afeitar de la vieja escuela y que tapa con un buen traje y una corbata de colores patrióticos todo el sudor acumulado después de años de trucos y trampas en nombre de España, pero a cambio (también siempre) de mordidas que, al margen del sueldo, caían en esas operaciones que escapaban del control de la jefatura. Fue un mal policía y ese aroma a corrupción moral se escapa por los poros

de su cuerpo. La diferencia entre salir en la prensa fotografiado con grilletes o ser mencionado en el tercer párrafo de una nota periodística como modélico empresario y diligente colaborador de las fuerzas de seguridad se resumía, para Lorenzo Luna, en la cifra que estuviera dispuesto a aportar el sujeto investigado. Tan viejo como el mundo. Lo sabe Ulises y lo han sabido ministros de distinto signo y jerarcas policiales de toda condición. A nadie le ha importado este asunto. A Lorenzo Luna incluso se le perdonó algún episodio criminal de cuando los dinosaurios dominaban la tierra y la policía española vestía de gris, y el hoy egregio diputado acababa de abandonar los pantalones cortos y buscaba la excitación del combate. Ulises Lombardi examina al hombre que tiene delante y decide ir de frente porque percibe que tras la fortaleza que finge (con un esfuerzo físico que le induce a transpirar de modo abundante aunque no haga calor en este despacho) se halla la fragilidad de quien, a toda costa, pretende esconder su tenebroso pasado. El peor enemigo de la política es, en estos tiempos de reputación, el pasado. Y Ulises lo sabe y, con Sara sentada en silencio a su lado, decide atacar duro.

—Teodulfo Iglesias. Lo buscamos y creo que vos conocés su paradero.

—No me suena en absoluto ese nombre.

—Vamos, Lorenzo, ilustre diputado, vos y yo sabemos que algo podés contarme. De hecho, tenés que contármelo. Si tiro del hilo, tal vez perjudique tu carrera política. Y no es momento. Ahora que sales tanto en los periódicos y, según me dicen, en la televisión. No quedaría bonito que alguien te señalara como implicado en un caso de secuestro. Y de un viejito además.

—Mira, sudaca, no me jodas, ¿eh? No se te ocurra amenazarme. Pero ¿tú de qué cojones vas? Ahora mismo salís por esa puerta y me dejáis en paz. No sé ni por qué os he recibido. En recuerdo del Legionario, que en paz descanse. Y resulta que, aprovechando la ocasión, venís aquí, a mi casa, a insultarme. ¿Esto qué es?

Interrumpe Sara el torrencial acceso de ira de Lorenzo Luna:

—O colabora, señor Luna, o su imagen se verá perjudicada. Esa es la cuestión. No hay más.

Se congestiona el rostro de Lorenzo Luna como en una viñeta caricaturesca y abunda en el tópico de la exacerbación mientras golpea fuerte con el puño la mesa. A lo cual añade una enloquecida retahíla de imprecaciones cariadas y de sordidez sexual fuera de lugar.

—¿Y tú quién coño eres? ¿La asistente social de este viejo sudaca? ¿La que se la chupa? Mira, guapa, que ese gilipollas me toque los huevos ya me es difícil de aguantar, pero que me los toques tú, salvo que sea algún asunto erótico y en la intimidad, me resulta absolutamente insoportable. Pero ¿quién es esta tipa, Lombardi?

—Soy Sara y me puedo presentar sin ayuda de nadie, y también explicarte, machirulo, que no te tocaría los huevos ni con un palo y sólo imaginarnos en una situación erótica me da ganas de vomitar. Añado, para tu información, que suelo follar con mujeres (aunque no exclusivamente). Ah, otro dato: soy sobrina de tu amigo el Legionario. Que por cierto, también me contó alguna

historia tuya que interesaría sobremanera a algún periodista rojo de esos que salen en las tertulias de la tele. De cuando dabas hostias en el Retiro a los hippies. De cuando se te fue la mano con uno. Quedó parapléjico. ¿Lo recuerdas? Te libraste por los pelos, ¿no? ¿Habrá prescrito ese delito? Vete a saber.

Ulises Lombardi interviene esbozando una sonrisa satisfecha:

—Ya ves, Lorenzo, cómo vienen las nuevas generaciones. Nos ganan de mano. Yo sólo soy un pobre y anciano detective sudaca medio acabado y quizás a mí pudieras callarme la boca, pero a esta chica (atención, amigo) no hay quien la pare.

Lorenzo Luna aprieta los dientes como un perro de presa al otro lado de su despacho de caoba. Muy cerca refulge rojigualda una enseña impoluta, fotografías con notables autoridades, dos reyes de España en sendas imágenes dando la mano a este hombre de historial quizás un tanto hediondo, pero ahora dispuesto a salvar el país de la hidra socialcomunista, asustando desde su balcón a golpe de cacerola, sonido de hierro para derrocar al Gobierno. Además, cuentan que se ha hecho buen amigo de altos directivos del IBEX y que frecuenta el palco del Real Madrid. El pasado ya no tiene importancia en estos tiempos urgentes, siempre y cuando ese pasado se quede quieto, porque si vuelve no podrá frecuentar ningún palco, sobre todo en caso de que se hagan públicos ciertos asuntos que, aunque se saben, se esconden. Lorenzo Luna tiene demasiadas cosas que actualmente ocupan su tiempo como para andar enredándose con un asunto que ni le va ni le viene, líos de ese argentino alemán que le ha pedido ayuda. La verdad es que le ha pagado bien, aunque no tanto como para soportar esta sesión vejatoria en su propio despacho.

—Esto no va a quedar así, os lo aseguro. Pero como queráis, a mí este tema no me incumbe, es un problema que viene de tu país de mierda, sudaca. El caso es que me pidieron que buscara a ese viejo y lo retirara de la circulación. Hablé con Tapias y él se comprometió a resolverlo y yo me quité de en medio. Al viejo, según creo, le encontraron con la cabeza ida en un hotel del centro y ya no sé qué más pasó.

—¿Quién le busca y por qué?

—A mí me llamó un tal Bauer, un tío al que conocí hace años cuando vino a España a vender labores de vigilancia a empresarios acojonados por ETA. Es argentino pero de origen alemán. Colaboramos en varias ocasiones, cuando todavía yo era un simple agente de policía. No como ahora, que, os recuerdo, soy miembro del Parlamento y con una amplia influencia en muchos ámbitos. Y a ti, pelirroja, te voy a dar un buen escarmiento cualquier día de estos. No me olvido.

—Realmente eres un espécimen de macho ibérico de los que afortunadamente quedan pocos.

Ulises Lombardi decide interrumpir antes de que Lorenzo regrese a la furia y el insulto cuartelero:

—Sólo una cosa más, Lorenzo, ¿de verdad no sabés dónde está el viejo?

—Yo dejé hacer a Tapias y no pregunté. Quien os ha enviado aquí lo ha hecho para haceros

perder el tiempo, gilipollas, que sois un par de gilipollas.

—No hemos perdido el tiempo, Lorenzo, pero quiero que le digas a Tapias que vamos a por él, que libere al anciano, porque las cosas se van a poner feas.

—No creo que Tapias se vaya a asustar, pero le transmito el mensaje. Y ahora salid de aquí y que no os vuelva a ver la jeta. Y no creáis que vais a iros de rositas. A mí no me insulta ni mi puta madre.

—Adiós, Lorenzo, cuídate. Y evita los accesos de ira. No quedan nada bien en la televisión. Te hacen sudar.

El cerebro de Teodulfo Iglesias se reactivó contra todo pronóstico, sin lógica médica alguna. Había cumplido cien años y los enfermeros le dieron dulce como postre y sopló las velas. Despertó como de un sueño abisal, miró alrededor y no supo dónde se encontraba, se levantó de su silla y pidió un teléfono, ante el asombro del personal que le cuidaba. Insistió, no hubo manera de convencerlo de que descansase. Sus palabras eran un ronco titubeo que, sin embargo, lograron tomar una forma articulada y absolutamente inteligible, con lagunas y silencios, como una voz que viniera de muy lejos.

Habló con su hija:

—Elisa, soy yo. Tenéis que iros de Tampa. Dejad la casa. Sabes dónde podéis esconderos, te lo expliqué muchas veces. Ha llegado el momento, ya te dije que el pasado algún día vendría a buscarme. Estoy bien. Cansado. Sólo eso. En España. Intentaré volver a llamarte, hija mía, pero esta vez, si paso un par de días sin telefonear, hay una persona con quien quiero que contactéis para que me busque. Un argentino a quien conocí hace mucho tiempo, en otra existencia. No llores, hija, no pasa nada. Hay que pagar. Estoy viejo y tengo el cerebro triturado. Creo que he cumplido cien años. ¿Qué te parece? Quién me hubiera dicho que viviría tanto. Marchaos, todo saldrá bien.

Mintió Teodulfo Iglesias al decir que había conocido a Ulises Lombardi. Le provocó curiosidad ese nombre cuando Bauer lo mencionó (con cierta saña obsesiva) en más de una conversación, como una clave de otros tiempos que el Gallego se ocupó de indagar. Averiguó que se trataba de un superviviente del Sótano convertido en detective madrileño. Lo cual le pareció ridículo e inservible como información, pero si algo había aprendido Teodulfo Iglesias es que toda información, si se espera el tiempo suficiente, resulta útil. Y ahora, en este instante preciso, ese nombre mencionado por Bauer era transmitido por el Gallego a su hija. Y, a su vez, sería transmitido por su hija a un tipo en Madrid con quien, de cuando en cuando, hacían algún negocio. Un joven con aspecto de vendedor de pisos baratos con ínfulas de gran intermediario y trajes caros que nunca le venían bien, como si la talla estuviese equivocada pese al corte a medida.

Marcó otro número de teléfono.

—¿Néstor? Soy el Gallego. Teodulfo Iglesias. ¿Seguís laburando de reportero? Tengo una

información que puede interesarte. Te cuento de modo general de qué se trata y, si me das una dirección de correo electrónico, te envío una lista en cuanto acabemos esta conversación.

Y de aquel modo Teodulfo Iglesias puso en marcha su captura y su rescate. Simultáneamente. Porque Néstor Ferrero había sido, en otros tiempos, un buen periodista, pero cuando escuchó la voz extraña del Gallego por el teléfono ya estaba en otro capítulo de su existencia. Malvivía alcoholizado en un departamento de la periferia bonaerense y comprendió, enseguida, que aquel puñado de nombres que le prometía un español siniestro a quien conoció glaciaciones atrás podía proporcionarle una interesante cantidad de dinero. Así que Néstor Ferrero tomó nota e, inmediatamente después, se puso en contacto con quien podía ofrecerle un buen puñado de plata a cambio de silenciar aquello. Saltaron las alarmas en ciertos circuitos. Así, una vez apagado el incendio inicial mediante los dólares que Néstor Ferrero cobró religiosamente, para recluirse en su cuarto a beber ron, comenzó la búsqueda del traidor que poseía esa información sensible para tantas buenas familias que acogieron en su seno a esas criaturas desdichadas, hijas e hijos de la maldad zurda que ponía bombas y estropeaba el futuro de Argentina. Alguien, por supuesto, avisó a Bauer. Teodulfo Iglesias, sentado en el despacho de la residencia, meditaba con la cabeza llena de agua turbia. Recordaba.

—Tengo memoria fotográfica, ¿sabes, Bauer?

Se lo comentó en Tigre, espantando los mosquitos que emergían del agua sucia, seguro de la precisión con que era capaz de escribir en un papel y retener lo escrito durante años. En su cabeza había millones de documentos conservados así. Algunos realmente comprometedores. Tigre, 2006. Había acudido a la cita un tercer elemento peligroso, propietario de burdeles en todo el territorio argentino, rico, inmoral y reaccionario a partes iguales. Le faltaba un ojo y le llamaban Falconetti, como al malvado de una vieja serie de televisión.

—Hazme un retrato, Falconetti, y luego me lo envías.

En la fotografía Teodulfo Iglesias sonríe levemente, aún sin arrepentimiento alguno. Vendría luego. Quizá se tratase de un efecto secundario de su enfermedad cerebral. Porque, según opinaba Bauer, un hijo de la grandísima puta como el Gallego sólo pudo arrepentirse si un tumor le voló la cabeza.

Algunos años después de esa instantánea al borde de las aguas de Tigre, Teodulfo Iglesias recordaba. Estaba sentado en una habitación sin ventanas de una residencia de ancianos a las afueras de Madrid. E igual que su cerebro se había reiniciado, volvió a apagarse. Se quedó contemplando una ventana a través de la cual saludaba un pájaro cuya especie ignoraba el Gallego, poco dado a catalogar la naturaleza y sus criaturas. Los enfermeros le encontraron así, devuelto otra vez a sus tinieblas, y lo acostaron. Apenas setenta y dos horas después unos extraños vinieron a por él y se lo llevaron.

Miraba las vitrinas, allá en su aislamiento de *country* y verde húmedo, con ese tufo relajante del césped recién cortado. Tenía un original del *Action Comics* donde irrumpió Superman para la mitología moderna, y también el *Tales of Suspense* en el que Jack Kirby y Stan Lee presentaron a Iron Man. Luego un dibujo de Will Eisner, el autógrafo de Héctor Germán Oesterheld conservado desde los tiempos del Sótano, un desnudo firmado por Guido Crepax, incunables del cómic, no todos ellos conseguidos de manera confesable, pero así era la vida de Bauer, un sinfín de hechos de imposible confesión. En ese sinfín se incluían los nombres que el Gallego pretendía destapar. Así que Bauer se puso en marcha, pero cuando encontraron a ese cabrón del Gallego le hallaron con la cabeza averiada. «¿Resuelto?», preguntaron a Bauer sus socios, compinches de antaño, cobardes adinerados a quienes aterrizzaba la idea de que, a estas alturas, fuese exhibida su indecencia y perdieran mucho. Bauer no creía que estuviese solventado el asunto, ordenó que retuvieran al Gallego, mandó investigar y supo de Elisa, hija del español nacida en Miami y en paradero desconocido. ¿Y si ella tenía una copia de ese listado de nombres que el Gallego quería hacer público? Bauer no sabía dónde encontrar a Elisa, pero tampoco le importó, no se trataba de organizar otro rapto en los mismísimos Estados Unidos, demasiada complicación; no fue difícil hacerle llegar un mensaje a través de sus contactos en territorio estadounidense y exigirle que les entregase la lista antes de una fecha concreta. Si no lo hacía, su padre sería ejecutado. El plan de Bauer era errático, perverso y con cierto adorno sádico muy propio de su personalidad. De lo que se trataba, reflexionó Bauer, era de conocer si Elisa tenía conocimiento de tal listado. Algo sabía (quizás) esa mujer, hija del traidor, ya que había escapado de su domicilio habitual. Si poseía algún documento comprometedor y amaba a su padre, lo confesaría y podrían negociar su silencio. Si no sabía nada, todo quedaba solucionado. Matarían a ese indiscreto gallego y su hija podría llorarlo adecuadamente. En realidad matarían al Gallego en ambos casos. Pero a su tiempo. Quizá hiciera falta enseñar vivo a ese cabronazo. Todo esto lo meditaba Bauer mirando sus vitrinas, repentinamente excitado, a punto de salir para el aeropuerto y tomar uno de los últimos vuelos a un Madrid cercado por el virus. Claro que también cabía la posibilidad de que la hija del Gallego no amase a su padre y le prefiriese muerto, y no entregase ese acusatorio enunciado de nombres que perseguía Bauer y el desastre se precipitase. Bueno, ya se vería. «Madrid», pensó Bauer. Y un nombre le vino a la cabeza: Ulises Lombardi.

Te diré, Ulises, que la segunda parte de *Chinatown*, que dirigió el propio Jack Nicholson, no desmerece a la de Polanski. Y luego tienes *Al caer el sol* con Susan Sarandon, Paul Newman, Gene Hackman y James Garner. O *Insomnio* de Christopher Nolan, con Al Pacino. Que es otra cosa, sí, no del viejo estilo..., pero ojo con esa. Ya más recientes, difícil. Hollywood ya sólo hace películas de superhéroes, pero creo que en Netflix hay alguna cosa interesante.

Ramón discurrea desde su fortín en la plaza, con los puestos de flores clausurados y su empeño de siempre en convencer a Ulises Lombardi de que no todo, en lo que a cine negro se refiere, se detuvo cuando se rodaron los grandes títulos que el argentino revisa una y otra vez en su reproductor de DVD: *Perdición*, de Billy Wilder; *Regreso al pasado*, con Kirk Douglas y Robert Mitchum; *Laura*, de Otto Preminger... Blanco y negro atravesado por el humo para las infinitas noches de insomnio. El detective ha comprado muchas de las películas de su colección aquí porque Ramón, quiosquero y regalador de consejos cinematográficos, no pierde ocasión de rastrear algún vestigio arqueológico de aquellas cintas policiales de antaño.

—Y no hablemos del cine argentino, Ulises, que si *El secreto de sus ojos*, que si *Nueve reinas*, *Plata quemada*... Qué maravilla de películas. Y policiacas, al fin y al cabo, aunque la policía salga de rondón y malparada.

Han dejado abiertos los quioscos, y eso resulta un alivio para Ulises Lombardi, que se complace en el vicio de la letra impresa para la noticia diaria y también compra su tabaco donde Julio, el vendedor de prensa y principal recadero del barrio. Ramón lo sabe todo, es el penúltimo de una saga que vigila desde su atalaya, rodeado de papel satinado y crucigramas, y ahora también acumulando en su cubículo botellas de plástico con agua para los turistas, aunque (gracias a los dioses) dichos invasores se han marchado por miedo a infectarse.

—Está muriendo mucha gente, Ulises, muchísima gente. La señora Antonia. Se la llevaron fiambre el otro día. Don Crispulo. Juan, el Moro. Doña Amalia. De esta, nos gentrifican el barrio a base de matar a los jubilados, y qué pena porque si las escaleras aún huelen a puchero en Madrid es por esta gente, los que nunca se exiliaron de aquí, de este cachito de ciudad que gira en torno a la Ribera de Curtidores, alrededor del Rastro. Lo otro es Manhattan. O París, el Montmartre. Pero Cascorro e inmediaciones es el Madrid de verdad, donde se comen caracoles y tripas, que es lo suyo. ¿Tú crees, Ulises, que esto nos hará mejores? Amancio, que es un bendito, asegura que sí, pero yo lo dudo. Por las tardes antes era todo aplausos, qué bonito; yo lloré y todo

el primer día, cuando pusieron *Resistiré* del Dúo Dinámico desde un balcón. Pero ahora resulta que hay gente que sale al balcón a gritar, a insultar al Gobierno y, si te descuidas, a insultar a quienes aplaudimos. Pero ¿qué mal hacemos con aplaudir? Menudo país. No tenemos remedio. Ulises, no sé cómo no te vuelves a Buenos Aires, aunque, claro, allí siempre están en crisis. Aunque, no sé, dicen que es una ciudad preciosa y que se come muy bien a un precio estupendo. Me han dicho de un restaurante que es el no va más: La Brigada. ¿Lo conoces? Creo que va Ricardo Darín y todo. Para comer carne, claro, que es lo vuestro. En fin, que yo no sé si saldremos mejores de esta, lo dudo bastante.

A Ulises Lombardi le sienta bien escuchar a Ramón, ambos se miran desde detrás de la mascarilla, ya se ha impuesto su uso, resulta incómodo y el Gobierno no acaba de decir ni que sí ni que no, todo es duda, desinformación, pánico y furia en esta ciudad, Madrid, durante su primavera más oscura. Ulises Lombardi prefiere oír la interminable diatriba de Ramón, con su obesidad y su apacible calvicie. Le escucha y así no piensa demasiado en cómo Bauer ha emergido del pasado y ya es presente. ¿Qué sentido tiene que su torturador de hace varias glaciaciones vuelva ahora? Ha salido a comprar los periódicos como mera excusa para pasear y despejarse. Poco le interesa lo que cuentan las noticias. Las pesquisas continúan: Sara va a visitar a Longares y él intentará contactar a Tapias, otro agente de policía corrupto que dio el salto a la empresa privada y dirigió la seguridad de un importante banco antes de que le despidieran con deshonor porque ciertos hábitos, en ciertas malas personas, no se corrigen nunca. Cree haberlo localizado, así que tratará de hacer una visita a Tapias cuanto antes. Ulises Lombardi observa alrededor y en la plaza sólo hay gente andando sola, de camino al supermercado o al trabajo, ya que no se permite caminar en compañía, resulta una visión propia de los malos sueños, caminantes que se ignoran, que no hablan, que se temen, la población anda por la calle como sospechando de cualquier cosa, del aliento del prójimo y de si el virus se halla en la moneda que le devolvieron en la tienda. Qué loco todo. Es el fin del mundo y, sin embargo, seguimos levantándonos cada mañana, como por costumbre, simulando que no sucede nada.

—Perdonen, caballeros, no se permite estar de conversación así como están ustedes. ¿Me permite la documentación, por favor? ¿Vive usted aquí cerca?

El uniformado interrumpe el momento, vigila la identificación de Ulises Lombardi, la devuelve y saluda con la autoridad pertinente. Después, tal y como le han ordenado, Ulises Lombardi vuelve a casa. Hablar resulta sospechoso en tiempos de plaga.

Buenos Aires, 1978

Ese día el Gallego deambulaba por El Sótano, acompañado por un italiano de la logia P2 de visita turística al subsuelo anticomunista del Cono Sur. Reconoció a Bauer en uno de los pasillos, les había citado allí, porque buscaban a un informante capturado por los grupos de tareas argentinos, alguien que querían les diese pistas sobre un soplón a quien el italiano intentaba localizar. Ajustando cuentas. La vida en ese particular universo del fascismo transnacional, con bombas en Bolonia y mullidas dictaduras para el reposo en América Latina, era un continuo ajuste de cuentas. Traficaban con armas, promovían la prostitución, vendían drogas. El Gallego venía de Paraguay, donde había iniciado hacía muy poco una nueva vida, y donde ejercía de anfitrión de tipos como el italiano que le acompañaba. A Bauer lo había conocido en Asunción, en una fiesta palaciega con profusión de esvásticas colgando de escalinatas como salidas de un Núremberg muy anterior a los juicios que hicieron célebre la ciudad alemana. Buenos Aires era de su agrado por sus grandes avenidas y sus restaurantes, esa europeizante fachada detrás de la cual estaban Bauer y los suyos, torturando y matando a compatriotas, con un salvajismo muy poco civilizado. En realidad, esa era la ideología a la que el Gallego llevaba años entregado. La brutalidad y la violencia como solución a todas las cosas. Y la complicidad con el poder, a quien el fascismo no le molesta demasiado siempre y cuando se limite a mantener a raya al enemigo izquierdista y no pretenda tomarse realmente en serio. El Gallego, por aquellos días, conservaba firmes sus convicciones anticomunistas y su fe en la metodología violenta para extirpar el demonio marxista. No obstante, detestaba a personajes como ese fantoche mussoliniano que mordía un palillo junto a él, en El Sótano, verano de 1978, Buenos Aires, Argentina. Tipos ridículos y a la vez peligrosos. Esos eran sus nuevos camaradas. No muy distintos de los viejos camaradas que había dejado en Barcelona. Quizás, en todo caso, algo más dados a la severidad sádica. Se acordó de Lucca, a quien cortaron los testículos y los arrojaron a los perros, en una soleada finca uruguaya, reunida la vieja guardia del fascio milanés y algunos gorilas locales. El Gallego estaba allí y tuvo que aguantar. No fue el único episodio de esas características al que asistiría a lo largo de sus años latinoamericanos. El Gallego, Teodulfo Iglesias, añoraba súbitamente una vida en calma que jamás había conocido. Pero era capaz, y seguramente por eso iba a sobrevivir indemne, de mantener la cabeza fría, obedecer, eludir conspiraciones, ubicarse

en la neutralidad dentro de las batallas entre facciones. «En el Gallego se puede confiar». Eso es lo que todos decían. Le iba bien y le iría mejor.

—*Bellísimo...*

El italiano con calva de Duce y gafas de cristal ahumado admiraba las mazmorras a través de las cuales transitaban como quien se asoma al abismo de cartón piedra desde un vagón del Tren de la Bruja en una feria, alzando el mentón admirativamente y emulando de modo bufonesco la autoridad de un líder que pasara revista a sus tropas. El Gallego supo reconocer el signo de la parodia y le repugnó. Sin embargo, aquel idiota al que acompañaba era respetado entre los suyos porque se contaba entre los hombres de confianza de Licio Gelli, señor de las tinieblas del fascismo italiano y buen amigo de Perón, aunque también, como buen fascista, admirador de las técnicas antimarxistas que se estaban implementando en Argentina por parte de militares de un antiperonismo confeso o inconfeso.

—Qué tal, Gallego. *Buongiorno, amico.*

Bauer saludaba mostrando la demencial asimetría de sus dientes y les indicaba el camino hacia la persona que buscaban, a quien apretarían las tuercas para que informase. Se escuchaban lamentos, olía a sangre, excrementos y puro pánico. En los recién llegados, fueran víctimas o verdugos, siempre provocaba un incremento de la adrenalina en sangre bajar a ese círculo del infierno que era El Sótano. Era como una embriaguez electrificada a golpe de picana.

De pronto, en medio de un pasillo, mientras caminaban, irrumpió una presencia que parecía proceder de un sueño enfermizo. Una figura desnuda. Una mujer. Hermosa y rota. Con el cabello cortado como una judía de Auschwitz. Surgía de la nada, emergiendo de la oscuridad como de un océano imprevisto. La mirada bellísima pero hundida en un extravío que inspiraba terror. Los tres hombres detuvieron su camino, sintieron un inexplicable miedo. Incluso Bauer. Sobre todo Bauer. El Gallego se sorprendió. No entendía que alguien como Bauer se hallara atemorizado en presencia de esa mujer martirizada, con la piel repleta de desgarrones, sangre y marcas.

—Vos jamás vas a atrapar. Pero yo voy a perseguir siempre, alemán.

La mujer se había echado en brazos de Bauer, sonreía y en sus ojos podía apreciarse un abismo de locura sin posible retorno. El rostro de Bauer y el de la mujer se encontraban muy próximos, ella seguía sonriendo y él parecía congelado en un gesto de insondable espanto.

—Te voy a perseguir siempre.

Apareció un uniformado con ademanes de jefe. Tronó su voz con una autoridad que iba más allá de los galones.

—Dije, Bauer, que no pusieras a esa mina en los parideros, se escapa. Acabá cuanto antes con ella. Su familia está causando problemas. Al agua, Bauer, al agua. No es tan difícil. La quiero fuera ya.

—Yo me ocupo, Vitelli.

—Eso espero.

Desapareció el uniformado sin dar mayor importancia a la presencia de esa mujer desnuda, un cuerpo más en el desolladero que era El Sótano. Bauer parecía haberse olvidado del Gallego y su socio italiano. Miraba a la mujer.

—Lorena.

Ella volvió a sonreír y descansó en los brazos de su torturador con una inexplicable exhibición de ternura demente. Bauer se llevó de la sala a aquel fantasma que, visiblemente, le atemorizaba e imponía un incomprensible respeto.

—Espérenme aquí —ordenó.

Luego, tras unos minutos, estuvo de vuelta y les condujo a ver a quien buscaban. Y allí se desarrolló otro capítulo de horror que el Gallego prefirió obviar, aguardó en una sala contigua a que el italiano y Bauer hiciesen su hediondo trabajo. En la vida nunca elegimos el instante en que comienza a fraguarse algo parecido al arrepentimiento. Teodulfo Iglesias sabía, mucho después, que ese instante de espera, pensando en la mujer desnuda y loca que vagaba por aquel subterráneo, resultó el inicio de un camino de extraña redención. No es que en ese preciso momento surgiese un plan preciso en su mente. Pasarían días, semanas, años, hasta que se formulase la idea de una reparación, una especie de petición de clemencia, una instancia para que alguien obtuviera resarcimiento en forma de listado con las identidades originarias de niñas y niños robados, bebés arrancados de un chupadero inmundo y vendidos a familias pudientes. En esa lista añadiría el Gallego un nombre más. El de Lorena. Porque, finalmente, no fue arrojada al Río de la Plata en un vuelo de la muerte. Bauer le reservó otro destino. Aquel día en El Sótano una bomba de tiempo se puso en marcha, sin que el Gallego fuera consciente. Antes de salir de allí, le perturbó un sonido fuera de lugar: el llanto de una criatura recién nacida, clamando en la oscuridad subterránea de aquel infame espacio para el dolor.

Sara no ha podido contactar con Longares. El virus lo alcanzó, primero fue creciendo la fiebre y, de repente, los pulmones se quedaron sin oxígeno. Llamó a su médico, reclamó una ambulancia, pero no había ambulancias suficientes, así que el doctor aconsejó a Longares que se fuera al hospital en transporte público, metro o autobús. Agonizante, febril y batallando contra la asfixia, así bajó las escaleras del metro de Batán y se marchó a IFEMA, un hospital de campaña construido en un recinto ferial donde antes se hacían semanas de la moda o certámenes turísticos y ahora se ha instalado el miedo, acumulándose en el sonido de los respiradores, en los alientos fétidos tras cada mascarilla, en el turno doble de la enfermera, lágrima a lágrima, y en la soledad de quienes a diario volvían a casa por la ciudad vacía después de ver muerte tras muerte.

A Sara le cuenta todo (o casi todo) esto un vecino de Longares, sin abrir la puerta, desde el otro lado de la roñosa madera barata, protegido de la peste; lleva sin salir desde hace semanas, según relata. El vecino hablador con puerta de por medio tiene la firme convicción de que Longares puede haberse muerto de camino a IFEMA, en el metro, pues tosía mucho, y se ahogaba.

Sea como sea, Longares se les ha escapado. Sara regresa a casa, esquivando patrullas policiales y al Ejército, con su pase falsificado de trabajadora esencial, papeles absurdos para una situación absurda.

Camina hacia la misma estación de metro que vio bajar por sus escaleras a un Longares padeciente y, según su vecino, en las últimas. En una pared alguien ha pintado: «El virus es el miedo».

Y, en ese escenario de apocalipsis y extrarradio con aceras sucias, ha sucedido.

Bajo un cielo vacío.

Ha sonado el teléfono en el bolsillo de Sara, ella ha contestado y ha escuchado una voz exhausta y desconocida:

—¿Es usted la novia de Sebastián Lanza?

—No.

—¿O amiga o algo?

—¿Quién es usted?

—Mire, yo no conozco a este señor de nada, pero lo tengo en la cama de al lado; nadie le llama, me da pena, se va a morir sin que nadie lo sepa y no hay derecho, no hay derecho a que

estemos muriendo así, solos, sin ningún familiar que pueda visitarnos, como apestados, aquí, con camas y más camas que amontonan en este hangar y donde nos dejan morirnos... Yo no conozco a este señor de nada, pero le tengo aquí al lado y no he podido evitarlo, somos humanos, ¿no?, seguimos siendo humanos... Le he tomado prestado el móvil y he llamado a varios números que tenía en su agenda, pero nadie contesta, varios me han colgado... Sólo quería que alguien supiese que él está aquí. No puede hablar, llegó ya muy mal, pero... ¿oiga? Se me va a acabar la batería. Dentro de poco yo creo que le van a colocar boca abajo. Si te colocan boca abajo es que estás muy malo... No hay derecho, señorita, no hay derecho a morirnos así, yo no quiero morirme, aunque a su amigo yo creo que le da igual, a veces se medio despierta y me sonrío como si fuéramos camaradas y eso, qué quiere que le diga, me da ánimos. Es una tontería porque ni he podido cruzar una palabra con él, pero cuando uno está aquí cualquier cosa sirve para no desesperarse. ¿Oiga? Señorita, mande decir a la familia de este señor que está aquí, en el hospital, escuché a las enfermeras que lo encontraron en la calle y lo trajeron y que no han dado con ningún allegado y que... No sé. Que alguien sepa que este señor se muere, que alguien le llore, que alguien le recuerde... No hay derecho a morirse como nos estamos muriendo.

El monólogo queda interrumpido abruptamente, la batería se ha agotado.

Sara siente miedo y le alcanza una sensación helada de desamparo.

«Búscame al final de la cuarentena».

Pero ¿y si esta pesadilla no acaba nunca?

El sol de primavera congela las calles de Madrid en una inusitada soledad, no hay nadie o casi nadie, se ha prohibido salir, la Semana Santa será de reclusión y penitencia verdadera, el virus mata sin control, los hospitales están repletos, esas imágenes no se muestran, pero resulta inquietante mirar por la ventana y ser consciente del momento único, claustrofóbico, como una distopía o un mal sueño. Vive el mundo un episodio desconocido, confinamiento e ira por las tardes, cuando suenan las cacerolas, hay quien ha decidido que es buen momento para ensayar un derrocamiento del Gobierno. Ulises Lombardi se ha citado con Tapias en una estúpida esquina de una estúpida dirección del barrio de Las Tablas, con grandes avenidas al estilo soviético y urbanizaciones cerradas sobre sí mismas, mirando a la piscina, ensimismamiento que provoca el voto a formaciones de derecha, centroderecha e, incluso, extrema derecha. Un barrio residencial sin apenas comercios y con restaurantes que sirven en sus terrazas cerveza y gambas a las familias con niños los domingos, pero ahora, claro, se ha clausurado la temporada de cervezas, gambas y terrazas. Si el centro de Madrid es un paisaje posnuclear, ¿qué decir de estas calles con edificios clónicos para familias de orden que presumen de lo espacioso de sus salones? No hay nadie y Ulises Lombardi teme que algún policía le pregunte por su presencia en este mundo sin seres humanos, un niño le observa desde la ventana y saluda al detective, Ulises Lombardi corresponde, enciende otro cigarrillo, mira el reloj, el cabrón de Tapias llega tarde. O tal vez no acuda. De hecho, le extrañó a Ulises Lombardi la amable disposición de Tapias a reunirse con él. Sumamente sospechosa. Y, sin embargo, esta vez no ha venido con Sara como salvaguarda a la vuelta de la esquina, armada con su bate de béisbol, cual Harley Quinn pelirroja. Le ha surgido a su colaboradora un compromiso ineludible, alguien hospitalizado a quien tiene que visitar con urgencia. «No pasa nada, Sara, ya me arreglo yo», ha asegurado el detective sin ninguna duda. Aunque ahora sí comienza a dudar de su decisión y confirma sus peores augurios al ver cómo un automóvil se detiene frente a él y se bajan dos tipos cuya complexión delata largas jornadas de gimnasio y anabolizantes.

—¿Lombardi? —inquiérese uno de ellos.

—¿Quién lo pregunta?

Uno vigila y el otro golpea con una porra extensible que ha salido rauda de la cazadora verde, estilo militar (por supuesto); ambos matones lucen militarizados en su indumentaria, del modo idiota en que los matones suelen. Ulises Lombardi recibe el impacto del acero en una costilla,

pero logra no caer de inmediato, se aparta sin respiración y observa cómo será la segunda embestida. El segundo golpe es un revés dirigido al rostro que Ulises Lombardi trata de detener con la mano, cosa que parcialmente consigue a costa de un doloroso crujido en la muñeca y la pérdida del equilibrio, cae al suelo, y ahí otros dos impactos con la porra le castigan la espalda y todavía recibe una patada en el rostro que casi lo deja KO. La ira lo enciende cuando percibe el sabor de su propia sangre en la boca.

—Quédate ahí quietecito, viejo, en el puto suelo. Esto es un recado de Luna, para que no le vuelvas a tocar los cojones. ¿Vale?

Ulises Lombardi trata de levantarse, pero un definitivo nocaute lo derriba.

—Y este de parte de Tapias, que también te envía recuerdos y te manda un mensaje: que le dejes en paz, subnormal, que eres un subnormal.

—Manolete, si no sabes torear *pá* qué te metes —añade el matón consorte, que vigila y mira, y aporta el estrambote en forma de frase idiota.

El detective tiene la vista nublada y dificultades para recuperar el aliento. «Demasiado viejo para estos asuntos», piensa desde su posición. Y, sin embargo, un orgullo de guerrillero veterano le impulsa a contraatacar (esa dignidad suicida que de Espartaco acá poseen los derrotados). Ulises Lombardi se levanta con dificultad, el matón que vigila y no ha pegado ríe al verlo en tan patético ademán, tambaleante y sangrando.

Ulises Lombardi saca del bolsillo un minúsculo objeto apenas identificable, lo blande en la mano temblorosa.

—Venga, viejo, no me jodas que te mato a hostias.

Y, dicho esto, traza con un puño la línea recta que pretende descoyuntar al adversario definitivamente, pero Ulises Lombardi esquivo la agresión lanzándose en plancha contra su agresor, buscando el abrazo, como en el boxeo los púgiles cansados, y así evita el golpe y se agarra a su contrincante. Entonces dirige el spray hacia el rostro de su pareja de baile, a quien ha salpicado de sangre y saliva, y le introduce en la boca una dosis si no letal, desde luego bastante molesta de gas pimienta o un derivado similar. Los llamados «espráis antiviación» carecen del glamour *noir* de las pistolas o los estiletes guardados en el calcetín, pero resultan de utilidad en peleas así y son fáciles de adquirir en tiendas relativamente accesibles.

La cara del matón es de pánico, su laringe se contrae provocando una asfixia inmediata, y se agarra el cuello. El camarada de combate que le acompaña deja la vigilancia y acude a atenderlo, dirige una mirada de furia a Ulises Lombardi y sopesa ir hacia él, aunque finalmente opta por subir a su colega en el coche y largarse al hospital más cercano. Una decisión juiciosa.

—Viejo, hijo de puta, te vamos a matar, cabrón.

—Dale, pero antes decí a Tapias que quiero verlo y a Luna que como vuelva a hacerme un truco así, soy yo quien lo liquida. Putos de mierda.

Cuando el auto arranca y regresa la soledad y el silencio, Ulises Lombardi cae noqueado de verdad, sangrando sobre la acera. No ha de tenerse en cuenta el exabrupto homófobo. Es un hombre de otra generación.

Buenos Aires, 2020

En el televisor hablan de un virus que está expandiéndose por el planeta y eso incluye la ciudad de Buenos Aires, quieta por orden administrativa, aunque no verdaderamente quieta. En los márgenes sigue la vida, las villas miseria exhalan un humo indiferente, acude el proletariado de más baja condición a acometer reparaciones, hay obras que no se detienen, pero la calma sí se ve, menos automóviles y menos polución al otro lado de la ventana. Ya hace muchos años que talaron el árbol cuyas ramas acariciaban el cristal y ahora un rumor insomne de motores se cuele día y noche al departamento. Pese a las restricciones, hoy también vendrá Mirta a ayudar. Son ya decenios consecutivos aguardando un regreso que todos dieron por imposible, pero ella no. Continúa convencida de que Lorena puede retornar en cualquier momento. Es su hija. Su bebé. La conoce bien. Obstinada. Fuerte. Incapaz de doblegarse. Fue así desde nena. Nadie ha podido destruirla. «Volverá», se dice como cada día, y degusta el té que conforma su desayuno diario, con la medialuna sobre el plato. Ha quedado viuda y sola, su corazón padece de arritmias, noventa y cinco años son muchos años, «pero se la ve bien, doña Laura», asegura Mirta con su optimismo desbordante. Fue una verdadera suerte encontrar a Mirta, alguien que ayuda y que disfruta las telenovelas a su lado, mientras ella escucha el sonido del tráfico esperando que alguien toque la puerta y sea Lorena, venida de un largo viaje. Y ahora en el televisor hablan de un virus que está expandiéndose por el planeta entero, y (mirá) si ella enferma y Lorena vuelve y su mamá no está. Pero eso no va a suceder. Se muestra completamente segura. Esa convicción de que Lorena retornaría fue lo que la separó de su esposo definitivamente, y la razón por la cual algunos familiares quisieron inhabilitarla e, incluso, recluirlo en una institución. Sin embargo, ningún psiquiatra halló rastro alguno de perturbación mental. Más allá del dolor de una madre que ha perdido a su hija y anhela reencontrarse con ella. «Un dolor incalculable», escribió en su informe el doctor Ginzburg, y añadió con letra de perito y aspiraciones poéticas, más allá de lo hipocrático: «Cuán lenta es la herida del olvido». El primo Hernán mantuvo una encendida discusión con el terapeuta a causa de estas líneas y el doctor Ginzburg, flaco y fumador, miope como corresponde a un psiquiatra judío, sin inmutarse, se levantó de su silla, puso su terapéutica mano en la espalda del furibundo intruso y, cortés pero firmemente, lo sacó de su consulta para cerrar después la puerta. El primo Hernán se quedó sin un solo peso, y los años fueron pasando,

arrancaron el árbol y, ahora, por la noche, en la sala oscura, las luces del tráfico pintan la pared. Mirta llega y saluda, se sirve un té, conversa, «da miedo, doña Laura, da miedo, ay, ¿será el fin del mundo?». Ella sabe que no, que el fin del mundo no va a llegar porque todavía no ha vuelto Lorena y su niña tiene que volver a casa, a este departamento que alquiló para hacerse guerrillera y que treinta y ocho años después sigue abierto y con las camisas en el armario, aguardando un regreso interminable.

Es 3 de abril de 2020 y hoy, por causa de la plaga, van a morir mil seres humanos en este país llamado España. Ayer fueron algo más de novecientos y mañana quizás ochocientos. Hasta sumar miles y miles. El miedo impone su ley de puertas para adentro y también hay quien atiza la furia y el caos, el ruido y la furia mejor dicho, como en Shakespeare, pero con ultraderechistas de opereta que ensayan técnicas de golpe de Estado a través de YouTube. No, no han leído, por supuesto, a Curzio Malaparte. ¿Quién demonios lee a Curzio Malaparte en este tiempo existiendo novelas de Federico Moccia? Aunque ya no está de moda Federico Moccia. Sara no ha leído ni a Malaparte ni a Moccia, sus predilecciones literarias son otras: Virginie Despentes, Chimamanda Ngozi Adichie, Sylvia Plath y la argentina Selva Almada, a quien adora. Pero hoy Sara, en esta jornada que se prepara para enviar a la muerte a mil seres humanos, no piensa en literatura, sino que se halla en una búsqueda frenética que ella entiende como una dramática cuenta atrás. Tiene que encontrar a Sebas. Como sea. Se ha impuesto esa obligación. Y por eso ha acudido a este hospital de extrarradio donde, según la anónima llamada telefónica recibida, se encuentra Sebas gravemente enfermo, fulminado por la peste que todo lo aniquila.

Le han dicho en la puerta que no se puede entrar, pero Sara posee experiencia en eludir prohibiciones, necesita ver a Sebas, localizarlo y comprobar si está vivo, saber cómo se encuentra, no quiere que se muera, y no es amor súbito ni nada similar, simplemente se trata de la necesidad de conservar la certeza de que puede contar con un amigo de verdad, y de que algunas noches podrá llamarle y dormirán juntos. Así que Sara se ha infiltrado en las líneas enemigas, recorre los pasillos de este hospital con el básico disfraz de una bata blanca y el correspondiente embozo de la obligatoria máscara quirúrgica. «¿Dónde estabas en 2019?». Algún día será una pregunta habitual. «Dónde estabas antes de que el infierno se desencadenase». Sara siente un escalofrío extraño al observar el filo del miedo en las miradas de quienes trabajan en este hospital, sus ojos cansados, un hedor a sudores repetidos cada jornada, como un enigma que nunca se resuelve.

Observa a enfermos en los pasillos, un sonido monocorde de lamentaciones, toses, doliente llanto que suena raro en voces adultas, trata de distinguir el rostro de Sebas, entra en habitaciones saturadas, en pabellones, escucha hablar del gimnasio, «han colocado más camas en el gimnasio», dice alguien a alguien, y baja por las escaleras, desciende a un Averno con tufo a medicina, y en ese ir y venir agitado que es el hospital en pleno huracán nadie se ocupa de ella.

El gimnasio está lleno de camas, lleno de un silencio implorante, lleno de artefactos que arrancan unas horas más de vida, y el personal médico tiene los ojos gastados por la inmensa ola que ahoga cada minuto de su labor diaria. Sara transpira poderosamente, deambula entre las camas, busca un rostro, no es esta sala una estación de paso, sino el final del trayecto.

Entonces lo ve.

Es Sebas.

Reconoce su cabello alborotado.

Está boca abajo.

Con tubos.

Y un respirador que mantiene sus débiles pulmones fatigosamente activos

Sara lo mira despacio.

Acaricia su rostro.

La fiebre es fría.

Escucha una voz.

—Le queda muy poco. Vamos a sedarle. Necesitamos su cama y su respirador. No vale la pena mantenerlo con vida.

Sara se vuelve y halla el rostro exhausto de una enfermera, con ese gesto de indiferencia gélida de quienes no pueden permitirse ya la compasión. Está parada allí, como un espectro, en medio de una vorágine que, contra todo pronóstico, elude el estruendo. Máquinas y toses formulan un ruido blanco que es casi un susurro, quienes atraviesan este paisaje de desolación lo hacen sin proferir palabra alguna, las respiraciones se detienen, van muriendo aquellos a quienes les toca morir, como en una rutina sin explicación. Y la enfermera da media vuelta y se marcha.

La fiebre es fría.

No hay consuelo en los párpados cerrados, no hay respuesta a la caricia de Sara sobre las mejillas de Sebas, por debajo de la piel se desarrolla un sueño profundo que desdibuja lo que de humano puede haber en este cuerpo a punto de extinguirse.

Sara llora y aprieta la mano inerte de quien fue, en jornadas mejores, su amante.

Un llanto que la devuelve al desconsuelo de la infancia.

—¿Qué hace usted aquí sin EPI?

EPI.

Equipo de protección individual.

La coraza contra el virus que ha escaseado en estos primeros tiempos de batalla.

Las limpiadoras de los hospitales no tenían EPI y confeccionaban sus propios trajes protectores con bolsas de basura.

—Por favor, váyase ahora mismo, el riesgo de contagio es muy alto, no puede estar aquí de ese modo.

Pero ¿y la enfermera? ¿Y otros a quienes Sara ha visto deambular por esta sala sin protección alguna?

La niebla de la guerra, ese caos aleatorio de las pesadillas en las que caminamos por la ciudad con los pies descalzos, la niña con el vestido rojo en el fuego donde arde el gueto de Varsovia.

Sara besa a Sebas en la mejilla. Desafía al virus. Un gesto humano, proscrito en estos tiempos de plaga. Besar a quien amamos y está marchándose definitivamente. Sara se despide. Para siempre. Queda la muerte y la soledad en este pabellón de últimas voluntades, el letargo de cadáveres que entran y salen, los ojos cerrados de los agonizantes. Mientras camina hacia la salida, Sara contempla a alguien con bata blanca que llora contra la pared. Un llanto que devuelve al desconsuelo de la infancia.

José Laguardia tose, está malo, la temperatura ha comenzado a subirle y el viejo, desde el otro lado del cuarto, lo mira como sometiéndole a juicio. El púgil que fue promesa con puños de acero no sabe qué hacer y ahora se agita en febriles temblores bajo la sábana sucia de su habitación. Dobla su apuesta la primavera y el color amarillo de la flor del basural adorna los terraplenes al borde de la ciudad. Por la ventana se percibe una abundancia de aves que recobran su lugar perdido, ante la ausencia humana, libres al fin de automóviles, humo y sonidos de claxon. Todo es raro. Pero lo habitual hace semanas que no existe. Y ahora captor y secuestrado se hallan atrapados. José Laguardia está enfermo y no sabe qué hacer, no puede ir al médico, no puede abandonar al maldito viejo que lo contempla impasible, con los ojos vacíos, en una meditación sin nada dentro, o eso piensa el boxeador caído, roto en el lecho, esforzando la respiración y con una primera tos bronca que augura malos momentos venideros.

—¿Y qué coño hago ahora? —se pregunta José Laguardia.

Ni tan siquiera le queda alimento para seguir adelante, pan de molde y restos de embutido, una lata de sardinas, y poco más hay en la cocina. Fue mala idea matar a la señora Petra, ella le hubiera podido ayudar. Ha telefoneado a Longares, pero no contesta. ¿Qué sucede? Sucede la plaga, inmisericorde, absolutamente ajena a los anhelos que José Laguardia pueda poseer. Hasta las cucarachas parecen menos activas estos días. O tal vez sea que carecen de estímulo, porque ni migas hay para incentivar su apetito. Morirse de hambre y fiebre. Qué manera más miserable de despedirse de la vida. Pero José Laguardia aprieta los dientes y se repone, no va a acabar aquí su historia, siempre ha sobrevivido. Se acuerda de cuando era niño, de su padre alcohólico que lo mismo le molía a palos que le enseñaba a rodar la peonza. Brutal y amoroso, según el día. Madre también era aficionada a la bebida pero menos. Vivían en una zona de Getafe que era residuo del pueblo sobre el que se había fundado la ahora ciudad industrial del extrarradio madrileño. Su barrio de infancia conservaba casas de una sola planta, patio e higuera, un pozo cegado en mitad de la calle, todo ello ya fuera de sitio, entre fábricas y talleres, con los primeros bloques de pisos asomándose a los patios y asfixiando el verdor áspero de las higueras. Ese fue su paisaje de niñez y adolescencia, hogueras por la noche y la heroína convirtiendo el barrio en un campo de exterminio. Padre desapareció un día y madre quiso volver a su pueblo de Toledo, pero José Laguardia ya tenía catorce años y llevaba tres puliendo su habilidad con los puños en el gimnasio de Santos Dinamita Young. José Laguardia logró escapar de la heroína gracias al pugilato. Todos

sus amigos cayeron: Loren, Revuelta, Toñín, Juanan, el Chino, Peña, Luzón. Todos muertos. Fue una masacre. Aquellos maravillosos 80. Luego José Laguardia ha visto en la tele que los 80 fueron fabulosos en Madrid y que España era una fiesta, pero él no se enteró, y sus amigos, caídos con la aguja hincada a la vena, mucho menos. Qué vida. Aunque también hubo buenos tiempos, noches de cocaína y champán para celebrar las victorias, que fueron pocas pero fueron. Y algunos amigos cuyas caricias velaron su sueño, y aquellos momentos de plenitud, viendo amanecer, en un hotel de mucho lujo en Benidorm, tras una velada que tuvo sabor a victoria y besos. Lucas se llamaba. Estuvieron juntos algún tiempo. ¿Qué habrá sido de él?

—No voy a morirme así.

Continúa mirando el viejo con total indiferencia. Ha adelgazado y su apariencia de profeta en un desierto bíblico se ha acentuado, igual que la suciedad y el hedor que golpea la habitación, aunque José Laguardia no puede percibirlo, el virus ha cercenado su capacidad olfativa.

—Necesito ayuda.

Y José Laguardia toma su teléfono y hace una llamada que puede salvarle la vida o condenarlo para siempre.

Bauer está en Madrid, alojado en la vivienda de unos venezolanos ricos con los que Luna le ha puesto en contacto. La ciudad parece muerta en esta reclusión inaudita que ha impuesto la nueva peste. Los venezolanos ricos han volado a Venezuela, donde el confinamiento será más confortable en el césped del jardín, tras el alambre de espinos que los protege de las masas aún hambrientas, incluso bajo el comunismo chavista que prolonga Nicolás Maduro e inició el demoniaco Hugo Chávez. A Bauer no le caen bien los venezolanos ricos (los venezolanos pobres le son indiferentes, como los pobres de cualquier latitud). Durante los años duros de la lucha contra el marxismo mantuvieron su fiesta privada de petróleo y ron con hielo. Luego llegó Hugo Chávez y lloraron y, finalmente, salieron a la pelea. Pero lo hicieron mal. Chávez se ganó a los milicos y esa fue su gran baza, convirtió su proyecto en indestructible. Así que por mucha plata que se llevaran del país las grandes fortunas venezolanas y por mucho que gastaran en engrasar sus contactos con líderes políticos de España, Francia, Reino Unido, por muchas fotografías que se les concedieran junto a mandatarios europeos, a corto plazo no lograrían la victoria. Bauer los considera una manga de boludos sin remedio, aventureros tostados al sol de Miami sin un ápice de patriotismo verdadero. Y con un muy discutible gusto, tal y como puede apreciarse en la decoración de la casa que el argentino habita en sus días madrileños. Las vistas al parque del Retiro, no obstante, compensan los horrendos cuadros de las paredes y el diseño hostil, chillón, de los muebles comprados en tiendas que otros venezolanos ricos han puesto en Madrid para entretener a sus nenes exiliados. Bauer bebe whisky, y cuando bebe whisky se pone del peor humor porque suele acabar bebiendo demasiado. Lorena. ¿Por qué ella? ¿Qué tuvo de diferente para inducirle del modo en que lo hizo a la debilidad? Bauer rompía los dedos a las prostitutas, torturaba sin cargo de conciencia alguno, había matado en muchísimas ocasiones, utilizaba cuchillas afiladas para provocar el máximo dolor en las noches más oscuras del sótano, pero Lorena le conmovió. Una vibración desconocida sacudió su cerebro cuando la vio por primera vez, altiva y con ganas de pelea, recién violada por un soldado a quien se concedió tal privilegio, un gordo cabrón al que después Bauer castigaría colgándole de las manos hasta que se le rompieron, en un arrebato ilógico de venganza. ¿Por qué Lorena? ¿Por qué todo lo que concernía a Lorena le quemaba tanto? ¿Por qué, incluso, cuando la torturó lo hizo de otra manera? Con mayor ternura, valga la imposible definición. ¿Se puede torturar con ternura? Bauer sabía que sí. Era demencial, pero todo era de locos en aquel sótano. Le cortaron el pelo, la violaron tantas

veces, la pegaron duro. Bauer sólo miraba. O la ataba con cuerdas y hablaba con ella, o la hacía sangrar con una cuchilla, pero sin tocarle el rostro, dejando su belleza intacta. Y un día, una mañana oscura, le dijeron que Lorena se había vuelto loca. Completamente loca. Y que preguntaba por él. Su mente se averió y Bauer, cuando la vio por vez primera en este estado, sintió pánico y huyó por los pasillos, tuvo que reponerse con un whisky, como este que bebe ahora en un Madrid sitiado por la plaga.

—Te voy a perseguir, Bauer.

Eso le había susurrado al oído Lorena y había pensado en matarla inmediatamente; de hecho esa era la orden, arrojarla al fondo del agua, como al resto de desechos que se generaban en El Sótano. Sin embargo, no pudo. Y Lorena, finalmente, había cumplido su promesa.

—Fuiste fiel a tu palabra, Lorena —musita esa frase al aire de la noche, acodado en la terraza, viendo la calle solitaria, los semáforos alumbrando señales en el vacío, los árboles frondosos del parque al otro lado.

En pocos días estarán liquidados el Gallego y también Ulises Lombardi, y podrá volver a su pileta, a su colección de cómics, a la soledad que cultivaba en los últimos años, y a los días sin propósito, ajeno ya a la maldad de sus aventuras pasadas. Ahora es un hombre bueno. No mata, salvo en defensa propia. Y tiene que defenderse, no quiere pasar sus últimos días en un penal o siendo juzgado por robo de criaturas o por haber torturado a algún zurdo que aún sobrevive.

Madrid en primavera tiene un encanto inesperado. A pesar de esos horribles cuadros de las paredes.

Cómo va, Tapias?

Ulises Lombardi saluda con inflexión irónica, ha encontrado a este enano estúpido en su oficina, sin necesidad de mucho trabajo de investigación; un par de llamadas y aquí está, en su empresa de seguridad. Todos tienen alguna empresa de seguridad si han dejado la policía y conservan los contactos suficientes. Protegen igual que antes, pero con menos consideraciones morales y a un precio más alto. Tapias siempre cuenta la misma milonga, Ulises Lombardi lo recuerda soltando su discurso durante una comida propiciada por el Legionario, en La Posada de la Villa, junto al fuego, cocido madrileño para tres.

—Lo vi todo. Yo estaba allí, al lado, cuando mataron al general Piqueras. Lo mató ETA. Estaba yo con mis amigos, fumando un porro sentados en un banco de la avenida del Manzanares. Ametrallaron el coche cuatro etarras y el soldadito que conducía quiso salir corriendo, pero lo remataron. Todavía boqueaba cuando fuimos a ver.

Comentaba el episodio sangriento ingiriendo garbanzos con glotonería insaciable.

—Era yo un chaval y de esa decidí hacerme policía. Bueno, mi padre era policía también. En el barrio todos eran policías y militares. Y de Fuerza Nueva. Lo de los porros no lo dejé, no lo he dejado nunca. La grifa es buena, ¿verdad, Legionario?

Reía Tapias hablando de asesinatos, terrorismo, ultraderecha feliz y las delicias del hachís, la grifa, el kif. Los viejos buenos tiempos. Aunque para Tapias casi todos habían sido tiempos mejores. Siempre supo nadar y guardar la ropa, ser franquista cuando todavía los vestigios franquistas aromaban las comisarías, fiel militante de la triunfante socialdemocracia cuando ganaron los socialdemócratas, hasta estuvo en la puerta de la cárcel de Guadalajara el día en que metieron en prisión a un ministro por haber secuestrado a un tipo que confundieron con un etarra o algo así. Tapias era un mercenario de conveniencia, siempre del lado de la contrainsurgencia pero al estilo madrileño, con profusión de garbanzos y cierta tendencia a la chapuza que concluyó en su expulsión del cuerpo policial.

El Legionario le tenía un extraño aprecio.

A Ulises Lombardi le provocaba repulsión.

Las amistades no se escogen, por mucho que digan. Son tan azarosas como el amor.

Y ahora Ulises Lombardi entra en la oficina de Tapias, esquivando a una secretaria con

estratosférica cabellera de aspecto escultórico, homenaje a la laca muy años 70, como una esposa de la mafia en *Goodfellas* o *Casino* de Scorsese.

—Oiga, usted qué hace.

—Somos amigos, señorita. ¿Verdad, Tapias?

El enano estúpido, que es como Ulises Lombardi suele referirse a Tapias sin avenirse a la corrección política imperante, lo mira con enfado evidente, pero con un gesto frena a su empleada y ordena que salga fuera.

—¿Qué haces aquí, Lombardi?

—Visitar a un viejo compinche de los tiempos en que el Legionario invitaba a comer. Por cierto, no me gustaron nada los amigos que me enviaste.

—Siento que no te cayeran bien.

—Necesito algunos datos, Tapias, y que nos dejemos de boludeces.

—Tienes que dejar de meter las narices en este asunto. Ni te va ni te viene. Y con la que está cayendo.

—Vos tampoco cerraste la oficina, igual que Luna.

—Luna está como una cabra, yo mantengo abierto esto porque algunos de mis clientes tienen urgencias que ni siquiera esta epidemia frena. Pero ya ves, no hay nadie, mi secretaria y yo, la gente está acojonada y sigue al pie de la letra las instrucciones del Gobierno. Hacen bien. Yo, en cuanto liquide un par de líos pendientes, me largo a mi chalé en Galicia y que se acabe el mundo.

—Tapias, abrite de este quilombo. Dame la dirección donde encontrar al viejo o una pista verdadera, y te dejo en paz. Vas a acabar mal, te lo aseguro.

—Lombardi, hombre, lo de intentar asustarme resulta una gilipollez supina. Vamos, camarada, no me jodas.

Ulises Lombardi ha estado hablando de pie, pero ahora toma asiento y mira duro a Tapias.

—Informá, Tapias, informá o te reviento. No lo voy a decir dos veces.

Tapias sonríe desconcertado. ¿Qué tipo de violencia puede ejercer sobre él este septuagenario que ha entrado en su despacho exhibiendo una leve cojera y signos evidentes en el rostro de haber recibido más de un puñetazo? Pronto recibe la respuesta cuando siente dolorosamente la culata de una pistola haciendo trizas los huesos de su dedo meñique, hasta hace un segundo en tranquilo reposo sobre la mesa. Ulises Lombardi ha sido rápido en sacar el arma y golpear con furia inusitada.

—Ya, Tapias, ya.

Los gritos han hecho regresar a la secretaria de cabello lacado, que observa con horror la escena. Tapias, dando alaridos y profiriendo maldiciones, busca su propia arma en un cajón de la mesa del despacho, pero Ulises Lombardi ya le ha detenido y exige una respuesta.

—Me has roto el dedo, hijo de la gran puta.

—Eso espero. Y aún puedo joder alguno más.

Tapias contempla perplejo a su agresor. Jamás fue la valentía uno de sus más destacados rasgos; él obedeció órdenes siempre a lo largo de su carrera, propinó un par de bofetadas o patadas en los cojones a algunos detenidos, lo de la bolsa en la cabeza o la bañera se lo dejaba a otros. Bien es verdad que Tapias gozó de una escasa piedad cristiana para con los torturados que le hizo ascender en la escala de la cloaca y sabía demasiadas cosas, así que le pagaban aquí y allá hasta que un día se llevó dinero de donde no debía. En fin, historias pasadas que ahora no venían a cuento porque el dedo duele. «Hijo de puta, sudaca de mierda». Tapias trata de pensar rápido, pero Ulises Lombardi vuelve a golpear en el mismo dedo con la culata del revólver y el alarido es acompañado de unas lágrimas incontrolables. El expolicía cae al suelo con la razón clausurada por el pánico, sólo cabe en él un anhelo por evitar el dolor. Hay que parar esto, pararlo cuanto antes.

—Decí, Tapias, ¿adónde voy a buscar?

Tapias observa muy cerca el rostro crispado de Ulises Lombardi y percibe por debajo de sus profundos ojos azules una sombra de intensa maldad, una oscuridad salvaje que impulsará al detective a seguir golpeando, a destrozar irremediabilmente su dedo meñique si es necesario, a no compadecerse del sufrimiento de su víctima si la causa lo requiere. Esa cualidad que comparten terroristas y contrainsurgentes, ese aprendizaje de la violencia que Tapias jamás logró completar, más atento a medrar en los márgenes, delegando el trabajo sucio, devorando garbanzos y gozando en largas sobremesas de pacharán y alguna raya de cocaína.

—No me pegues más, por favor, Lombardi, no jodas, me vas a inutilizar el dedo.

—Decime. Ya.

—Montamos una cadena, el viejo iba pasando de una mano a otra y al final acabó en el piso de un boxeador o algo así. Longares lo conoce, fue él quien lo llevó allí, en Vallecas o Villaverde o yo qué sé.

—Algo más concreto, Tapias, necesito algo más concreto.

—Pero es que no sé más...

Ulises Lombardi amenaza con la culata el dedo aniquilado que Tapias trata de resguardar y recibe pronta respuesta:

—Huerta del Convento, 5. Esa es la dirección. Eso me dijeron, no sé si ya lo habrán trasladado. No me des otra vez, Lombardi, de verdad, no seas hijo de puta.

El detective suelta a su presa y un sabor acre en la boca le indica que una eléctrica corriente de mala conciencia le acompañará a lo largo del día, hiriéndole el pensamiento, y que se acordará de la nena que mató en Rosario y de aquel camarada de armas al que disparó en la pierna cuando supo que era informante de la cana y quedó cojo, y de todas las violencias que le pudrieron el alma y le llevaron al Sótano y después a su vida de oficinista y a un olvido imposible. Lorena le

hubiera salvado de tanta vileza, pero ella no estaba. «Sólo la violencia ayuda allí donde la violencia impera», escribió Bertolt Brecht en una de sus frases más ambiguas. Tapias se halla ensimismado en la contemplación de su dedo meñique, reducido a un amasijo informe que provoca pavor.

—Lo siento, Tapias. Creeme que lo siento.

La secretaria masca un llanto entregado a la histeria. El detective se marcha y decide que su próxima visita la hará acompañado de Sara, un freno a sus instintos homicidas.

Buenos Aires, 1970-2020

Lorena o el amor. En la primavera bonaerense, bajo cuya lluvia se sometía toda promesa de eternidad, en la penumbra de los cines, o en el escay rojo de los asientos de las cafeterías a punto de cerrar, un silencio de polvo suspendido en las tapas de los libros en la calle Corrientes, con sus librerías abiertas toda la noche, luz de bares y pizza con cerveza, vinilo con la voz de un hombre que recordaba a Amanda, «la calle mojada, muchos no volvieron, tampoco Manuel»... El comienzo del amor siempre está repleto de asuntos importantes que son muy pequeños, regresando a casa en un amanecer de semáforos o el extraño cielo limpio de una mañana después del aguacero, «tu nombre escrito en una libreta, Lorena, ese nombre y esas letras que tantas veces miraré». Ulises Lombardi esperaba en las escaleras del museo. Olía al verdor de los bosques, fragmentos de esta ciudad odiosa y magnífica que era Buenos Aires allá por 1970. Odiaba y amaba esta ciudad a partes iguales, pero, sobre todo, amaba a Lorena, con todas las fuerzas de una juventud que, por supuesto, se consideraba invencible. Todas las juventudes, una y otra vez, han creído en su invencibilidad. Y han sido derrotadas. Una y otra y otra vez. Lorena o el amor. Ulises Lombardi escribiría un poema con ese título tan obvio, pero qué era enamorarse sino sumirse en la obiedad. Un mecanismo repetido biológicamente durante milenios y que, sin embargo, resultaba nuevo para cada individuo que lo experimentaba. Ella y él. Estaban esperando los compañeros de lucha y llegaban tarde, pasarían a la clandestinidad, la revolución no podía rendirse ni acometer espera alguna. Un, dos, tres Vietnams. Y la Argentina sería un Vietnam que doblegase a los poderes del imperialismo internacional. No obstante, se interpuso el amor entre la revolución y Ulises Lombardi y entre Lorena y la victoria siempre que enunciase Guevara. Maldito amor que tantas víctimas provoca.

—El amor es una construcción moral pequeñoburguesa.

—Ah, pero tan hermosa...

Ambos bromeaban caminando por la calle Florida, les hubiese gustado ver a Borges salir de un café, y lo más que alcanzaron a contemplar fue a un astro del balompié firmando autógrafos; el gentío avanzaba con una monocorde indiferencia de insectos hacia la nada. Lorena o el amor, y la revolución que lo cambiaría todo. La juventud tendría que tratarse clínicamente como una demencia transitoria, un anhelo de cambiar las cosas y el modo en que las cosas nos van

cambiando. Este instante, como una fotografía que detiene el tiempo, fue el momento antes de que todo se torciera. Ulises y Lorena podrían haber tomado la decisión de no acudir a la cita con los camaradas de lucha, casarse, tener hijos, ejercer la medicina y trabajar en la abogacía respectivamente, divorciarse pasado el tiempo, aburrirse también respectivamente de sus respectivos amantes, mudar sus existencias al apacible amarillo del tenis en los *countries*, viviendas vigiladas con piscina, muy lejos del centro, tardes de mate y recordar el pasado, ese vacío al que se suele llamar vida cuando la vida ha recorrido casi todos sus episodios y ya sólo preocupa el color de la orina por si anticipa devastaciones incurables.

Ese instante justo antes de que todo se pudiese.

Ulises Lombardi lo recordaría muchas veces.

Aquella última primavera.

Él y ella besándose en una esquina y desde una ventana el sonido ligero y nocturno de una *bossa nova*, tal vez *La chica de Ipanema* o *Corcovado*, Stan Getz o Jobim.

—Te voy a querer siempre.

—Decís boludeces, Lombardi. Nada es para siempre.

Esa sonrisa malévola y dulcísima a la vez visita la memoria de Ulises Lombardi a menudo. Escucha su voz e intenta regresar a ese lugar de plena felicidad que eran sus besos, las tardes alargadas de la primavera bonaerense, con el agua cayendo en tromba sobre los viandantes, un autobús tomado al azar, en dirección a ninguna parte, refugio perfecto para reír todavía un minuto más, hasta que se detuviese la lluvia y las calles oliesen a limpio y se hiciese un silencio de charcos que pisaban los niños.

Y ella, Lorena, también, a veces, recuerda esa primavera, sentada en un banco del jardín mientras muere la tarde. Ahí reposa su obesidad y su diabetes, la boca de encías ulceradas sin apenas piezas dentales abierta a los mosquitos, la falda sucia, las piernas heridas de varices y malos golpes. Camina mal y lleva bastón. Se pone en pie, ya ha oscurecido, y vuelve a su cuarto, donde tiene escondido en el cajón un alfajor mordido. «Despojito» es como la llaman los cuidadores, con un cariño que contradice lo despectivo del apelativo.

Es primavera y es Buenos Aires en 2020. Y Lorena se acuerda, cuando apagan las luces, de un hombre a quien amó. Pero no recuerda su nombre ni su rostro.

No soy bueno, Sara. Cuidate de mí.

—Nadie es bueno, Uli. Ni tú ni yo ni nadie. Todo el mundo esconde algún tipo de maldad. Algún secreto inconfesable.

—Mis secretos son algo más que inconfesables.

El detective está algo borracho, con la ceniza del cigarrillo derramada sobre la camisa, sentado en el sofá sin color de su domicilio. Al otro lado de la pantalla, borrosa en el cristal del dispositivo que los comunica, Sara lleva el cabello rojo recogido distraídamente, le cae un mechón sobre la cara y se dibuja una tristeza profunda en su mirada. Dos generaciones distantes a quien el azar ha unido en un nudo de enigmas absurdos, un dominó de piezas que desde un pasado remoto han ido cayendo unas sobre otras hasta venir aquí, a Madrid, en 2020, en el año de la plaga.

Sobre la mesa, en casa de Ulises Lombardi, una botella mediada de Johnnie Walker etiqueta negra.

Todo es noche ahí fuera.

—No vamos a salir mejores de esta, Sara. Ni la guerra ni las catástrofes producen ese efecto. Lo saben bien los supervivientes. Quienes sobrevivimos tenemos que cargar toda una vida con un peso insoportable. Tratamos de olvidar, pero no se puede. El olvido resulta un imposible. Y nos volvemos peores. Capaces de casi todo. Si hemos sobrevivido, es porque cometimos alguna traición. Las buenas personas son sacrificadas, la mala gente sobrevive.

—Uli, creo que has bebido más de la cuenta y estás cansado. Ahora lo importante es que vayamos a esa dirección cuanto antes, mañana mismo, a primera hora.

Ulises Lombardi vuelve a llenar su vaso, enciende otro cigarrillo y mancha de humo la imagen. Sara no le ha contado nada sobre la muerte de Sebas o su presunta muerte, ni siquiera tiene la certeza de su fallecimiento porque se fue y lo dejó allí, en su cama de hospital, aguardando turno para recibir en sus venas la combinación letal que le condujese al definitivo alivio.

—Triste, solitario y final.

—¿Cómo?

—Es de una novela de Raymond Chandler. El modo en que se sentía Philip Marlowe al final

del cuento. Triste, solitario y final. Luego Osvaldo Soriano tituló así uno de sus relatos policiacos.

—Vete a la cama, Uli, descansa. Mañana a las diez nos encontramos en esa dirección.

—¿Y qué vamos a hacer con el viejo, Sara? ¿Lo llevamos a la policía? ¿Telefoneamos al boludo que vino a contratarme? No tengo claras las instrucciones. Qué más da. Tenés razón, lo mejor es dormir. ¿Sabés? Tengo sueños intensos en este confinamiento, vivísimos, diferentes.

—Dicen que es un mecanismo psicológico de respuesta a la angustia. Que sucede también en las guerras.

—Cuando de joven estuve detenido, allá en la Argentina, tuve un sueño persistente, obsesivo.

—¿Qué soñabas?

—Con el mar. Siempre con el mar. Una mujer entrando al mar, en una playa sin nadie, bajo un sol tremendo, calcinante. Ella de espaldas. Corro para salvarla, sé que va a ahogarse si sigue entrando al agua. Pero nunca llego, las olas me empujan hacia la orilla. Nunca consigo ver el rostro de aquella mujer. Jamás volví a tener ese sueño.

—Descansa, Ulises, mañana nos veremos en esa dirección, llevaremos al viejo a un lugar seguro y lo entregaremos. Y todo se habrá acabado.

—Nada acaba nunca, Sara.

Todo es noche ahí fuera.

Cheyene conserva a sus cincuenta y dos años una cabellera distintiva, que a veces adorna con trenzas haciendo gala de un legítimo orgullo de nativo norteamericano, aunque sus raíces provengan de la provincia de Toledo, que es desde donde emigró su abuelo campesino hacia un Madrid de chabolas y calles con barro. Fue en ese barro esencial donde Antonio Gudiel Terrín hundió sus pies para unirse con la madre tierra y con las bandas que asolaron la ciudad en los últimos años 70 y primeros 80 del siglo xx. Cheyene destacó por su larguísima melena, igual que la de los indios de las películas del Oeste que veía infatigablemente en el cine San Diego, sesión continua, *spaghetti westerns* y algún clásico si había suerte. Le gustó mucho *El gran combate*, dirigida por John Ford, cuyo título original era *Cheyenne Autumn*, y narraba la larga derrota del pueblo cheyene. Aunque a Antonio Gudiel Terrín el alias le venía de antes, nadie supo nunca quién se lo puso. Cheyene era Cheyene ya cuando con doce años peleaba en las filas de la banda del Manco y también en los días de pertenencia a la banda del Kung Fu, y la noche en que la policía lo sacó de casa y lo condujo a la comisaría de Entrevías para propinarle la mayor paliza que jamás había recibido y abandonarlo después en un descampado cualquiera. Tenía quince años y ahí quedó con un brazo roto y la nariz partida de mala manera, seña de identidad a la que uniría (consecuencia de una enconada riña callejera) una cicatriz en el lado derecho del rostro que le dibujaron a navaja desde la comisura del labio hasta la oreja. La piel, claro, bruñida como la de Gerónimo o Toro Sentado. Los ojos brillando en un color miel que rebajaba, solamente algunas veces, la extrema dureza de su gesto. Cheyene era una leyenda porque lo había hecho todo y a todo había sobrevivido: robar automóviles en la infancia, atracar farmacias y gasolineras, consumir heroína desaforadamente, pelear a cuchillo, disparar una recortada contra un guardia civil al que dejó en coma (sobrevivió) e, incluso, salir en una película de delincuentes juveniles que Carlos Saura rodó en el barrio. Y, contra todo pronóstico, Cheyene apenas pisó la cárcel. Era un hombre de las Grandes Llanuras, aseguraba, y no hubiera soportado estar encerrado. Así que siempre escapó. Qué parte de realidad y qué parte de invención había en su relato poco importaba. Ya, a estas alturas, Cheyene permanece retirado de la delincuencia o casi, viviendo de una pensión de invalidez y trasegando cafés descafeinados por dos bares concretos de su barrio, uno para por la mañana y otro para por la tarde. Esos establecimientos son sus verdaderos domicilios y no tanto la habitación inmundada donde duerme, en una casa baja que es vestigio arqueológico y almacén de chatarra. Cheyene se ha convertido en un abstemio

empedernido y sólo en Nochevieja toma un licor de hierbas en vaso de tubo y se encomienda a Manítú. Su cabello muy negro no exhibe ninguna cana. Los estragos del tiempo y excesos pretéritos sí se le pintan en el rostro, pero a quién no en el barrio, en los bares donde desde primera hora suena la música de las tragaperras y se desayuna whisky DYC o anís, según. Cheyene, en todo caso, continúa resolviendo algunos problemas. Tiene contactos. Considera la amistad una forma suprema de relación humana y es leal, y espera reciprocidad o su venganza resulta terrible, claro. Por eso Cheyene acude presto a la llamada de José Laguardia, compañero de barra con quien intimó precisamente un fin de año, cuando la excepción del licor de hierbas en vaso de tubo, con hielos, se alargó a unas cuantas líneas de cocaína y la noche fue hermosa, recordando mejores tiempos, los días heroicos en que Cheyene lideró su propia banda, diezmada por el sida y las sobredosis. Duró poco esa gloria suburbial y, sin embargo, qué recuerdos tan felices. Ir por la calle y que te respetaran (o tal vez sólo era temor, ¿y qué importa?). Ser joven aún. Cheyene echaba de menos la juventud y sus hábitos tóxicos del pasado. Sobrevive con problemas de circulación y un dedo del pie necrosado, casi inútil; mala salud de hierro de quien logró abandonar la heroína a las bravas, con fuerza de voluntad y un retiro de un par de meses a una aldea de Ávila, bajo el volcán, escuchando a los espíritus de los antepasados.

Conque acentuando al caminar con prisa su cojera y su melena invencible, y eludiendo pertinentemente los controles policiales, logra llegar Cheyene a donde José Laguardia vive, y este lo recibe febril, tosiente y con apariencia moribunda.

—No te acerques, Cheyene, ponte algo en la boca...

Y Cheyene se coloca un pañuelo que lleva en la cazadora vaquera, un modelo Levi's con piel de borrego en el cuello, muy de ser chaval en los 80, pero es que Cheyene nunca ha transigido con eso de vestirse de persona mayor, así que mantiene total fidelidad al estilo pandillero de su juventud, aunque la juventud se la desmiente el rictus y varios dientes de menos.

—Tranquilo, Jose. Te he traído sopa en tetrabrik y pan, y un chorizo y un plátano. Aquí te lo dejo, en esta bolsa.

José Laguardia es Jose, sin acento, para sus allegados. Sólo en el ring y los gimnasios le acentúan.

—Gracias, Cheyene, pero lo que necesito es que te lleves a este, que me lo guardes.

Cheyene tiene fe en la amistad y en sus reglas, una de las cuales es no hacer preguntas, así que mira al viejo, que a su vez mira a la pared con los ojos vacíos, y asiente con la cabeza.

—Cuídalo. Y llámame dentro de cuatro días para que te diga qué hacer con él si no han ido a buscarlo.

Va a ser complicado compartir cuchitril en la chatarrería con este ser cuya longevidad le confiere un aire santo y, a la vez, desprende el hedor nauseabundo de una piel envejecida que no se ha lavado en muchos días. Cheyene lo lavará en cuanto llegue, desinfectará a este barbudo que

ni siente ni padece, que viste con el descuido de quien se deja arrastrar. Le recuerda a su madre en los últimos días de vida que tuvo, Cheyene la cuidó y cambió sus pañales, apretando los dientes, desenganchado de la droga y tramitando su pensión de invalidez para ser una persona decente. Lo consiguió, aunque añoraba las noches de fogata y camaradería, la adrenalina de los golpes a gasolineras, el modo en que disparó a aquel guardia civil y escapó sin nunca rendir cuentas por ese hecho. Jamás alardeó de haber derramado la sangre de sus perseguidores. Eso eran cosas que los hombres no hacían, según el credo de Cheyene. Sus particulares mandatos incluían odiar a la policía, pero respetar a quienes, desde el lado de la ley, se enfrentaban con su banda sin trampas, luchando limpiamente. A quien caía en esa pugna entre guerreros le guardaba en su corazón y oraba a los espíritus para que le cuidasen al otro lado. Porque Cheyene es un místico heterodoxo que ha creado su propio sistema de creencias.

—Cuídate, Jose, no te mueras, anda.

Con esa frase Cheyene se despide de su amigo. Después baja las escaleras acompañado del viejo y cruza los dedos para que la policía no los detenga en su camino.

En algún lugar de Texas, marzo de 2020

Mi nombre es Elisa y soy un pequeño detalle en una historia cuya dimensión desconozco. Papá era mayor cuando me tuvo. Apenas conocí a mi madre. Sé (lo he sabido siempre) que papá no fue una buena persona. Conmigo sí, pero no con el resto de la humanidad. Trató de ocultármelo, pero los ojos de una niña lo ven todo. Él viajaba mucho, estaba poco en casa, yo he crecido entre cuidadoras, caros colegios donde estaba interna, el sol de la Florida tostándome las manos, morenas porque mamá (creo) tenía ancestros de más abajo del Río Grande. Desconozco muchas cosas sobre mis orígenes, pero tampoco importa. Papá me quiso mucho. A su manera. Desaparecía. Semanas. Meses. Y yo sabía que él siempre iba a volver. Y regresaba. Quizá por eso no intenté buscarlo, tal y como me pidió, cuando su rastro se desvaneció en España, hace ya tres años. O quizá, simplemente, decidí pasar página. Seguí con mi vida en Tampa, con mis clases de yoga, mi pintura, mis cenas con amigas cada viernes. Mi hija estudia en la universidad y la echo de menos. ¿Qué hizo papá a lo largo de su vida? ¿Qué pecados o crímenes cometió? Mi convicción siempre fue que eso no me incumbía. ¿Derramó sangre? ¿Hizo sufrir? Yo sólo sé que me llevaba de la mano al hipódromo y pasábamos tardes en la playa y me compraba perritos calientes. No he indagado nunca sobre mi padre y sus negocios. Yo heredé algunos y los gestioné como pude, desde cierta distancia. Preferí mi yoga, mi pintura y mis amores, uno de los cuales me dejó como precioso legado a mi hija. Él se mató en un accidente de motocicleta y yo tuve que criar a mi hija en solitario. La vida hay que tomarla como viene. Y luego, pasados los años, ya cuando la existencia parece encarrilada, o más bien en vía muerta, en ese apacible retiro entre la maleza de los días iguales, recibes una llamada del otro lado del océano y te dicen que huyas, que alguien del pasado va a perseguirte. Y que contrates un detective. Y, más tarde, ese enigmático alguien del pasado te hace llegar al correo electrónico el mensaje de que ha capturado a tu papá y que le matará, y exige un documento con nombres del cual no sé absolutamente nada. Como en una película sin explicación. Mi vida nunca fue de película. Hasta ahora. Estoy refugiada en este rancho de Texas que compró mi padre por si alguna vez vivíamos una situación así. Me previno en más de una ocasión. Podía ocurrir. Su peligrosa biografía (así lo explicaba él) incluía cuentas pendientes. De hecho, este último desplazamiento a España de papá, tan absurdo teniendo en cuenta su edad y sus problemas de salud, fue motivado por una cuenta pendiente.

Visitar una tumba. Antes de irse, mi padre me hizo la única confesión de su vida: muchos años atrás había matado a un hombre y no quería morir sin visitarle en el cementerio. Iría a Madrid y después en tren a Barcelona, donde reposaban los restos de aquel desconocido. ¿Por qué?, le pregunté. Se encogió de hombros, acarició mi rostro con su mano grande y áspera, sonrió con esa mínima sonrisa de papá, tan tierna para mí pero que asustaba a mis amigas cuando yo era niña. Interpreté aquella conversación como una despedida final y no quise saber qué le había sucedido en España. Y, a la vez, confié a diario en su regreso. Porque papá siempre regresó. Luego tuvimos que venir aquí, a refugiarnos. No se está tan mal. Mi hija Ariana está conmigo, en este confinamiento que tiene un relajado clima vacacional, a modo de reencuentro entre madre e hija. Ajena ella, mi pobre niña, a los turbios asuntos de su abuelo. Recibí la llamada telefónica de papá ordenándome la huida, y luego fue el silencio y el miedo por lo que podrían hacernos a Ariana y a mí. Telefoneé a Andrés, en Madrid, con quien hicimos algunos tratos hace tiempo, servicial siempre a cambio de una buena cantidad de dólares. No nos falta el dinero, gracias a Dios, y Andrés contrató a ese investigador argentino y han pasado los días y nada sabemos sobre cómo avanzan sus pesquisas. Diré la verdad. No busqué a papá durante estos cuatro últimos años de ausencia porque supuse que había sido su adiós definitivo; porque vivía tranquila y Ariana estaba en paz, llevando una existencia ordenada, sin esa sorpresa final que siempre temí y sospeché que llegaría. Como si toda la felicidad que se nos concedió fuese un préstamo que hubiese vencido. ¿Quién querría perseguirnos y por qué? Cae la noche en este rincón de América. Las nubes se deslizan hacia la nada por un cielo rosado que, en breve, se adornará de frío con las primeras estrellas. Me golpea un sentimiento de duelo anticipado. ¿Dónde estás, papá? ¿Qué será de tu hija y de tu nieta? ¿Cómo te recordaremos? Quizá fuiste un criminal, allí en Barcelona, donde te prohibiste (y nos prohibiste) regresar. Pero han pasado muchos años. Y nos amaste, papá. Había amor en cada cuento que leías por la noche a Ariana y en las bromas sobre mi nariz respingona y en todo ese lenguaje secreto que construimos como padre e hija con cada uno de tus regresos. Mi nombre es Elisa y soy un pequeño detalle en una historia cuya dimensión desconozco. Sé que volverás, papá. Resulta absolutamente fuera de toda lógica confiar en ello pero así es. No tiene sentido, lo sé. ¿Cómo va a regresar a casa un hombre de cien años atravesando un planeta asolado por la plaga? Sin embargo, sé que volverás, padre. Cae la noche en este rincón de América».

Lorenzo Luna y Bauer se miran despacio y conversan. El argentino aprecia la buena disposición de este compañero de viaje para realizar tareas no gratas y de difícil encaje con la legalidad vigente. También pertenece a su espectro ideológico y criminal, aunque, por otra parte, apesta (piensa Bauer) a advenedizo. Es el hijo del chófer que se ha encaramado a la clase alta para hacer carrera y la clase alta le sigue obligando a entrar por la puerta de servicio a sus hogares. Es un matón que soluciona problemas. Un matón bien peinado, eso sí.

—A ese compatriota tuyo hay que darle una lección. Cuanto antes. Es un hijo de la grandísima puta. Y con la edad que tiene. Le metió a uno de los chicos de Tapias un espray antiviolación por la garganta y por poco no lo cuenta. Y al pobre Tapias le ha dejado sin un dedo. Pero ¿de dónde coño sale ese tío? Yo lo conocía de hace tiempo, por un buen amigo y socio, el Legionario le llamaban... Pero ¿tú sabes bien quién es este Ulises de los cojones?

—Lo conozco. ¿Bien? No tanto. Tenemos un nexo muy fuerte que viene de muy atrás. Una historia rara.

—Si tengo ocasión, le voy a ajustar las cuentas.

—Y, bueno..., esperá, en todo caso, creo que ya casi está al caer...

—¿Y el viejo? ¿Qué hacemos con él?

—Creo que con la situación actual, deshacernos del Gallego va a ser fácil. ¿No? En cualquier caso, necesitamos la absoluta convicción de que no ha pasado ningún dato sensible a su hija o a cualquier otra persona. Por eso lo capturamos.

—Lo que me cuentan es que ese vejestorio está para el arrastre. Tiene la cabeza totalmente ida. O envió esos datos antes de que se le licuara el cerebro o no hay que preocuparse.

—Siempre hay que preocuparse, Luna.

Lorenzo Luna no aguanta las lecciones de este tipo llegado de Argentina. Cambia de tema.

—¿Sabes que al viejo lo metió en la residencia en la que estaba uno de mis socios de la «policía patriótica»? Qué cosas. Fue a recogerlo al aeropuerto, por aquello de los antiguos tratos habidos, y resulta que al vejestorio se le fundió el cerebro de camino al hotel. Lo llevaron al médico y, al final, lo aparcaron en el asilo de beneficencia ese de donde lo sacamos. Un acto de piedad absurdo, pero como salía gratis y el viejo había hecho buenos favores... Nos olvidamos de él y, mira, al final nos jodió.

Almuerzan Lorenzo Luna y Bauer en un soleado salón y entra la criada filipina con embozo y

cofia, clasismo de la vieja escuela e higiene pandémica en alegre combinación. Aunque Lorenzo Luna afirme no creer en este virus, ha ordenado que quien le sirve los platos y le cocina se tape la boca. Por si acaso. También ha establecido Lorenzo Luna, a la hora de colocar los servicios en la mesa, una generosa separación física entre el argentino y él. Bauer considera incomedible esta carne cruda que le han puesto. ¿Cuándo aprenderán a hacer un bife estos gallegos?

—¿Le matamos o no le matamos? Es una decisión grave.

—Pero, por favor, Luna..., ese lenguaje..., matar, qué horrible, qué vulgaridad.

Lorenzo Luna crisper su gesto y deja el filete sangrante reposar en paz dentro de su plato, medita si contestar y atenúa la furia pensando que, en realidad, no sabe casi nada de este argentino aparecido de ninguna parte, amigo de un amigo de Miami, asilado en casa de un venezolano rico, y los venezolanos ricos son tan amigos, todos, con sus fortunas disponibles y su paroxismo anticomunista que amplían a toda forma de izquierdismo o socialdemocracia, tanto da. Así que Lorenzo Luna decide callar y meterse otro trozo de carne en la boca. Se acuerda de la chica pelirroja que iba con Ulises Lombardi y pregunta por ella.

—No tengo absolutamente ningún conocimiento sobre esa muchacha —responde Bauer.

—Pues si hay ocasión de atrapar a la parejita, te pido como favor que me dejes a esa zorra, que quiero explicarle un par de cosas.

Definitivamente el almuerzo se ha torcido. Bauer no soporta las zafiedades, el tono bronco de los matones que alardean e insultan a destiempo. Definitivamente, Lorenzo Luna no tiene clase ninguna. Bauer se excusa y camina hasta su alojamiento a beber whisky y a esperar un desenlace cada vez más próximo.

No hay nadie. Otra vez. «No puede ser», se dice Ulises Lombardi, con la cabeza un poco demasiado cargada por el Johnnie Walker etiqueta negra de la otra noche. Han forzado la puerta de aquel domicilio, una dirección cercana a la casa de Longares, el mismo barrio y la misma miseria, el lugar que les indicó Tapias, y lo que quedan son sábanas sucias, cucarachas y un envase de sopa vacío tirado en el piso. Ulises Lombardi inspecciona y Sara busca también algo, un dato, una pista, ese motor de la acción que haga avanzar la trama detectivesca. No pueden pasarse los días machacando dedos y conduciéndose por rincones vacíos de la ciudad. Sara observa este paisaje de cuartos desolados, hay cabellos canos en un colchón manchado y, enfrente, un camastro que hiede a fiebre y esputos.

Y al abrir una puerta, la conmoción de hallar inesperadamente el cadáver de una anciana que dirige su vista ciega al techo, lleva gafas y tiene la boca abierta, reposa en la bañera discurriendo hacia el estado de putrefacción. Sara da la voz de alarma y Ulises Lombardi se asoma al aseo y se queda perplejo.

—¿Qué locura es esta?

Sara siente ganas de vomitar, pero más por el intenso olor que por la visión de un cadáver que no le inquieta demasiado. El cuerpo inerte sobre el alicatado verde del baño y una luz que parpadea sobre el espejo, como en las pesadillas. Todo es raro pero a la vez común, igual que en las series o en el cine de terror al que ella es aficionada, y sin embargo, ciertos detalles vinculan esta imagen a lo real: las medias tupidas de la muerta, la lengua que asoma de la boca, como en una burla rara.

Y entonces suena el teléfono.

Porque en esta vivienda hay un teléfono de apariencia antediluviana pero útil y en perfecto estado técnico. Alguien está requiriendo una comunicación con este domicilio, y es Ulises Lombardi quien descuelga y escucha:

—Buenos días, llamamos del hospital, tenemos aquí a don Carlos Longares y queríamos hablar con don José Laguardia, el señor Longares tiene un mensaje urgente para él y ha insistido en que le llamemos para dárselo.

La vida, al otro lado de la ventana, pudiera parecer normal si se atendiese sólo a los pájaros y las lagartijas, que han recuperado todo su lugar en los árboles y las aceras, aunque echan de menos los residuos humanos que tanto les engordan. La ciudad permanece encerrada, mirando

pantallas, ensimismada en sus temores, o ya cultivando un hastío que llevará, en unos meses, a decidir que todo ha concluido y que quien tenga que morir por el virus que muera. Ulises Lombardi y Sara obtienen una información valiosa dictada telefónicamente por una voz con bata blanca. Luego salen a la calle, y avisan del hallazgo de un cadáver al 112, una muerte más en una ciudad de un millón de cadáveres, igual que escribió un poeta en otros tiempos oscuros. El detective y la joven pelirroja fuman, apoyados en un muro, y observan detenidamente el color amarillo de una flor que ha nacido en la grieta de una pared y que desafía al declinante universo con su brillo.

Managua, enero de 1980

Querido Ulises, añorado camarada de armas, te escribo con la intención declarada de reclutarte para esta nueva causa que se libra aquí en Nicaragua. No pocos son los antiguos compañeros de lucha que se han unido a esta revolución rojinegra que se libra en las calles y las junglas de este país. Y resulta grata, además, la sensación de ganar. Después de tanta derrota.

Me dijeron que te fuiste a Madrid, así que nunca sabré si estas líneas llegarán a tus manos.

Quería, en cualquier caso, intentarlo.

Me dijeron lo de Lorena.

Olvidá, Ulises. Tratá de olvidar. Cargá el arma de nuevo y abrí fuego, trasladá hasta esta selva tu venganza, seguí peleando y que la tristeza no te detenga.

Algún día venceremos.

Van a pagar los malvados.

Y que no te convenzan de tus culpas. Sí, derramamos sangre inocente quizá, hubo equivocaciones, pero la razón estaba de nuestro lado.

Estamos del lado correcto de la historia.

Jamás lo voy a dudar.

Te recuerdo tras aquella pelea del batallón de arsenales, con tanto disparo de un lado y del otro, el día en que cayeron Luis y Nino. Y vos, cuando estábamos ya a salvo y llegó el silencio, todavía lanzaste una última bala contra una comisaría, desde el auto, alborotando a los perros en aquel barrio, riéndote como si fuera todo una broma. No había pasado aún lo de Rosario, que fue terrible. Pero ¿quién no ha propiciado algún hecho terrible en esta batalla sin final? ¿Y qué puede compararse a lo que nos hicieron ellos? Yo pude escapar. Pero sé de las torturas y el infierno que viviste. Y da igual si hablaste en algún interrogatorio. No hay ser humano que resista la tortura. Nadie. Por mucho que digan. Y quien la resiste queda roto igual.

Ulises, venite acá, tomá un vuelo desde Madrid, podemos pagártelo, volvé con los compas, esta vez sí toca la victoria, quizás obtengamos como premio una chacra en la que hacer asados los días feriados. Eras muy bueno con los asados, rugbier.

Estar lejos de donde uno nació resulta duro, ¿verdad? En el fondo, aunque nuestra patria sea la humanidad (como dice el himno), la verdad última es que somos de donde fuimos niños. Se extraña el barrio y los sabores, que son distintos en cuanto dejás tu lugar. Por mucho que quieras no resulta igual ese bife... Si hasta extraño el fernet, ese jarabe para viejos. Le gustaba mucho a mi abuelo, ¿te dije?

Y, bueno, ¿qué más contarte? Que Adela no apareció más, que a Carlos y Diana los cazaron en Brasil, que Ricardo cayó en Morón de un tiro por la espalda, que nadie sabe nada de Alberto, y que al viejo de Elías lo torturaron hasta que le dio un paro cardiaco.

Pero en medio de tanto horror, Ulises, hay que mirar hacia donde está la esperanza.

Venite acá.

Vení a luchar a Nicaragua.

Aquí venceremos.

Todo será diferente.

Un abrazo largo de tu camarada

Julio Moyano

Longares está muriéndose en una cama de hospital, persiguiendo una última bocanada de oxígeno para no asfixiarse. En IFEMA, hospital de campaña en un Madrid sitiado por la plaga. Sara está a los pies de su lecho, de nuevo infiltrándose en un lugar de riesgo, confiada en que su sistema inmune burlará al demonio del virus.

—Longares, ¿me oyes?

El escritor sin suerte mueve la cabeza desde detrás de su antifaz de tubos, aunque Sara ya observa que ninguna palabra podrá proferir este hombre al borde del colapso. No obstante, Longares se agita nervioso, quiere trasladar algún tipo de información a su visitante, señala con un dedo hacia una silla sobre la cual reposan unos cuantos libros. Longares fue a IFEMA e ironizó, al traspasar el umbral de este hangar inmenso, con su destino, «venir a morir a una feria», se dijo, y trajo algo de lectura. Menuda ocurrencia, o tal vez no sea tan mala, los libros acompañan cuando la soledad arrecia; tal vez morir después de haber leído una última página es un consuelo posible.

Sara toma en sus manos los volúmenes, polvorientos ejemplares adquiridos en la Cuesta de Moyano, biblioteca de los libros perdidos apoyada en la pared del Jardín Botánico, puestos repletos de hojas amarillas que fueron *best sellers* y ahora se venden a un euro la pieza, con una dedicatoria amorosa o un viejo billete de autobús en su interior. En el caso de Longares, la selección de lecturas está compuesta por *Los comediantes*, de Graham Greene; *Acqua alta*, de Donna Leon, y *Una extraña sirvienta*, novelita de Simenon con el inspector Maigret silueteado en la tapa. Textos con los que consolarse en la agonía. Longares sigue apuntando con el dedo e intenta transmitir, en un estertor agitado, un mensaje en clave dirigido a Sara. Su cuerpo se agita, cae un vaso al suelo y un enfermero acude solícito y pide a Sara, por favor, que se marche.

Sara asiente con la cabeza y dirige sus pasos hacia la salida, mirando atrás apenas un momento. No hay nada más que pueda hacer aquí. Se detiene a unos metros de Longares y le dedica (sin saber muy bien por qué) un gesto de despedida.

Resulta absurdo o desconcertante contemplar a Sara, bajo la escafandra, visitando el país de la plaga, parada con la mano en alto entre consecutivas camas de enfermos, diciendo adiós como en una estación de ferrocarril de la que partiera un tren desconocido.

¿Puede distinguir aquel escritor y delincuente moribundo a esa mujer joven que le despide para siempre?

Sí, bajo la perforación de tubos que alivian la asfixia, Longares capta el gesto, rinde él mismo una despedida con la mano, y en sus ojos se lee algo parecido al agradecimiento. Sara juraría que es una sonrisa lo que se lee en el rostro moribundo del literato al distinguir cómo aquella chica pelirroja lleva bajo el brazo los tres libros que fueron su última lectura.

Teodulfo Iglesias supo de los recién nacidos que desde El Sótano se vendían a familias adineradas. Decidió que ese sería el objeto de su acto de redención. No porque fuese lo peor que, en su largo peregrinar por escenarios del crimen, hubiera visto. Sí, vender recién nacidos robados a mujeres torturadas era un trato abyecto, pero igual que tantos otros tratos que él había presenciado a lo largo de sus muchos años en el lumpen de esas actividades subterráneas donde convergían presuntos patriotas con personajes cuya violencia les colocaba en el territorio de la psicopatía. Fue su mundo durante mucho tiempo.

El Gallego elaboró una lista detallada, aunque no exhaustiva, e incluyó a aquella mujer cuyo cuerpo desnudo y martirizado aterrizó a Bauer en los pasillos del Sótano y a quien, según supo, el torturador jamás se atrevió a liquidar. ¿Por qué aquel individuo sin entrañas quiso preservar la existencia de esa mujer perturbadora? ¿Por qué Teodulfo Iglesias, asesino y camarada de asesinos, se arrepintió un día de sus crímenes y quiso hacer algo que resarciese a las innumerables víctimas?

No todo tiene explicación y ya sabemos que se escribe literatura para explicar, pero, a veces (sólo a veces), el ser humano comete acciones improbables impulsado por una necesidad absolutamente imposible de racionalizar. Somos malvados como especie igual que somos excepcionales, y matamos con la misma ligereza que salvamos una vida.

Teodulfo Iglesias, en cierta ocasión, salvó una vida.

Fue en El Salvador.

Se trató de un «poeta maricón» al que un escuadrón de la muerte secuestró y llevó a su casa para esconderlo hasta que pudieran trasladarlo a otro lugar seguro para torturarlo y terminar asesinandolo. ¿Por qué torturarlo? ¿Por qué no liquidarlo directamente, sin prólogo alguno? Más preguntas sin respuesta. Aquellos tipos eran así. Brutales. Camaradas de Teodulfo Iglesias. Amigos, podría decirse. Compañeros de farra, asiduos visitantes de burdeles. Con ellos había pasado noches inolvidables, hermosas, pura vida (como dicen los ticos), ron, mujeres y estrellas en el humo de una azotea, con algún disparo de celebración. Jamás cuestionó Teodulfo Iglesias, por aquellos días, la metodología criminal de sus nuevas amistades salvadoreñas. Él aterrizó en ese país que se suicidaba en una prolongada guerra civil y le pusieron en contacto con esa gente, y esa gente fue la suya durante el tiempo que permaneció en El Salvador. Teodulfo Iglesias odiaba a los comunistas hasta el punto de justificar su aniquilación, así que vivía y dejaba morir.

Incluso participó en algunas acciones de castigo. De modo muy episódico. Ya por entonces había brillado su faceta de organizador, su fiabilidad para asuntos de dinero, recados y confidenciales manejos que no acarrearán sangre. Pero ahí estaba. En medio de una vorágine cruenta, contribuyendo al asesinato del prójimo y, a la vez, feliz, casi enamorado de Gioconda, una costarricense con quien, a veces, se escapaba a una fabulosa playa del Pacífico.

—Te vamos a traer a un poeta maricón y nos lo escondes. —Eso fue lo que le dijeron.

Y, efectivamente, una noche apareció en el salón de su casa un hombre maduro, bigotudo, calvo, pequeño y maniatado, con un ojo casi perdido por los golpes. Ninguna apariencia heroica podía caber en esa figura minúscula, descansando en el suelo, con la camisa abierta y rota y los pantalones ensuciados por la violencia. Y, sin embargo, aquel guiñapo ensangrentado mantenía la dignidad, se negaba a implorar, inquietaba su indiferencia, una fortaleza interior que se percibía en la actitud acechante, como si pudiera vengarse en cualquier momento, sólo con guardar silencio. Respiraba fuerte, fatigosamente, y su sudor exhalaba un aroma a perfume intenso. Teodulfo Iglesias estuvo observándolo un buen rato, sin decir nada, mientras aguardaba a que volviesen a por él, seguramente al amanecer. De modo repentino, sin saber por qué, sintió repugnancia por su papel de captor. No quiso ser cómplice en la aniquilación de este ser humano que yacía en el piso de su domicilio. Cortó las cuerdas que le ataban, lo sacó a la calle y le ordenó que corriese, que se marchase lo más rápido posible de allí. Y la víctima liberada se perdió en la noche, entre los ladridos de los perros y una música de palmeras agitadas y motores encendidos en la lejanía.

Teodulfo Iglesias supo perfectamente que aquello le podía costar caro. No hubiera sido raro que sus amigos hubiesen regresado encendidos por el ron y las ansias de matar y hubiesen cambiado un cadáver por otro. El del «poeta maricón» por el suyo. Tanto daba. Sin embargo, una vez tomó la decisión, no pudo frenarle cálculo alguno. Estuvo convencido de hacerlo y lo hizo. A veces actuamos contra toda lógica. Algo nos empuja a ello.

Teodulfo Iglesias salió indemne por el mismo azar que obliga a otros a morir sin ninguna lógica.

—Escapó. —Esa fue su escueta explicación.

Y a sus amigos, fraternales asesinos, pareció darles exactamente igual e, incluso, quizá les produjo cierto alivio, ya que en apenas unas horas tenían otra misión mucho más compleja, más arriesgada y de mayor mérito. Eliminar a un puñado de sacerdotes comunistas que hacían propaganda desde la universidad. Jesuitas marxistas. Guerrilleros camuflados. Teodulfo Iglesias colaboró lealmente en esa operación y fue cómplice de una masacre que conmocionó a América Latina.

El poeta a quien liberó fue asesinado días después por otro comando, mientras trataba de huir del país. Cayó bajo las balas con un billete de avión en la mano.

Pasaron los años y otros muchos crímenes se añadieron a su historial. Y, sin embargo, igual que arrebató una vida con sus propias manos, Teodulfo Iglesias podía decir que salvó otra. Aunque ello no le alivió jamás. Ni siquiera le concedió importancia nunca. Ni siquiera tuvo que ver con su decisión de utilizar ese listado de niñas y niños robados. La vida es compleja. Hasta los monstruos dan besos de buenas noches a sus hijos y les desean felices sueños. Hasta un monstruo como el Gallego fue capaz de salvar una vida.

Que diga a Tapias que tiene la lista con los nombres y que eso vale un dinero. Ese es el mensaje. Se lo leo tal cual lo escribió este pobre hombre, que ya casi está en manos del Señor, permítame la franqueza.

Ese fue el mensaje que recibieron Ulises y Sara en casa de José Laguardia. La voz a través del teléfono era de una religiosa, que además proporcionó el nombre del hospital desde donde llamaba. Esa llamada telefónica es la que permite a Ulises Lombardi continuar adelante con la investigación y le anima a hablar con Tapias de nuevo, aunque, la verdad, duda de cómo afrontar ese reencuentro después del ataque de furia anterior y esos huesos de la mano que a buen seguro quebró. «Sólo la violencia ayuda allí donde la violencia impera», Bertolt Brecht. Y el mundo pereciendo en esta virulenta plaga. Ulises Lombardi baja las escaleras, dirige sus pasos al subte, aunque no es el subte bonaerense sino el metro madrileño, con su pulcritud tan sorprendente. Madrid tiene buenos servicios públicos, hay que admitirlo. No todo va a ser mugre. Lo era, un poco, cuando Ulises Lombardi llegó a la ciudad. Pero ha pasado ya mucho tiempo.

Sale de la boca del metro a una calle lujosa de la ciudad y mientras desde una ventana se escuchan aplausos tímidos, el leve aplauso de una mujer y dos niñas asustadas, atruena el sonido de golpes con cacharros de cocina y gritos iracundos que hacen temblar el aire de la tarde, extrañamente limpio, sin la polución cotidiana de otros tiempos. Mira a quienes exhiben su furia desde los balcones y le parecen vecinos suyos de Recoleta, cuando era un joven estudiante de Medicina que decidió repudiar a su clase social y lanzarse a matar por una buena causa. ¿Existe alguna buena causa para el asesinato? Arrepentirse cuenta, desde luego, pero resulta difícil el perdón, perdonarse a uno mismo, haber sacrificado tantas cosas.

Ulises Lombardi quiere comprobar si Tapias sigue yendo a su despacho. Es tarde, una hora idiota de aplausos y alaridos en este tiempo de confinamiento, pero un detective también actúa cuando se le ocurre, sin milimetrarlo todo, no es Ulises Lombardi un hombre de método. Por eso ha ido al subte y se dirige a la puerta de su oficina, y observa si hay movimiento, si alguien sale o entra. Y (buena suerte) Tapias sale, con el brazo en cabestrillo, lastimado aún, por supuesto. Ulises Lombardi lo aborda en la misma puerta de un aparcamiento en el que se dispone a entrar, donde se subirá a un auto y se largará a su residencia en las afueras.

—Tapias, amigo.

—Hijo de la grandísima puta, ¿qué coño quieres? Te voy a matar, cabrón, ni te acerques.

—Ok, no me acerco. Siento lo del otro día. ¿Qué es la lista que buscan, qué son esos nombres?

—Pero ¿de qué coño me hablas? Yo qué sé. Mierdas de Luna y su amigo argentino o colombiano o venezolano o lo que hostias sea. El viejo tiene una lista, pero el puto viejo tiene la cabeza ida y no dice ni Pamplona. Esta historia es todo un absurdo desde que empezó, yo no sé por qué el gilipollas de Luna se ha metido en este follón, supongo que por pagar favores y por la política y toda esa gilipollez. Luna ha sido facha siempre, pero ahora se lleva sobreactuar. Le va a salir mal la jugada. A mí ya me ha costado el dedo meñique, pero te aseguro, sudaca, que me las vas a pagar.

—Ya me disculpé, Tapias, no puedo hacer más. Pero algún detalle más habrás oído sobre ese papel, esa lista, lo que sea.

—No sé, que son nombres de niños y el de una loca. Al parecer, el soplo lo dio un periodista argentino al que el viejo llamó para contarle que tenía nombres de niños robados o algo así. No sé más, de verdad. Eso es todo lo que me dijo Luna. Y déjame ahora mismo en paz. Si llego a llevar el hierro encima, te juro que te meto un balazo en la tripa, cabrón.

El ruido de protesta, las consignas contra el Gobierno, el diapasón minúsculo de los insignificantes aplausos, borrados por la iracundia circundante, como un escenario de locura en el que Ulises Lombardi y Tapias conversan desafiándose. Al fin, Tapias se zafa de su interrogador y baja las escaleras que llevan al aparcamiento subterráneo, y a modo de despedida grita:

—El nombre de la loca es Lorena, por cierto. Se lo comentó alguien a Luna, no sé quién. Y no sé por qué cojones te lo cuento, sudaca de mierda. Que sea la última vez que te veo en mi puta vida.

Ulises Lombardi se queda parado en la acera y es como si el mundo se hubiera congelado, como si se detuviera el ruido, como si todo comenzase de nuevo, pero en forma de pesadilla horrible que jamás va a terminar.

Suena desde un balcón el himno nacional de España.

Ciudad de México, 31 de diciembre de 1999

Querido Ulises, nos han vuelto a derrotar. Y, bueno, qué hacer, como escribiría Lenin, aunque ese nombre haya caído al basurero de la historia. Que no nos venza la melancolía, siempre podemos recurrir como alivio del alma a la poción mágica llamada Johnnie Walker etiqueta negra, brebaje que, espero, siga siendo de tu predilección. Perder las buenas costumbres étlicas es inequívoco signo de senectud, y no nos queremos viejos aún, aguantemos, camarada.

Hiciste bien en quedarte en Madrid. Y en no responder mis cartas. Yo sigo escribiéndote porque es una manera de dialogar con mi pasado, de contarle mis penas y alegrías a alguien que no sé si existe o ya se ha convertido en una sombra pretérita. Ni la dirección a la que envío estos sobres repletos de letras puedo saber si es la correcta. Así es nuestra vida de argentinos errantes por un planeta que "fue y será una porquería, ya lo sé, en el 510 y en el 2000 también". Disculpame la discepolada.

¿Y qué más?

Atento a la noticia: me casé. Con una brava mexicana que hallé en Nicaragua. Viajó de brigadista. Alicia es su nombre. Te hablé de ella en alguna otra carta.

La vida sigue.

Nuestro consuelo de revolucionarios vencidos consiste en la felicidad pequeñoburguesa de los buenos momentos compartidos en la cama con una mujer que amamos, y el mencionado whisky, alguna noche especialmente plácida, y la amistad, claro, aunque la amistad resulta difícil para quien fue apartado de su paisaje de infancia, de su patria, de sus calles, de sus bodegones predilectos. Mi Buenos Aires querido. Algún día volveré, supongo. Ahora ya se puede. Regresó a gobernar la misma manga de farsantes de siempre, pero, al menos, no matan. Sólo afanan. Ya es un avance.

Recaigo, de tarde en tarde, en nostalgias que me devuelven a los paseos por el zoo de Buenos Aires, ¿te acordás? Era un buen lugar para citas clandestinas y la pasábamos bien conversando, mirando la pagoda india o lo que fuese aquella construcción que olía a forraje y excrementos animales. Lorena, tú y yo. Allá, protegiéndonos bajo un árbol del sol luminoso, en la primavera porteña atravesada por el ruido de jungla que generaban aquellos pobres animales salvajes encerrados. Hicimos cosas discutibles, Ulises, manchamos de sangre nuestras manos, pero nos veo a los tres en la lejanía, entre los colores de los guacamayos y la tristeza de los leones enjaulados, alborotando el universo, nosotros tres, riendo y hablando de cine, de libros, preparando un mundo mejor..., nos veo, Ulises, y veo a tres hermosos jóvenes sin pecado alguno. ¿Por qué nos tuvo que golpear la vida así? Podríamos haber tomado otro camino

y quizá, quién sabe, hoy seríamos gobernadores o se nos pudriría el alma en una oficina. ¿Hubiera sido una existencia mejor? Me lo pregunto muchas veces. No sé cómo te irá a vos en Madrid, pero admito que mis aventuras, con toda la pérdida y el dolor que conllevan, satisfacen en parte mi anhelo de no detenerme, de no pensar, de continuar intentándolo. Hasta la victoria siempre. ¿No era esa nuestra frase? Veremos cuánto permanezco aquí, en el DF. Pensé en volar a La Habana, pero me lo desaconsejaron. “Está triste La Habana”, me dijeron. Qué sé yo. A veces, simplemente, quisiera regresar a los inicios, retomar nuestra historia, la tuya, la mía, la de Lorena, justo antes de que nos lanzáramos a este precipicio cuya caída no concluye nunca.

Si vuelvo a Buenos Aires, Ulises, quiero regresar al zoo.

Vení conmigo, camarada Lombardi.

Por los viejos tiempos.

Un abrazo largo de tu camarada

Julio Moyano

Sara fuma (maldita costumbre) y explora el mapa invisible del techo, donde flotan sus preocupaciones en la madera que sustenta la buhardilla y la pintura blanca con sombras. Yuri acaba de marcharse, ha estado a su lado, en la cama, hermosa en su desnudez absolutamente salvaje, porque ningún pudor contiene el cuerpo de esa mujer que cabalga en bicicleta por un Madrid convaleciente de miedo. Han hecho el amor y se han despedido con un beso sin gran contenido amoroso, valga la paradoja. «Búscame al final de la cuarentena». Es la frase que sigue escuchando cada día en su cabeza. Sara fuma (maldita costumbre) y explora el mapa del techo de su buhardilla, con un humo que dibuja trozos de su pasado, cuando era niña y mamá le presentó al Legionario, su tío. Eso le dijo mamá. El tío Santiago. Un hombre gordo y sudoroso que pellizcaba sus mejillas de niña asustada, flaca y con problemas para relacionarse con sus compañeras y compañeros de clase. Ulises no puede imaginar la verdad sobre el Legionario, aunque tal vez sospecha del parentesco inverosímil. Tío y sobrina. Cuando la madre de Sara era devorada por el cáncer en una cama de hospital, surgió inesperadamente la verdad.

—Voy a hablarte de tu padre.

«Pero papá nunca existió», pensó Sara en aquel momento, casi una niña todavía, frágil adolescente a punto de perder a su madre, la única persona que cuidaba de ella. La que se levantaba pronto y tomaba el tren a Fuenlabrada para ir a trabajar para una contrata de limpieza y regresaba a tiempo de recoger del colegio a su nena y cenar ambas, viendo la televisión, en su diminuto hogar de Lavapiés, interior con luz de bombilla durante todo el día. Sara recuerda con amor aquella casa con ruidos de vecindad tempestuosa y sábanas tendidas en la corrala, y don Alberto, el borrachín del tercero, que se quedaba dormido a veces en las escaleras, pero resultaba inofensivo, era un ser bondadoso y siempre regalaba caramelos de menta, que a Sara no le gustaban aunque le alegraban el día porque aquel obsequio era la prueba de que la gente podía portarse bien. En su colegio nadie se portaba bien con ella. «Guarri» era el apodo que le habían puesto las chulas de la clase y los chicos reían la gracia y repetían aquel apelativo en los recreos. Apenas tuvo amistades dignas de tal nombre durante su etapa escolar. En el instituto mejoraron las cosas. Y entonces mamá murió. No sin antes desvelar a Sara que el tío Santiago era, en realidad, su padre.

—Me violó, hija. Esas cosas pasan. Yo no quise denunciarlo. Quise tenerte y es la mejor decisión que he tomado en mi vida.

Sara fuma (maldita costumbre) y recuerda cómo, al oír esa revelación de su madre, se levantó con un dolor en el pecho igual que el que provoca un disparo a bocajarro. Confusa y con lágrimas se marchó a deambular por ese horizonte de alrededor de los hospitales: flores de descampado, edificios a medio construir, terraplenes, gente paseando al perro y un autobús llevándose la pena hacia el centro de la ciudad, con viajeros que tras el cristal tienen cara de espectros.

«Me violó».

¿Cómo se pudo enunciar un hecho tan brutal con tal ausencia de resentimiento? «Pero mamá», Sara fuma (maldita costumbre) y rememora: «Pero mamá era así, tierna cuando debía y tan dura como una roca para ciertos asuntos. Tierna con su hija y abrupta para con el resto de los mortales. Indestructible hasta que el cáncer la destruyó».

—Habíamos bebido bastante, hacía un calor horrible, le invité a casa no sé ni por qué. Jamás me gustó. Gordo como era y gordo como es. Y yo tan flacucha. Igual que tú, hija mía. No hay mucho que contar. A las mujeres nos violan desde que el mundo es mundo. Estábamos tomando el fresco en el balcón, yo por entonces vivía en un último piso de la calle Sombrerete, y se lanzó sobre mí y ya. Se fue y me quedé allí, en el suelo, incapaz de creer lo que me había pasado. Pero me sobrepuse. Soy fuerte. Pensé en denunciarlo. No lo hice. También es verdad que eran otros tiempos. Tampoco sé si hubiera denunciado en estos. Y, poco después, supe que estaba embarazada. De él. Y él se enteró porque teníamos conocidos en común, y vino preocupado y me ofreció dinero y le dije que me dejara en paz. Sin embargo, pasados los años, ante su insistencia, permití que te conociera y que nos ayudase con algo de dinero. Y ahora, cuando yo muera, hija, va a pagarte una mensualidad para que puedas vivir bien. Es lo justo.

Mamá murió. Sara fuma (maldita costumbre) y piensa en cómo nunca pudo descifrar el sentimiento que unía a su madre y al hombre que la había violado. ¿Llegó a perdonarlo? ¿Puede perdonarse una monstruosidad así? Sara, desde luego, fue incapaz de regalar su perdón. Durante años, tras la muerte de su madre, guardó distancia con aquel gordo sudoroso, aunque aceptó su dinero. Tramó su venganza. La llevó a cabo. ¿Lo sospechaba Ulises? A veces estaba convencida de que sí. Conoció a Ulises en el funeral del Legionario. ¿Cómo es posible que aquel violador repugnante tuviese como amigo a alguien como él? Los caminos de la amistad son inescrutables y Sara decidió absolver a Ulises porque al odio hay que fijarle una frontera, no dejar que se extienda, el resentimiento puede ser un fuego que nos acabe consumiendo. Muerto el Legionario concluía un capítulo. Ulises Lombardi le pidió ayuda para alguna de sus investigaciones y comenzó de esa manera una asociación atípica, tan distinta ella de aquel argentino ya mayor y con ceniza de cigarrillo en la pechera del traje y unos ojos azules cuya tristeza impresionaba. Y, sin embargo, Ulises Lombardi seguía sonriendo. Sara fuma (maldita costumbre) y piensa: «Nos esforzamos por sonreír hasta el final de nuestra existencia. Recuerdo a mamá, poco antes de irse

para siempre, sonriendo en la cama del hospital». Se levanta, se coloca un pantalón y una camiseta, y toma el lote de libros que arrebató a Longares en su lecho de muerte y los hojea. Cae de entre las páginas de la novela de Graham Greene un papel con algo escrito a lápiz.

Nombres.

Una lista con nombres anotados a mano, con pésima caligrafía pero perfectamente inteligibles.

Sara sabe que ha encontrado el mapa del tesoro. La carta fundamental para resolver el misterio.

Llaman a la puerta.

Cheyene ha puesto una silla en la acera, al lado de la puerta del almacén de chatarra. Ahí ha sentado al viejo. Le está cortando el cabello y la barba con unas tijeras y luego le va a poner vinagre para quitarle los piojos, porque se rasca y es que, seguramente, ha venido con piojos. Una vez adecentada la cabellera blanca, Cheyene desnuda a su invitado, lo lava con el agua tibia de un cubo y le frota con una esponja. Hace buena tarde, cálida, como si ya fuera verano. Nadie pasa por aquí. La gente está encerrada en sus casas, quienes los vean no dirán nada. Mira enfrente y ahí sigue una casa que retrató un tal Robert Capa, hizo una foto cuando fue bombardeada en la guerra civil y ahí sigue el edificio, albergando a pobres en su seno. Ahora unos de un sindicato quieren proteger el inmueble. A Cheyene, cuando se lo contaron, no se lo podía creer. Esa mierda de casa, ¿bien de interés cultural? Lo que deberían hacer es tirarla y construir viviendas buenas para la pobre gente que vive ahí, en esa vivienda de un solo piso con un pozo que no funciona en medio y diez habitaciones que se alquilan a precios de usura. Cheyene viste con cuidado al viejo, que dormirá en su mismo colchón, en esta casa baja donde se guarda metal y plomo y otros residuos que se acarrean de distintos puntos y aquí acaban descansando para luego ser reutilizados. Chatarra. El noble arte de la chatarra.

—¿Quién es este? —pregunta el tío Antonio con la voz bruñida de tabaco negro.

—Un conocido al que tengo que cuidar. Descuide, tío Antonio, que no hay lío. Tiene la cabeza mal y está así siempre, como ido.

El tío Antonio mira por debajo del sombrero, por encima del bigote, con su habitual gesto de indiferencia. Posee el temple de quien sabe liderar sin necesidad de alzar la voz.

—Van a venir los Gordos esta noche a recoger unas cosicas. Material bueno. Entra hoy y sale mañana. No me des problemas con este.

—Yo cumplo, tío Antonio. Ya lo sabe.

—Eres de confianza, Cheyene, y te queremos. Pero cuidado, ¿eh?

—¿Cómo está su nieto?

Al tío Antonio se le ilumina el rostro y le brilla el diente de oro.

—En la universidad, Cheyene, en la universidad. No veas cómo estudia el tío. ¿Tú te crees? Si me lo dicen hace unos años, no me lo creo. En la universidad. Va a ser ingeniero por lo menos.

—Los tiempos cambian. Las cosas mejoran.

—Algunas cosas mejoran, sí. Otras seguirán siempre igual. Cuídate, Cheyene, ya saben los

Gordos que estarás aquí.

—Hasta luego, tío Antonio. Vaya con Dios.

Y el sol se esconde tras los edificios de enfrente, paisaje de toda una vida para Cheyene, el barrio donde nació y el barrio donde, dentro de muy poco, va a morir.

No ha perdido la práctica. «Torturar es como montar en bicicleta», se dice Bauer. Apesta este cuartucho a los meados y la mierda de José Laguardia, expúgil que aguanta sin dar el nombre, la dirección o alguna pista para encontrar al viejo que estuvo en su casa y ahora está perdido en una ciudad asolada por la plaga, enclaustrada y con miedo, y a la vez enfurecida no se sabe muy bien con quiénes. O sí. A Bauer le da exactamente igual lo que sucede fuera, ahora mismo contempla a Laguardia, a quien ha inmovilizado con cinta adhesiva industrial y a quien, en este preciso instante, amenaza con introducir alfileres en los ojos y, de hecho, clava uno de los alfileres en la cuenca ocular derecha provocando una lesión seguramente irreparable. Aunque tampoco importa. Laguardia no va a salir vivo de aquí. Dos matones de Luna le han traído a este despojo humano (capturado en su domicilio pero sin el viejo) y Bauer se está ocupando de él en el sótano de un gimnasio, uno de los negocios de Luna, que, por supuesto, no iba a ser una librería o una tienda de flores. José Laguardia grita como un animal en el matadero, implora, vuelve a orinarse encima. «¿Cuántas veces se va a orinar este tipo?», se pregunta Bauer, con la adrenalina sacudiéndolo y recordándole los viejos buenos tiempos del Sótano.

—Ya, ya, pará. Decime dónde está el Gallego. ¿Dónde dejaste al viejo? Es sencillo.

Todo el mundo tiene su límite, Bauer lo sabe, y José Laguardia ha llegado al suyo. Y, por supuesto, confiesa y da el nombre de Cheyene e, incluso, facilita una dirección aproximada, «una chatarrería al lado de la iglesia de curas rojos de Entrevías». Y es que Laguardia estuvo una vez, fueron los dos muy borrachos, Cheyene y él, y durmieron la mona un fin de año, hace tanto tiempo.

Bauer sonríe satisfecho y, en la penumbra del cuarto, su dentadura de perfil demente perfora los límites del miedo. José Laguardia sabe que va a morir. No morirá por el virus, sino que le va a matar un monstruo con acento sudamericano a quien no había visto nunca hasta que se le apareció en este subterráneo. «Qué rara es la vida», se dice, y luego siente el filo de un cuchillo de grandes dimensiones atravesándolo hasta desangrarlo, y Bauer traza una mueca indiferente mientras acomete varias veces la acción de asesinar, como quien trincha un pavo para la cena.

«Todo cuadra ahora», se dice Bauer, manchado de sangre y saliendo del cuartucho, provocando un impacto de alto voltaje en los esbirros de Luna, matones de tres al cuarto, incapaces de hacer las cosas bien, entrenados para dar palizas, pero sin pelotas para zanjar los asuntos verdaderamente.

—Tiren el cuerpo a algún vertedero. Con cuidado de que no los vean. O déjenlo en mitad de la calle pero lejos. Lo mismo da. Nadie va a llorar a este saco de mierda. Y que nadie abra la boca o va a acabar del mismo modo que esta piltrafa —ordena Bauer como si todavía estuviese en El Sótano.

Todo cuadra ahora, ya pueden ir a por el Gallego y, de paso, ajustar cuentas con Ulises Lombardi y, por mero capricho, se traerán a esa pelirroja con quien Luna quiere intimar. Son demasiados crímenes sumados quizá. No resulta racional del todo agitar así el avispero. «Pero la policía tiene ahora otras preocupaciones y, además, sin riesgo no hay diversión», piensa Bauer, despojándose de la ropa y lanzándola a un cubo metálico donde la impregna de gasolina y le prende fuego. Saca el cubo al patio, luego vuelve y se da una ducha, en los vestuarios, y se viste decentemente porque para recibir a un viejo amigo (es decir, a Ulises Lombardi) hay que prepararse como es debido.

Buenos Aires, febrero de 2020

Finalmente regresé. Tantos años después. Se acabó el amor y el DF ya no es lo que era porque ninguna ciudad es igual cuando se acaba el amor. Soy un romántico, ya sabés, Ulises querido. Vuelvo a escribirte como todas las veces, sabiendo que lo más probable es que esté escribiendo en el vacío. Jamás contestaste mis cartas. Y, bueno, qué importa. A alguien, aunque sea a un fantasma, tenía que contar que volví a casa. Lo primero que hice fue comprar una entrada y visitar el zoo de Palermo. Nuestro escondite. El de Lorena, tú y yo. Cuando nos iniciábamos en la revolución. Por cierto, qué lecturas más soporíferas las que nos obligaban a acometer en aquellos días. Althusser y cosas así. Yo estaba allí por la aventura, no para intelectualizarme. Para eso ya estaba la universidad, adonde mis muy burgueses padres me enviaron con la intención de enderezar mi natural rebeldía y consiguieron lo contrario.

Regresé a Buenos Aires, me instalé en un departamento heredado de mis viejos, no muy lejos del zoo, qué estúpida casualidad.

Anduve paseando y pensé tanto en cómo la vida se nos fue escapando de las manos. Uno cree que nunca va a ser del todo viejo y, de repente, se ve solo y absurdo, mirando el polvo de las jaulas donde ya no hay animales, ahora esto se denomina Ecoparque y han eliminado la brutalidad con que tratamos a las bestias durante años. Si hasta se les escapó un mono y lo encontraron en una zapatería del Pasaje Tupiza. Querría unos zapatos el mico. Quién sabe.

Anduve paseando y me acordé de vos, camarada, por supuesto, y de Lorena. Y me di cuenta de que este momento de mi vida requiere confesiones finales. Hay algo que nunca te conté, Ulises.

¿Te acordás de cuando pasaste a la clandestinidad, vos antes que Lorena y que yo mismo, y me pediste que la cuidase? Esas boludeces de macho aprendidas en las películas de Steve McQueen. La cuidé, Ulises, pero no la cuidé bien, ya sabés. Entramos en la guerrilla y cada cual fue por su lado y a ella la atraparon. Y algo más.

Lorena y yo nos enamoramos.

Nunca lo supiste.

Nunca lo supo nadie.

Sé que os visteis el día en que te capturaron. Y que te besó en el auto antes de que cayeras preso. Ese mismo día yo también besé sus labios, en un encuentro desaconsejado por la disciplina militante, urgente y loco. Llevábamos un tiempo, Lorena y yo, amándonos. Y vos estabas ahí, sin saber nada, disparando duro.

En la organización se daba por hecho que eran, vos y Lorena, una pareja marxista y

moralmente ortodoxa y que, algún día, cuando llegase la victoria final, iban a unir sus destinos e iban a tener hijos y etcétera, etcétera.

Pero llegó la derrota final.

Buenos Aires está irreconocible.

Me gusta sentarme en algún restaurante de Puerto Madero, como si fuera un turista, y mirar este decorado construido para ricos, con sus rascacielos y sus hoteles de lujo al borde del agua estancada. Qué diferente de la ciudad que conocimos.

Aunque la mayor parte del tiempo me dedico a dar apenas un par de vueltas a la cuadra, ir a hacer compras, ver la televisión hasta muy tarde. También la televisión ha cambiado. Pero no tanto. Algunas momias del pasado, vedettes a quienes despreciábamos desde nuestra altura intelectual leninista, siguen ahí, como si el tiempo no transcurriera.

Escribo demasiadas estupideces, ¿verdad?

Porque lo fundamental, lo que quería confesarte, viejo amigo perdido, es que Lorena y yo nos amamos durante una ínfima fracción de tiempo de nuestras vidas, poco antes de que todo se precipitase a la catástrofe.

Yo la amaba y ella me amaba, Ulises. No sé si es injusto contarte esto (a estas alturas). Pero así fue. Nos enamoramos, hicimos el amor con la urgencia de quien sabe que pasará al combate en cualquier momento, nos hicimos las promesas absurdas que se hacen todos los hombres y mujeres en una situación así.

Lorena quería hacértelo saber.

Nuestro amor y el fin del amor de ustedes.

Pero todo salió mal.

Luego me fui, vos acabaste en España con una nueva vida, Lorena desapareció para siempre.

Y ahora construyo en la ciudad que fue la nuestra una rutina de jubilado con ahorros que mis viejos me legaron, yo que tanto desprecié mis orígenes burgueses. Sin esos orígenes estaría atendiendo en una ferretería del DF, malviviendo, limpiando cristales, qué sé yo.

Mi brava mexicana se fue. Nada es para siempre. Prefiero no entrar en detalles. Demasiados años de una pasión declinante. Ese horror doméstico del que nos prometimos huir y repentinamente nos alcanza y nos mantiene años aprisionados.

No sé si soy justo escribiendo todo esto.

Tampoco creo que llegues a leerlo, ya que jamás tuve respuesta a las decenas de cartas que te envié, año tras año.

Y, sin embargo, algo me dice que sí me lees, en la distancia oceánica, con tu silencio testarudo de melancólico incurable.

Sea como sea, ahí tenés mi dirección en el remitente, por si querés contestarme, insultarme, qué sé yo. También te dejo al final de esta nota mi número de teléfono.

Voy al zoo y observo el pabellón vacío donde dormían los elefantes y nos veo a Lorena y a vos y a mí, tan jóvenes, tan hermosos, riendo, conspirando, dispuestos a cambiar el mundo. Naturalmente que el mundo nos cambió. Pero no tanto, ¿verdad, Ulises? Hay amores que resisten al paso del maldito tiempo. Y te voy a confesar,

camarada, que todavía pienso en Lorena. Y que si la encontrase un día por la calle, paseando por Corrientes, la amaría al instante igual que la amé hace cuarenta años.

Vuelvo a insistir, Ulises. Vení, regresá a casa. ¿O ya no es Buenos Aires tu hogar?

Un abrazo largo de tu camarada

Julio Moyano

Cheyene ha puesto las manos en la cabeza a la estatua centenaria que custodia y los espíritus le han dicho que este hombre cometió graves crímenes, pero está arrepentido. Cheyene hace cosas así. Ha inventado su propia mística con porciones de lo que vio en las películas del Oeste del cine París, en el barrio, y también con algunas lecturas esforzadas de investigaciones antropológicas sobre los pueblos nativos de Norteamérica. Estas últimas son de algún libro de la biblioteca del barrio con el que se entretiene en las largas jornadas de no hacer nada que componen, básicamente, su existencia de delincuente rehabilitado. Aunque la parte científica le suele decepcionar; Cheyene prefiere fascinarse con la épica de la derrota que acompaña al exterminio de ese imperio que cabalgó las planicies con el pecho desnudo, presto a morir con honor bajo las balas del Séptimo de Caballería.

El anciano está tumbado en un colchón con los ojos abiertos. Cheyene oye ruidos en la habitación contigua, en el almacén de la chatarra. Sale a mirar. Una potente luz le ciega.

—Quieto ahí, amigo. Menuda melena, ¿eh? Como los indios.

Sabía que vendrían en su busca. En la vida hay intuiciones premonitorias que, sin embargo, no nos apartan ni un milímetro de nuestras decisiones. Cheyene tenía claro cuál era el precio de guardar a aquel anciano en su refugio y aceptó pagarlo. La última dignidad de un desposeído como Cheyene se resume en defender a aquel viejo de quienes le persiguen. Sin saber cuál es la razón por la cual la muda quietud de ese hombre que yace en el colchón tiene algún valor para alguien.

Cheyene respira profundamente y se prepara para la pelea.

Resguardándose con la mano de la luz de la linterna que le enfoca, distingue a tres hombres armados con escopetas de cañones recortados.

—Danos al viejo. Nos lo llevamos y aquí se acaba el problema.

Cheyene da un paso atrás, hacia las sombras.

—No hay trato —responde.

—Pero ¿qué coño dices, indio?

Le agrada a Cheyene que se dirijan a él como a un auténtico miembro de la nación que habitó las Grandes Llanuras, reyes de la pradera. Saca un machete de entre unos sacos y lo lanza con escasa precisión contra los asaltantes. Lo planeado es que aquel cuchillo alcance la garganta de uno de los asaltantes, pero la vida no es como en los wésterns y falla. Al verse atacados, los

hombres de las escopetas deciden solventar el asunto del modo más brutal. Uno de ellos dispara y acierta de pleno en el vientre de Cheyene, que se dobla en dos, conteniendo la sangre y las vísceras con las manos, iniciando una agonía que no le impide arrastrarse penosamente y buscar otro objeto arrojadizo.

—Indio bueno, indio muerto.

Escucha Cheyene mordiendo el polvo de la chatarrería, con las tripas encendidas de dolor, ajeno a las risotadas de los atacantes y jugando todavía una última carta. Toma un hacha en su mano y trata de blandirla.

—Anda, mira, la famosa hacha de guerra...

Aquel trío armado se había acercado al yaciente Cheyene y contemplaba sus esfuerzos de contraataque, desangrándose, como niños que disfrutan de la prolongada muerte de una lagartija a la que habían arrancado cola, patas y cabeza. Ese sadismo estúpido que envilece a los malos guerreros. Eso pensaba Cheyene mientras bajo la bota de uno de aquellos intrusos quedaba paralizada su mano armada con el hacha. No es, desde luego, un tomahawk como el que dio muerte al general Custer, sino una mellada herramienta con óxido de años, casi inútil. A Cheyene le hubiese gustado cobrarse alguna vida al menos antes de irse y, sin embargo, la derrota va a ser completa, definitiva. Si así lo dicta el destino, que así sea. Un cañón de escopeta toca su frente y, mientras la sangre se le escapa por el vientre, aguarda el disparo definitivo que le ingresará en la oscuridad.

Suena una detonación.

Y luego otras dos.

Y Cheyene, antes de partir hacia los horizontes infinitos donde cabalgará entre búfalos, contempla a sus tres atacantes fulminados. Y al otro lado del almacén, a los enviados del clan de los Gordos, aficionados a arreglar las cosas así, cortando por lo sano, mitigando mediante un disparo seco lo que puede constituir un problema. Sin darle demasiadas vueltas. Han visto tres hombres armados en su territorio y los han abatido. Sin más. Ahora recogerán lo suyo y se largarán. Cheyene cierra los ojos con una sonrisa y se dispone a sentir la brisa de la pradera en su rostro, a lomos de un caballo castaño, la melena al viento por toda la eternidad.

Qué haces, Ulises, tan lejos de Ítaca?

Bauer exhibe su desquiciada dentadura en una sonrisa que contiene satisfacción y reto.

—Disculpá la broma, el tópico, ya sabés, siempre me gustó Homero, igual que a tu papá, *I suppose*. Tanto tiempo. Tantísimo tiempo después nos reencontramos, Ulises. Tenía ganas, ¿eh? Pasamos apenas unos pocos días de juventud juntos, allá en El Sótano, pero hubo algo, una conexión, un fulgor especial en nuestra breve relación. He pensado mucho en vos, Ulises.

Ulises observa a aquel envejecido ser humano cuyo pasado se halla tan absolutamente ligado al suyo. Le han traído hasta aquí a la fuerza, a un local industrial del extrarradio, y el musculado captor no desaprovechó, antes de traerlo a su destino, la oportunidad de golpearle duro como método para convencerlo de que el viaje era ineludible. A la puerta de casa, de vuelta de comprar cigarrillos. Mal hábito que Ulises Lombardi no quiere abandonar. Tanto tiempo después, tiene a Bauer al otro lado de la mesa. Las manos de Ulises están esposadas a su espalda.

—Se acabó, Ulises. Terminó la investigación. El viejo al que buscabas ya está en nuestras manos y te pedimos que abandones el caso. No hay nada. Un vejestorio senil que se perdió y ha sido encontrado. Y ya.

—Así de fácil.

—Sí, así de fácil.

—¿Y esa lista con nombres de la que hablan por ahí?

—¿Quién habla? Nadie habla, Ulises, a nadie le importa el pasado, bastante tiene la gente con sobrevivir a este apocalipsis absurdo. Estamos completamente solos, Ulises, quienes recordamos que hubo un ayer, que hubo una guerra entre argentinos y que vos y yo matamos en esa guerra.

—¿Y Lorena?

Bauer trata de componer un gesto de indiferencia, pero le traiciona una sombra de inquietud en la mirada. La habitación está oscura y huele a combustible. Hay un silencio de metal parado.

—Lorena ya no existe, Ulises, creeme. Esa herida la llevamos ambos sin cicatrizar. Vos y yo. El malo y el bueno de esta historia. Pero estamos mayores para quilombos. En la retirada. Olvidados. A eso hay que aspirar después de vidas como las nuestras: a que nos olviden. Que nos dejen morir en paz.

—Sos un hijo de la gran puta, Bauer, y te mataré.

—No, Ulises, por favor, no te pongás melodramático. Acabemos acá, decime si tenés ese

listado, la chica pelirroja está en un cuartito y el estúpido de Luna quiere hacérselo pasar realmente mal. Tiene su lado sádico ese idiota. Las feministas le revuelven el estómago.

Ulises Lombardi se siente agotado. Triste, solitario, final. Como en un tango feroz o en aquella novela de Osvaldo Soriano cuyo título se inspiró en Chandler, describiendo a Philip Marlowe durante su crepúsculo de sombras en Los Ángeles, mucho antes de que a lo largo de Mulholland Drive se edificasen mansiones con vistas a la tierra seca y el mar. Tienen a Sara y le tienen a él, y no han sabido resolver un caso cuyas trampas hubiera debido sospechar con sólo echar un vistazo al traje de aquel arrogante que entró en su despacho hace unos cuantos días.

—No pasa nada, Ulises, solamente en las novelas o en las películas resuelven los detectives sus casos. En la vida real no hay nada que pueda ser completamente resuelto. Siempre queda algún maldito cabo sin atar.

—¿Tenés un cigarrillo? Yo tengo en el bolsillo, querría fumar.

—Pésima costumbre.

Sin embargo, Bauer se acerca al otro lado de la mesa, introduce su mano en el bolsillo del pantalón de Ulises, extrae el paquete de tabaco y un encendedor y, al poco, exhala el detective un humo que, con las manos esposadas a la espalda, le obliga a entrecerrar los ojos.

—¿Dónde está Lorena?

—No está, Ulises, creeme, de verdad. Lorena ya no es Lorena, aunque, si querés saberlo, su cuerpo ocupa una cama en un psiquiátrico de Buenos Aires y, por lo que me han contado, está más o menos bien cuidada.

Bauer toma el cigarrillo de los labios de Ulises, tira la ceniza al suelo y lo devuelve a su lugar, para que el detective siga fumando. Hay una incongruente delicadeza en su trato.

—Se acabó, Ulises, prometeme que dejarás este asunto y no nos obligues a ser desagradables con esa chica.

Bauer también se siente cansado. Como si hubiera agotado toda su adrenalina en la tortura y muerte de ese boxeador tronado cuyo cadáver adorna un vertedero de las afueras de la ciudad, y que tan sólo será objeto de unas líneas en las páginas de sucesos o de algún comentario al margen en esos programas televisivos de la mañana donde tanto gustan los crímenes. Bauer desdibuja su sonrisa y se pone serio. Reencontrarse con Ulises le está doliendo. De algún modo que alguien como él, ajeno a los sentimientos casi por completo, no puede explicar.

—No tenemos nada, Bauer, esa chica y yo somos un fracaso como investigadores. Ningún nombre, ninguna pista... Llévense al viejo y hagan lo que quieran con él, pero liberá ya mismo a Sara o te vas a arrepentir.

—Una conmovedora amenaza.

Bauer vuelve a tomar el cigarrillo de Ulises, se deshace de la ceniza y lo devuelve a su boca.

Quedan ambos en silencio. Como dos viejos amigos que recordaran un lugar que habitaron y donde fueron felices, aunque es exactamente todo lo contrario.

Sara ha abierto la puerta y la han arrastrado por la fuerza dos hombres que tapan su rostro con sendos pasamontañas. Queda en el suelo el papel causante de esta frenética búsqueda y que, sin embargo, los asaltantes no aprecian y ni tan siquiera ven. Sara lanza unos cuantos puñetazos, pero logran neutralizarla. Bajan rápido las escaleras y en la calle hay una furgoneta, la lanzan al interior y salen a toda prisa, recorriendo calles que ella no puede ver, despojada de su teléfono, cegada en aquel cubículo sin luz, imposible calcular el tiempo de recorrido hasta que llegan a su destino. Sara tiene miedo (por supuesto), pero trata de racionalizar la situación, de construir resortes para una posible defensa o fuga. Paran, la sacan de la furgoneta, la introducen en una especie de nave industrial o almacén o garaje, en un cuarto con una bombilla expuesta al polvo en suspensión que lo llena todo, débil iluminación con la que Sara trata de hacer un mapa urgente de su cárcel provisional, mientras también prueba inútilmente a desatar sus muñecas de las bridas que las mantienen prietas. Irrumpen en el cuarto los dos hombres del pasamontañas; fuera hay alguien, una sombra que observa. Sabe que van a tratar de amedrentarla, que quizá la hieran o la agredan sexualmente, hay algo obviamente amenazador en los ademanes predadores de quienes se acercan a ella y escupen la habitual salmodia vejatoria de machos en manada en busca de una víctima propiciatoria.

—No tengas miedo, pelirroja, que lo vamos a pasar bien.

La inventiva les da para el tópico y poco más. Después viene el momento del abuso. La tocan, inspeccionan burdamente sus pechos, acercan su aliento al rostro. Sara se revuelve y logra dar un buen rodillazo en la entrepierna a uno de sus acosadores. Lo cual enfurece al enmascarado agresor, que la tumba en el suelo y procede a desabrocharle los pantalones. Sara está descalza.

—Pasadlo bien —dice una voz desde fuera.

Y se cierra la puerta y Sara queda a merced de sus atacantes, pese a que ella no cesa en su pelea y ellos sudan dubitativos, incómodos ante la inusitada falta de docilidad de esta chica pelirroja, que parece frágil y, sin embargo, batalla incansablemente.

Aunque apenas un instante (o una eternidad) después la puerta vuelve a abrirse. Suena una orden dictada con marcado acento argentino. Sara apenas logra ver al que la profiere porque tiene la manaza de uno de sus agresores en el rostro.

—Paren, par de estúpidos.

—Pero ¿qué hostias pasa ahora?

—Pasa que nos vamos, dejen a esa mina y salgamos de acá antes de que vengan a buscarnos. Ya.

—Estoy ya un poco hasta los cojones de tus órdenes, viejo de mierda.

—Todavía no estoy tan viejo como para aguantar boludeces de una basurita como tú.

El enmascarado trata de aguantar el ademán desafiante ante Bauer, se le acerca fiero, pero enseguida le paraliza la seguridad de ese extranjero que mira y transmite un miedo antiguo a quien no posee la suficiente valentía, y aquí no la hay, sólo el fingimiento bravucón de un esbirro que agacha las orejas y sale por la puerta. Lo mismo hace el segundo atacante de Sara, y la pelirroja queda en el suelo, entre el impacto y un alivio al que no da crédito. Transpira profundamente, tiene la ropa empapada y Bauer, que se ha detenido en el umbral, mira a esa joven y le dirige la palabra:

—Decile a Ulises que volveremos a vernos.

El anciano está tumbado en un colchón con los ojos abiertos. La gente del clan de los Gordos lo ha encontrado y ha telefoneado al tío Antonio.

—Salid de ahí cuanto antes, llevaos a ese señor, dejadlo sentado en algún banco de la calle, que ya habrá quien le atienda. Yo mando a alguien a vigilar si la policía va al almacén, y si mañana por la mañana no hay moros en la costa limpiamos todo, y disculpad las molestias.

No es la primera vez, por supuesto, que el tío Antonio se ve ante un panorama así, con cadáveres que limpiar en uno de sus establecimientos. Es lo que tiene dedicarse a ciertos negocios. A ver si el nieto se retira de esta vida perra, que menudas calamidades y disgustos le han acarreado.

Conque, después de tanta vicisitud, Teodulfo Iglesias acaba sentado en un banco de la avenida de la Albufera, cerca el campo del Rayo Vallecana, cancha heroica y bucanera.

Una patrulla policial le recoge al amanecer.

Descubren en su brazo algo escrito a tinta de rotulador: «Me llamo Teodulfo Iglesias, busquen a mi hija».

La letra es de Cheyene, la misma que esforzadamente aprendió con los frailes del colegio Raimundo Lulio, en la avenida de San Diego, poco antes de cambiar los libros por la delincuencia y el liderazgo de bandas callejeras.

El anciano se había despertado la primera noche que compartieron cubículo, en la penumbra iluminada con una tenue luz de flexo, útil para la lectura en horas intempestivas que tanto entretenía al que fuera pandillero y rey de la ciudad, ahora vigilando una chatarra entre la que, a veces, se hallaban otros materiales más valiosos. Sonó una voz grave en la noche:

—¿Quién eres?

—Me llaman Cheyene.

—Yo me llamo Teodulfo. Teodulfo Iglesias. ¿Dónde estoy?

—Creo que muy lejos de casa.

—Siempre estuve lejos de casa. Marché a la mitad de la vida y ya no regresé nunca. Pero tengo una hija y una nieta. No sé dónde, pero sé que están, que existen.

—No puedo ayudarte con eso. Sólo me han dicho que te guarde y que espere.

—Soy un demonio, un maldito.

—Eso creía mi amigo. Que traías la mala suerte, pero yo percibo algo más, una parte buena

dentro de ti. Nunca somos del todo malos o del todo buenos, somos demonios y ángeles.

—Ayúdame a volver a casa, a lo que sea que es ahora mi hogar, a mi hija y a mi nieta. Quiero morir junto a ellas.

Cheyene contempló el rostro impenetrable de aquel hombre anciano y encontró en aquella súplica un mensaje ineludible, la condición por la cual seguimos vivos cada día, esa absurda necesidad humana de ayudar a quien no conocemos de nada, como una pulsión biológica, guiar de la mano a quien está perdido en la oscuridad. Peleaban las ratas sobre el tejado de uralita del techo y sonaba, no muy lejos, una música estridente y la voz de un recluido borracho nocturno, tratando de escapar del infierno de su habitación. Cesó todo, de repente, y se hizo un silencio sagrado. Cheyene quedó convencido de la absoluta necesidad de salvar a ese viejo, que calló de nuevo igual que comenzó a hablar y regresó a su habitual gesto ausente y glacial.

Así que al día siguiente, después de que Teodulfo Iglesias fuese bañado y despiojado en medio de la acera (y de que el tío Antonio le viese en su chatarrería), cuando Cheyene procedió al secado de esa piel anciana, decidió rotular en su brazo unas letras que querían ser una especie de mensaje en una botella que se lanzase al océano.

Al entrar en la vivienda de Sara, Ulises recoge del suelo el papel con los nombres anotados. Yuri ha acudido en auxilio de los capturados. Ella los ha salvado.

Yuri pretendía volver con Sara, tras unas cuantas pedaladas, y se topó con la escena de un secuestro en plena calle, a las puertas del domicilio de su amiga y amante. Trató de seguir al vehículo donde habían arrojado a Sara, pero lo perdió tras unos cuantos metros, aunque, siempre con ojo de lince, memorizó el número de matrícula y llamó a su amiga, la inspectora de policía, e insistió en que era urgente, y cuando su amiga, la inspectora de policía, comprobó la matrícula, avizó problemas y tuvo que telefonear a uno de sus superiores: el vehículo estaba vinculado con la policía patriótica u otra secta similar de las que operan dentro del cuerpo, a medio camino entre los servicios secretos y una suerte de subversión ultraderechista consentida. O quizás a modo de agentes dobles (eso relatarán para justificar sus vínculos con ciertos ambientes, he aquí la coartada perfecta para la preservación de un reservorio fascista en las fuerzas policiales).

Sea como sea, Yuri dio la voz de alarma y la voz de alarma llegó donde tenía que llegar.

—Luna, ¿qué coño estás haciendo?

—¿A qué te refieres?

—Alguien ha visto un secuestro y ha anotado el número de matrícula de una furgoneta que ambos, tú y yo, conocemos bien. De verdad, cada día estás más gilipollas, macho, lo de la política te ha afectado a la cabeza. Acaba ya con esa idiotez, que no quiero ni saber de qué se trata, y que no haya consecuencias o lo vas a pagar caro.

Así que Luna colgó el celular y miró la puerta recién clausurada, tras la cual estaban dos de sus esbirros dispuestos a dar una lección a una feminista con el pelo pintado de rojo y muy malas pulgas. Le invadió la ira. Sin embargo, sabía lo que tenía que hacer, acudió rápidamente al cuarto donde conversaban Bauer y Ulises. Los encontró charlando como viejos amigos, y le resultó ridícula esta situación.

—Hay que irse. Desde arriba nos ordenan que dejemos esto. Y al viejo ya lo tenemos, han ido a por él.

Flotó humo de cigarrillo en este cuarto mal ventilado y Bauer ensayó una especie de gesto de indiferente sorpresa, encogió los hombros, se levantó, sacó del bolsillo un minúsculo artillugio y lo dejó encima de la mesa.

—Nos despedimos, Ulises. Te dejo aquí la llave de las esposas y la chica está en un cuartito de

acá al lado. Ya se van a zafar y podrán volver a casa. Ha sido un placer conversar después de tanto tiempo.

—No vas a escapar, Bauer, te lo aseguro.

—Y, bueno..., ¿quién lo sabe?

Ahora toda esa peripecia es pasado: la difícil maniobra para liberarse, la llamada de Yuri en busca de ayuda, regresar desde un punto indefinido del extrarradio, Sara descalza, el amanecer dibujando una ciudad sin nadie, con el miedo en las esquinas, subir las escaleras, los tres, Ulises, Yuri, Sara, el cansancio infinito del detective y aquel papel sobre la madera castigada del suelo. Nombres a un lado y a otro. Y un nombre al final que golpea hondo, porque su ausencia ha formado parte de la existencia de Ulises durante cada minuto de su vida adulta.

—Yo resuelvo —dice Ulises Lombardi a Yuri y a Sara.

Y baja las escaleras y emprende el camino de regreso a su hogar del Rastro madrileño. Enciende un cigarrillo, hace un cielo hermoso esta mañana y no hay policías que detengan su marcha y le interroguen, sólo alguna mirada aviesa desde algún balcón; la gente insulta desde las ventanas a quien pisa la calle inadecuadamente. «De esta saldremos mejores», dijeron. Y ahora a Ulises le toca acometer una conversación que nunca deseó mantener, un diálogo con su pasado, con un puñado de cartas que vinieron desde el otro lado del océano y a las que jamás dio contestación.

—Julio. Soy yo, Ulises. Sí, Ulises Lombardi. ¿Te acordás? Todavía existo. Y vos, Julito Moyano Galimberti, ¿cómo va la vida? Te llamo porque hay una información sensible que tenés que difundir. Nombres de nenas y nenes robados a sus madres en El Sótano. Y algo más. Lorena. Está viva y vas a rescatarla. El papel de caballero andante siempre te vino mejor a vos que a mí, viejo camarada. Y, por cierto, odio el maldito zoo de Palermo y su olor a mierda de mono.

El sol de abril alivia el rostro cansado de Ulises Lombardi, quien ahora, en este preciso instante, mientras el mundo se deshace en pedazos, mordido por un virus infernal, está ajustando cuentas con su pasado y renunciando definitivamente a la mujer que amó y lanzándose al vacío de una vida nueva.

Primavera en Madrid de 2020.

Buenos Aires, abril de 2020

Toda la prensa argentina habla del listado de niños robados que se ha hecho público y ella mira el televisor y es ajena a esa agitación, con nombres relevantes implicados y familias que implosionan, de repente, sacudidas por una verdad secreta, mentiras de años que saltan por los aires. A ella no le robaron a una niña, sino a una joven bella, delicada, llena de vida e inteligencia. Se acuerda de Lorena cada día desde hace cuarenta años. Y vuelve a mirar por la ventana y le fatiga esta mañana de abril en la que no sucede nada y hay menos automóviles porque seguimos en plena plaga. Tiene miedo de enfermar y apenas sale a la calle. Si su nena regresa, ella ha de estar en casa. Lllaman a la puerta. Abre como siempre, confiada en la bondad de las visitas inesperadas, pese a lo mucho que le reprenden porque hay tanto robo, tanta maldad. Ella sabe lo que es la maldad. Desde luego. Abre la puerta y ve a su niña. Tantos años después. Lorena. Está mayor, le han cortado el pelo muy mal, se han pintado en su rostro unas ojeras profundas, ha ganado mucho peso, camina con un bastón. Pero es su niña.

—Soy Julio Moyano, señora, no sé si se acordará. Le traigo a su hija.

Apenas puede escuchar o entender la frase que emite ese acompañante a quien cree reconocer lejanamente, como si divisase un punto muy distante en el horizonte. Abraza a su niña perdida, que huele a sudor y trae en su piel el recuerdo de veranos felices, de juegos y ese esplendor de los días muy largos, de las vacaciones que parece que jamás acabarán. Abraza a Lorena y ese cuerpo al que se aferra se somete indiferente al abrazo materno. Lorena no está. Ha regresado un espectro, pero, a veces, un fantasma nos sirve como consuelo. Porque queda la esperanza de que un día, quizá, Lorena despierte y diga «mamá». Los médicos aseguran categóricamente que es imposible, que su cerebro colapsó y que nunca podrá retornar, pero los médicos no lo saben todo. Nadie sabe absolutamente nada de lo que la vida puede depararnos. Si Lorena encontró el camino de vuelta a su hogar tras cuarenta años extraviada, ¿por qué no va a ser capaz de volver a pronunciar la primera palabra que salió de su boca cuando era un cachorro? Mamá. Esa madre siempre confió en volver a verla. Jamás desistió. Tuvo fuerzas para aguantar los embates de la vejez y la muerte que todo lo rodea. Una madre que espera a su niña. Hasta que un día de abril, en medio de la plaga, alguien llama a la puerta y es ella.

Lo que más le ha dolido a Bauer ha sido deshacerse de su colección de cómics históricos, piezas de museo que han acabado en el almacén de un judío, quien ha logrado un verdadero botín a precio de ganga. Pero había que marcharse. Su nombre apareció en la prensa y algún traidor ha señalado el *country* donde tan plácidamente gozaba de pileta, arbolado y esa música plácida que son los aspersores que riegan el césped para que luzca como si esto fuera la verde Irlanda, y no un seco pedazo del sur de América, a las afueras de Buenos Aires.

«Te voy a perseguir».

Eso dijo Lorena en El Sótano, desnuda y frágil y, a la vez, poderosa. Ha cumplido su promesa. Bauer vuela a algún lugar muy lejos, a una vida de hotel en la que la persecución continuará porque su nombre ya ha sido colocado en los listados de las agencias policiales internacionales. ¿Acabará sus días en un penal? Reflexiona viendo pasar las nubes muy cerca de las alas de este aeroplano. Le gusta volar. Esa sensación de estar en ninguna parte. Ulises Lombardi. Ha vuelto a escapársele. O, más bien, le ha dejado marchar. Otra vez. Intuye que volverán a encontrarse. Resulta absurda tal previsión, pero está convencido.

«Te voy a perseguir».

Nada es fácil. Bauer conoce bien el desarraigo y ahora esta fuga le conducirá a ese territorio donde penan un cierto tipo de derrotados. El exilio es cíclico, a veces les toca a unos y otras veces les toca a otros. Resulta imposible salir indemne de tanto daño. Bauer trata de imaginar a Lorena ahora. Envejecida y sin la hermosura juvenil que le impresionó al verla entrar en El Sótano, magullada y rota, y después ese juego de seguir magullándola y cortarle el cabello como una hebrea en Birkenau y fotografiarla para que Ulises Lombardi supiera. Qué idea tan estúpida. Fue poco después de enviar aquella instantánea, una tarde que Bauer accedió a la celda de Lorena, cuando sucedió. Una especie de súbito enamoramiento adolescente. Quebrando su orden moral, o más bien la batalla de su intelecto contra toda moralidad, con la violencia como único argumento, la sangre como tinta para escribir la historia argentina. Lorena, que incubaba su inminente locura, compuso una bellísima sonrisa para Bauer, allá en aquella sórdida celda, y esa sonrisa fue el enigma que trastocó su existencia. Jamás logró sobreponerse a ello. Hubiera querido salvarla. No supo cómo. También los villanos se enamoran. Bauer ha pronunciado alguna vez esa frase frente al espejo, tratando de olvidarse de aquella mujer que le fascinó y le aterrorizó. Y ahora, por culpa de ella, Bauer emprende una huida que quizá no tenga fin.

«Te voy a perseguir».

Su voz. Jamás olvidará su voz.

De verdad que no te violaron esos cabrones, mi niña? La voz de Luna suena en el televisor y la identifica, y recuerda su sombra en el umbral del cuarto donde sus captores la atacaron y la vejaron. Maldito cabrón. Pronto lo pagará. Ha convencido a Ulises Lombardi para que no le denuncien por secuestro, agresión y un largo etcétera. Demasiadas explicaciones, juicios, fiscales, abogados. Sara prefiere hacerlo a su modo. El dossier sobre la participación inequívoca de Lorenzo Luna en la paliza que en 1983 dejó parapléjico a Agustín Fernán Núñez, agredido por jóvenes de extrema derecha en el parque del Retiro, está listo para su entrega a un periodista de confianza. Incluye declaraciones acusatorias e, incluso, una ficha policial que, en su momento, se extravió y ahora ha aparecido de la nada. El pasado siempre vuelve. También para Lorenzo Luna.

—Vamos, Yuri, conmigo no es tan fácil que puedan.

Hay un orgullo de superviviente en la voz de Sara y Yuri besa a su heroína pelirroja, a quien ha salvado de las garras de los malvados, aunque no por ello, según intuye, logrará el premio de su entrega absoluta.

—Te quiero, Sara.

La noche está encerrada ahí fuera, han pasado los días, un portavoz del Gobierno con la voz gastada asegura que casi estamos a punto de doblegar una curva que dibuja océanos de muerte y horror. El mundo es un inquietante signo de interrogación. ¿Qué pasará? Siguen los contagios contándose por miles, sigue la absoluta falta de certezas sobre cómo tratar a quien enferma gravemente, sigue una facción de este país lanzándose a bramar desde los balcones mientras otra parte de la gente insiste en aplaudir a quienes luchan en los hospitales como si combatieran en una trinchera.

—Te quiero. Tenía que decírtelo. Estoy enamorada de ti. Lo sabes, supongo.

Sara se levanta desnuda de la cama y toma los elementos necesarios para liar un cigarrillo, y con ese gesto queda, en parte, desactivada la solemnidad romántica de la declaración de Yuri. Comienza a elaborar el preparado para recibir su dosis de nicotina. Detiene su maniobra dilatoria y contesta:

—Lo siento, Yuri.

Basta con eso.

No hace falta explicar mucho más.

Yuri se viste en silencio, se marcha.

Sara se queda sola, en su habitación, con el humo ascendiendo hacia el cristal de la ventana.

«Búscame al final de la cuarentena».

¿Cuándo acabará todo esto?

Ha acudido todas las noches a aquel tugurio donde la conoció. Esto sucede durante las luminosas fechas de una primera desescalada que deriva en descabellado optimismo, teniendo en cuenta que una segunda ola de la plaga volverá a devastarlo todo. Pero ahora es verano y nadie sabe nada. Y, después del primer ataque del virus, con las unidades de cuidados intensivos vaciándose y los contagios a la baja, se ha permitido que algunos establecimientos de ocio nocturno abran. Y Sara ha ido todas las noches desde su apertura. «Búscame al final de la cuarentena». Ha acudido puntualmente a su cita con nadie y cada noche es una chica solitaria en la barra de un bar, en el vacío de las horas que discurren sin avanzar, en la atmósfera detenida que propicia esa luz de las botellas desordenadas y los televisores mudos que sustituyen su sonido por la música ambiental y el olor a desinfectante y agua en el suelo. Como un acuario sin peces. Esa reconfortante soledad que espera que se rompa con la aparición de alguien cuyo fulgor le quemará. La promesa que cada noche queda incumplida. Hasta que llega una madrugada donde lo inesperado la alcanza. «Búscame al final de la cuarentena». No ha dejado de ir todas las noches a aquel tugurio. La soledad se acrecienta allí. Nunca nadie ha interrumpido su espera. Hasta que un día, después de dos semanas, con Madrid a punto de iniciar su hervor de agosto, sin verbenas pero con temperaturas infernales, alguien aborda a Sara. Es una chica de su edad.

—¿Tú eres la pelirroja que se enrolló con Patricia? Justo antes de que empezase todo esto. Sí, me acuerdo de ti. Se ha muerto. Pero no de este virus sino de cáncer. Fue brutal. En un mes el puto cáncer la mató. Qué raro, ¿no? Todo el mundo muriéndose de una especie de gripe y vas y te mueres de otra cosa, así, de un día para otro. En plena juventud.

A Sara apenas le sorprende la mezcla de indiferencia y desdén con el que su interlocutora le relata los hechos. Es una chica de su edad, demasiado joven como para que la muerte pueda inquietarla realmente. La muerte no existe. Ni siquiera la de Patricia, el nombre de quien no tenía nombre y era sólo un beso rubio en este lugar subterráneo.

Sara se marcha y no mira hacia atrás.

«Búscame al final de la cuarentena».

¿Cuántas veces la vida acaba bien?

Decide olvidar.

Para siempre.

Finalmente ha resuelto este caso. No gracias exactamente a su pericia detectivesca, pero, bueno, a veces se trata de saber manejar los hilos del azar. Ulises Lombardi recibe un aviso de Yuri: su amiga policía ha informado de la aparición en plena calle de un anciano que asegura, mediante una inscripción a tinta en el brazo, llamarse Teodulfo Iglesias. Ulises Lombardi telefonea a su contacto, el idiota demasiado bien vestido que lo ha metido en líos que han dolido más de la cuenta, y el idiota no da las gracias, promete pagar la minuta convenida y ahí acaba todo.

Teodulfo Iglesias recibirá cristiana sepultura en Tampa apenas unos meses después, tras haber regresado en vuelo trasatlántico y recibir el beso reparador de su hija y su nieta.

Ulises Lombardi piensa en Lorena muy a menudo. Julio Moyano le telefonea repetidamente, pero decide que, esta vez de forma definitiva, ya no habrá respuesta para su antiguo camarada de armas. Nunca más volverán a hablar.

La vida sigue y la muerte continúa también su camino.

Persiste la plaga, como en una distopía de rara apariencia bíblica, igual que si hubiera caído un castigo sobre la raza humana.

Ulises Lombardi supone que, como ha hecho en anteriores ocasiones, ahora se trata de sobrevivir. Sin pensar demasiado. Como en sus días de oficina con noches de whisky y barra de bar solitaria. Esperar el cáncer.

Se entrega a largas noches de viejos largometrajes policiacos.

Bebe en exceso más de una vez.

Fuma demasiado.

Todo ha concluido.

Hoy han muerto quinientas personas a causa del virus, pero se escuchan risas potentísimas en las terrazas de los bares de Madrid, suena el festejo de una primavera anticipada, acuden en avión desde otros países jóvenes que quieren bailar y emborracharse y en sus respectivos lugares de origen se lo prohíben. Aquí sí tienen permiso. «Somos un país sin dignidad que se vende aun a costa de infectarse, salvaje e indiferente al dolor de quienes han perdido a alguien durante la plaga, que aún sigue». Eso le dice Sara a su salida del hospital y Ulises Lombardi aprecia la rabia juvenil de su socia, pero él no puede hablar así de España porque es un porteño que se ha hecho español a fuerza de años en los bares de Madrid, donde se bebe parado y con serrín en el suelo. Ama este territorio aun con sus peores defectos, para odiarlo tienes que haber nacido aquí durante generaciones; a Argentina sí puede odiarla convenientemente. Sea como sea, ya está Ulises Lombardi, detective, de regreso a su barrio, recuperando el resuello y la afición a los cigarrillos, aunque los médicos le dicen que eso es suicidarse. ¿Y qué no lo es?

Fue hospitalizado el día en que comenzó la gran nevada que colapsaría Madrid, bailaban los copos de nieve a través de la ventanilla de la ambulancia, fue lo último que vio, luego un largo sueño donde lo visitaron Lorena y aquella nena que mató o no mató cuando era un joven y fanático guerrillero. Venían juntas, como a rendirle cuentas, conversaron mucho; la nena hablaba con voz de adulta, igual que si hubiera crecido en estos años dentro de su tumba. Ulises Lombardi soñó con una tristeza profundísima, adivinando una muerte próxima que, sin embargo, no llegó. Un día se despertó y ni siquiera le habían atravesado el cuello para hacerle respirar, se libró de la traqueotomía y de otros mecanismos para salvar su vida; simplemente comenzó a mejorar, sus pulmones de fumador se recuperaron milagrosamente, se desvaneció la neumonía y le mandaron a la calle, tal y como había venido. En la plaga, a veces, las cosas funcionan con la cruel aleatoriedad de las guerras y otras catástrofes. No hay explicación para la supervivencia ni para el exterminio. ¿Por qué él, un viejo detective con los pulmones gastados por la nicotina, había sobrevivido? Imposible saberlo.

Y se recupera bien. Lo único imposible de curar es la melancolía de contemplar un mundo que prometió salir mejor de la devastación y que, sin embargo, se muestra exactamente igual, empeñado en no corregir sus muchos errores. Ulises Lombardi observa a un grupo de jóvenes compartiendo besos de embriagada camaradería, ajenos ellas y ellos al número inmenso de féretros que han navegado durante estos meses en el océano de muerte que todavía es un mar

inacabable. Piensa también en Lorena, a quien jamás volverá a ver porque nada queda de la mujer que amó. Enciende un cigarrillo, al borde de las lágrimas. Los detectives también lloran. Especialmente Ulises Lombardi. Camina con dificultad, ahora sí, como el anciano sin resuello que no ha sido jamás. Llega hasta el quiosco de Ramón y le tranquiliza observar que sigue allí, oteando la plaza, como también están los puestos de flores reabiertos y los vagabundos regresados a sus obligaciones éticas, pisando el agua de las fuentes.

—Se te ve bien, Ulises, caramba. Oye, tengo un DVD que puede interesarte, *El hombre de Chinatown*, dirigida por Wim Wenders, con Dashiell Hammett como personaje principal, no te lo pierdas. Resulta que Hammett ya es escritor, pero le piden que acepte el caso de una prostituta desaparecida...

La vida continúa con esa costumbre irreparable de seguir hacia delante, sin tiempo para demasiadas lamentaciones.

Sara y Ulises Lombardi charlan fumando un cigarrillo, asomados a la ciudad desde Las Vistillas, epicentro de verbenas y disipaciones de todo tipo, precipicio urbano. Madrid quiere regresar a la alegría a toda costa, incluso mediante el inmediato olvido de quienes han muerto, y da igual si la cifra es insoportable. Todo se puede soportar cuando se sobrevive. Lo sabe bien Ulises Lombardi. Sara y Ulises están sentados a la mesa de una terraza, saboreando una ginebra y viendo el feo perfil de la catedral de la Almudena, pero eso es lo de menos, hay algo cautivador en la luz de este arbolado rincón, al borde del Viaducto, con las montañas distinguiéndose lejos, como si la ciudad se acabase aquí. Pero no acaba. Madrid no se acaba nunca. Sara y Ulises Lombardi beben celebrando que el invierno ha terminado y ha llegado la primavera de magníficos paseos y cielos como pintados por Velázquez. Por supuesto. Velazqueños cielos siempre. El tópico madrileño. Y la mejor agua del mundo saliendo de los grifos de esta ciudad. Eso aseguran los de aquí. Sara y Ulises Lombardi conversan.

—Uli, nunca me has preguntado por mi relación con tu amigo el Legionario.

—¿Tu tío?

—¿Crees que era mi tío?

—Sinceramente, siempre lo dudé. Y también que falleciera por causas naturales. Un tipo como él no estaba hecho para morir por causas naturales.

—Lo maté yo.

—Y..., bueno..., supongo que tendrías tus razones. Soy el menos indicado para juzgar. Jamás le juzgué a él y jamás se me ocurriría juzgarte a ti.

—Le envenené.

—Insisto. Tendrías tus motivos.

—Algún día te los contaré, Uli.

Ulises Lombardi toma la mano de Sara y la aprieta cariñosamente, en un fugaz gesto de consuelo. Percibe la tristeza de Sara y sabe que no se debe a la muerte del Legionario. Hay algo más.

—Sea lo que sea que te preocupe, pasará. Te lo aseguro, Sara.

—Hay cosas que no pueden olvidarse.

—Casi todo se olvida.

—¿Incluso esta epidemia horrible, todos los muertos, el modo en que hemos sufrido? Es

imposible que eso se borre de la memoria.

—Te aseguro, Sara, que vamos a olvidar. Y más pronto de lo que creés. El ser humano está hecho para olvidar.

—Tú no olvidas.

—Ah, pero siempre hay excepciones. Yo soy una de ellas.

—No, este horror no puede olvidarse. No sería justo.

—Ese es otro asunto. La justicia. Un asunto de lo más complicado.

Ulises Lombardi enciende un cigarrillo (otro más) y observa el humo ascender hacia la rama de un árbol desde donde le observa una urraca sonriente.

Una búsqueda frenética en una ciudad sitiada por la enfermedad.



En medio de un Madrid asolado por el virus, el detective Ulises Lombardi recibe el encargo de encontrar a un anciano centenario que ha desaparecido. El anciano posee una clave secreta que conecta con el pasado de Lombardi, guerrillero en la Argentina de su juventud, que marchó al exilio tras conocer la tortura y el horror. Se inicia así una carrera contrarreloj que el detective lleva a cabo junto a Sara, joven pelirroja, osada y absolutamente libre. Mientras el mundo parece sumirse en el apocalipsis, ambos recorren la ciudad en busca de respuestas.

***Durante la plaga* es una novela que recupera los elementos clásicos del género negro y los actualiza. Con un estilo envolvente lleno de referencias, Daniel Serrano construye un relato de derrotas, fracasos, desencanto, muertes y también amor.**

La crítica ha dicho sobre *Cal viva*:

«Resultará imposible perder el hilo del relato o seguirlo a plazos, habida cuenta de la habilidad y el poder narrativo de la prosa de Daniel Serrano».

Juan Luis Cebrián, *El País*, *Babelia*

«*Cal viva* posee un lirismo sustancioso que hace de ella una novela generacional distinta».

Sonia Fides, *El asombrario*

Daniel Serrano (Madrid, 1971) es periodista y escritor.

Ha trabajado en CNN+, Noticias Cuatro, zeleb.es y escribió con Rodolfo Serrano el libro-reportaje *Toda España era una cárcel. Memoria de los presos del franquismo*. Coautor junto a Ismael Serrano de la canción *Papá, cuéntame otra vez*. Es autor de la novela *Cal viva* (Suma, 2019).



Edición en formato digital: septiembre de 2021

© 2021, Daniel Serrano Morón

© 2021, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Coverkitchen

© Trinette Reed. Stocksy / Otto T. Adobe Stock / Frankie S. Depositphotos

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9129-558-7

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

Facebook: penguinebooks

Twitter: penguinlibros

Instagram: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores
recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



Penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial

   Penguinlibros

Índice

Durante la plaga

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

Capítulo 58

Capítulo 59

Capítulo 60

Capítulo 61

Capítulo 62

Capítulo 63

Capítulo 64

Capítulo 65

Sobre este libro

Sobre Daniel Serrano

Créditos